

Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

**La influencia de la Iglesia en el ejercicio del
poder político durante el reinado de Isabel I de
Inglaterra**

T E S I S

Que para obtener el título de
Licenciado en ciencias políticas
y administración pública
(opción ciencia política)

P R E S E N T A:

Diego Armando Guzmán Villalba

A S E S O R A:

Dra. Rosa María Lince Campillo

Ciudad Universitaria, CD. MX., 2019

Tesis realizada con apoyo de la Dirección General de Asuntos de Personal Académico (DGAPA) de la UNAM, mediante el proyecto PAPIIT IN303916 “*Análisis e Interpretación de las Relaciones de Poder en Manifestaciones Socioculturales mediante la aplicación de la Metodología Hermenéutica*” coordinado por la Dra. Rosa María Lince Campillo.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis padres, quienes alimentan mi ser
con reconfortantes gestos de amor*

AGRACECIMIENTOS

Agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México, por sumergirme en un inmenso mundo de saber; lugar donde pude cultivar la mente y el espíritu. Gracias por generar en mí un gran interés por el humanismo, la ciencia y las artes.

Agradezco a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, a la Facultad de Filosofía y Letras y a la Escuela Nacional de Lenguas, Lingüística y Traducción por las largas horas de aprendizaje dentro de sus aulas y a las personas que hacen de ellas una grata experiencia educativa.

Agradezco a la Dirección General de Asuntos de Personal Académico (DGAPA) de la UNAM, que mediante los recursos y apoyos al proyecto PAPIIT IN303916 “Análisis e Interpretación de las Relaciones de Poder en Manifestaciones Socioculturales mediante la aplicación de la Metodología Hermenéutica” coordinado por la Dra. Rosa María Lince Campillo, me permitió realizar la presente investigación.

Le debo mi agradecimiento eterno a mi padre por su apoyo absoluto en cada segundo de mi vida. Además, le agradezco por dedicarme su valioso tiempo en escucharme, conversar y regalarme su cálida compañía. Padre, gracias por ser el Virgilio que me ha acompañado y aconsejado en los infiernos de la incertidumbre que muchos otros denominan vida. Por impulsarme a conseguir cada uno de mis propósitos y por mostrarme que la familia es lo más importante que se puede tener.

Le agradezco a mi madre por estar al pendiente de mi salud mental. Asimismo, le agradezco por sumergirme en el fantástico mundo de las letras, pero inyectarme de realidad cuando se es

necesario. Madre, te agradezco por cuidarme y ser mi compañera en los grandes momentos de locura compartida; tu voz siempre es la luz que me sostiene cuando la vida parece desvanecerse.

Le doy las gracias sinceras a mi hermano Óscar, de quien he aprendido que la filantropía es un motor para transformar la vida de los otros. Por enseñarme que la vida es la mejor escuela y porque veo en él un espíritu digno de ser admirado. Óscar, gracias por cuidarme y sostenerme siempre.

Le agradezco a mi hermano Hugo por ser un ejemplo de disciplina, dedicación y amor al arte. Le agradezco por enseñarme que todo lo que se hace con pasión y amor, genera bellas cosas que transforman la realidad. Hugo, gracias por ambientar mi espacio y compartir conmigo las más bellas expresiones artísticas.

Quiero darle mi sincero agradecimiento a mi asesora de tesis, la Dra. Rosa María Lince Campillo, quien se interesó por mi proyecto y le dedicó interminables horas de trabajo a la revisión de este desde la primera letra hasta el punto final. Gracias por integrarme en su equipo de trabajo, compartirme su conocimiento, amistad y ampliar mi perspectiva educativa.

Agradezco a mis sinodales: Dr. Fernando Ayala Blanco, Dr. Mario Ojeda Revah, Dr. Enrique Díaz Álvarez y la Dra. Martha Singer Sochet, por sus amables comentarios y la retroalimentación que enriquecieron este trabajo.

Le agradezco de todo corazón a la Dra. María de los Ángeles Sánchez Armengol la oportunidad de integrarme a la vida académica. Le agradezco por preocuparse por mí y compartirme sus conocimientos en las largas pláticas que fueron reconfortantes y lograron dejar una huella importante en mi recorrido por la FCPyS.

Agradezco al Mtro. César Hernández, por confiar en mí y aportar de manera significativa a mi desarrollo académico y profesional. Te agradezco por tu amistad, por compartirme tu conocimiento y experiencia. A tu lado he aprendido que todos los elementos políticos e institucionales que brotan de la política pueden ser un motor de transformación real.

Le agradezco a la Mtra. Patricia Toussaint Guerra, por iniciarme en el mundo académico y por envolverme en las letras a través de los agradables momentos dentro y fuera del aula. Le agradezco por mostrarme que la literatura complementa a la política y le otorga un sentido más humano.

Le agradezco al Dr. Francisco Reveles Vázquez por iniciarme en el mundo de la investigación, por enseñarme las bases metodológicas y teóricas de la ciencia política moderna. Le agradezco por sembrar en mí un interés en la academia e impulsarme a generar nuevo conocimiento.

*“El hombre sólo será libre cuando el último rey
sea ahorcado con las tripas del último sacerdote”*

Denise Diderot

ÍNDICE**INTRODUCCIÓN 9****CAPÍTULO 1. NOTAS GENERALES SOBRE LA CIENCIA DEL PODER 17**

- 1.1 Ciencia política y su objeto de estudio 17
- 1.2 Ciencia de la interpretación para la comprensión 20
- 1.3 Estado y régimen político 27
- 1.4 Política 29
- 1.5 Poder político 33
 - 1.5.1 El poder desde Maquiavelo 35
- 1.6 Iglesia como institución política 40
- 1.7 Arte y poder 46
 - 1.7.1 Literatura y poder 51

CAPÍTULO 2. MONARQUÍA DE LA ESTIRPE TUDOR 55

- 2.1 La dinastía Tudor 55
 - 2.1.1 Reinado de Enrique VII (1485-1509) 55
 - 2.1.2 Reinado de Enrique VIII (1509-1547) 58
 - 2.1.3 Reinado de Eduardo VI (1547-1553) 68

2.1.4 Reinado de María I (1553-1558)	69
2.2 Reinado de Isabel I (1558-1603)	71
2.2.1 María I de Escocia	82
2.2.2 La armada invencible	96
CAPÍTULO 3. EL PODER DESDE LA PLUMA DEL BARDO DE AVON	102
3.1 El renacimiento inglés	102
3.2 La influencia de Shakespeare en la literatura isabelina	108
3.3 Ricardo III y la ambición desmesurada de poder	115
CONSIDERACIONES FINALES	146
REFERENCIAS Y NOTAS	153

INTRODUCCIÓN

*Y al final, será suficiente para mí
que una piedra de mármol declare
que una reina, habiendo reinado tal tiempo,
vivió y murió virgen.*

ELIZABETH QUEEN

La *época isabelina* es, por mucho, uno de los sucesos más significativos y esplendorosos para la cultura inglesa y europea. Este periodo, que es considerado por numerosos historiadores como la *edad de oro de la historia de Inglaterra*, representa un salto al *English Renaissance* y una nueva apertura de este país hacia el mundo. Como consecuencia, la presencia inglesa se hizo patente y de sus entrañas brotaron monumentales hombres. A partir de este momento, tanto ingleses como extraños experimentaron una nueva y nutrida forma de concebir el mundo, o como diría Dilthey, *Die Weltanschauung*ⁱ.

La reina Isabel,ⁱⁱ de sangre Tudor, fue estimada por sus grandes dotes de estadista. Su figura femenina deslumbró a sus súbditos, y con ello, generó expectativas en la conciencia de un pueblo desgastado por las luchas de religión y las consecuencias que estas suscitaron.

La reina, emblema de la cultura inglesa, determinó un papel fundamental para la estabilidad política, cultural, social y económica de aquella isla. “Llamada a reinar sobre una Inglaterra débil, poco poblada, medio arruinada, desgarrada en el interior por las luchas religiosas, amenazada en el exterior por terribles peligros, la dejó próspera, pacífica, temida, en plena expansión y en camino de convertirse en una de las primeras potencias del globo” (Chastenet, 1963: 8). El pueblo no se equivocó, no quedaron defraudados.

Si bien es cierto que alrededor de la vida de la reina Isabel se han generado múltiples interpretaciones y especulaciones, es un hecho que su accionar político quedó sellado en Inglaterra como un ingrediente suficiente para la consolidación de su nación.

Así como simbólicamente el papa se casó con la Iglesia, Isabel hizo lo propio con el Estado al mencionar: “Me he unido en matrimonio con mi esposo llamado el reino de Inglaterra”.

La actitud de esta soberana es un ejemplo claro de cómo el poder político configura las estructuras dentro del Estado, porque si bien las sociedades se articulan mediante relaciones de mando y obediencia, la acción política produce un orden que el estado de naturaleza no puede conceder.

Por esta cuestión, nuestro objeto de estudio será el poder y las formas en que este se manifiesta. Así, nos basaremos en los aspectos esenciales de su ser, pero no en términos de su naturaleza, sino de su ejercicio y conservación. En tal caso, debemos anticipar con cautela que, para términos de estudio, el poder puede ser articulado como una fuente de creación, destrucción o cambio en el espacio intangible, pero que sus efectos influyen en la realidad concreta.

En consecuencia, entenderemos al poder como: “Capacidad o posibilidad de obrar, de producir efectos, y puede ser referida tanto a individuos o grupos humanos como a objetos o fenómenos de la naturaleza [...] capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: poder del hombre sobre el hombre” (Bobbio, Matteucci y Pasquino, 1987: 1190).

El tema del poder político será desarrollado en el contexto de la primera mitad del reinado de Isabel I de Inglaterra, entre 1558 a 1587, por una serie de cuestiones que serán expuestas a continuación:

1. En primer lugar, porque Inglaterra tuvo un auge sobresaliente en aquella época tras una serie de políticas implementadas para el desarrollo cultural, económico, militar, de navegación y de comercio.
2. La ruptura de la Iglesia generó cambios radicales en el comportamiento y relación de los principales actores políticos que integraron el régimen donde destaca el papel de los soberanos, las cámaras y las clases.
3. Disputas internacionales por la cuestión religiosa (catolicismo) predominante en los principales países europeos como Italia, Francia, España, Portugal, entre otros.
4. La forma de organización política interna alrededor de la soberana, quien fuera caracterizada como una figura de grandes dotes y virtudes para el ejercicio político.
5. El inicio del reinado de Isabel se mantuvo próspero pese a los conflictos bélicos, familiares y religiosos.
6. La estrategia de la reina al mantenerse distanciada de las pretensiones amorosas para mantener el control político y dotar de estabilidad a su Estado.

Al tomar en consideración lo anterior, el objetivo general de esta investigación es describir las tensiones de poder que se generaron entre el régimen monárquico y la Iglesia católica en la primera mitad del reino de Isabel, en donde se enmarcan dos acontecimientos sumamente relevantes que permitieron a Inglaterra avanzar en plenitud dentro y fuera de su territorio:

- a) Las maniobras políticas de María Estuardo para obtener la Corona inglesa.
- b) La invasión española mediante la Armada Invencible.

Los objetivos particulares son los siguientes:

1. Describir, desde una perspectiva histórica, las características generales del régimen monárquico durante la dinastía Tudor.

2. Delinear las condiciones en las que Isabel I llega al trono inglés y la manera en que toma las decisiones para mantener su poder político frente a los embates de María Estuardo y la Armada Invencible española.
3. Ilustrar la forma en que se ejerce el poder político desde una obra literaria. Para tal caso nos basaremos en *Ricardo III* de William Shakespeare.ⁱⁱⁱ

Según lo anterior, esta investigación se elaborará a partir de dos perspectivas: histórica y literaria. La intención de conducirla de esta manera es que, a través de la primera, podremos reconocer el escenario histórico donde nuestros actores políticos tuvieron lugar. Desde este primer angular, encontraremos los acontecimientos verídicos de un suceso con personajes que existieron, obraron e influyeron en la historia política del mundo.

Desde la perspectiva literaria, se buscará tomar elementos que no son considerados comúnmente en los análisis políticos, pero que ayudan sobremanera a entender la forma del *Volksgeist*^{iv} de una nación. Porque si bien los conceptos y categorías políticas nos ayudan a comprender la forma en que los procesos políticos se producen, no podríamos entender el actuar de los hombres sin antes mirar las expresiones artísticas del periodo en cuestión.

Se debe aclarar que esta investigación no pretende llegar a hacer un análisis literario de las obras de William Shakespeare, pero sí reconocer la manera en que se despliega el fenómeno del poder en diversas circunstancias. En aquella tragedia *-Ricardo III-* se pueden ver claramente las redes de acción y ejercicio del poder político, y de los medios empleados para lograr su cometido. Sin dejar de lado la importancia de los aspectos psicológicos, físicos y emocionales como serían la ambición, la locura, la naturaleza humana y las intrigas palaciegas, que no cualquier dramaturgo sería capaz de plasmar.

Shakespeare, el gran escritor de todos los tiempos, quien formó parte de la corte isabelina y jacobina, es el autor indicado para plantear las cuestiones políticas que él posiblemente vio como los grandes enigmas que habrían de ser resueltos en una Inglaterra en vísperas de alcanzar el auge que no perdió en muchos siglos.

Por otro lado, hablar del tema religioso en cuanto a institución es sumamente estimulante porque es un desafío que exige distanciamiento de la gama de prejuicios y creencias que se tienen respecto a un soporte aparentemente robusto. Sin embargo, este asunto traspasa las vértebras de la sociedad para constituirse como una molécula que penetra en los espacios más angostos de la cultura medieval, renacentista y es irrefutable decir que su remanente forma parte de nuestro tiempo porque en el fondo, vista la Iglesia como una institución, también entra en el ejercicio de las relaciones de poder. Como ejemplo, se tiene que la Iglesia (o el papa como representante en la tierra) en aquel periodo, es quien determinaba la legitimidad de un enlace matrimonial, de un heredero al trono y también quien delimitó los territorios conquistados en la recién descubierta América. Sin dejar de lado que no solo se trataba de dar el derecho sobre los territorios, sino también de los que vivieran en ellos, ya fueran animales o seres humanos, entre muchas otras cosas.

En términos actuales, es la Iglesia quien influye en las reformas a las leyes en términos morales como la cuestión del matrimonio igualitario o el aborto. Incluso en algunos partidos políticos, la misma palabra “cristiano”, sigue siendo parte de los nombres de estos y se autoproclaman conservadores y defensores de los derechos del hombre.

Además de lo anterior, la importancia de inspeccionar un tema así es que bajo la bandera de la religión se han construido y deshecho nuevas formas de organización social. El carácter dogmático

que subyace en su interior ha puesto fin a la vida de muchos hombres y ha sido fuente de justificación para perseguir los fines más codiciados por el ser humano.

Por tanto, el análisis religioso que se construye a partir de categorías propias de la ciencia política como lo es la institución permite establecer los lazos comunicantes entre las piezas que han sido utilizadas para la adquisición del poder político.

Conforme se avance la exposición de este trabajo, será evidente que la terminología empleada con suma tenacidad es *protestantismo* y *catolicismo* porque es mediante los títulos que ostentan los seguidores de tales Iglesias, que se suscitan grandes conflictos políticos de aquellos siglos enmarcados bajo las guerras de religión y acuerdos para la constitución de los poderes en Europa.

El método empleado para esta investigación es el hermenéutico. Este término es retomado de la figura mítica Hermes. Su función es primordial en la medida en que este ayuda a los hombres a develar el sentido fiel de la palabra que emiten los dioses y que el acotado intelecto humano no puede conocer. De tal modo, su función es traducir el lenguaje, interpretar con propiedad y generar una adecuada comunicación. “De ahí la importancia de encontrar una figura mediadora que traduzca, traslade y transcriba el conocimiento de una esfera superior en un lenguaje de fácil comprensión para los seres humanos” (Ayala, 2014: 21).

Debido a su corte cualitativo, se recoge la técnica documental para hacer un análisis histórico-interpretativo y literario-interpretativo. Esto con la intención de proponer un acercamiento a las relaciones de poder que se manifestaron durante el reinado de Isabel I de Inglaterra.

El empleo del método hermenéutico, por naturaleza, es una propuesta que rompe con los esquemas tradicionales en el estudio de la ciencia política, puesto que busca eliminar la pretensión

de la verdad absoluta y que permite atar elementos tanto de naturaleza histórica como literaria para plasmar una nueva forma de percibir un tema tan alentador como lo es el poder político.

Nuestra hipótesis por corroborar queda formalizada en los siguientes términos:

Si la Iglesia católica^v influyó políticamente ejerciendo su poder en la monarquía isabelina, entonces generó menos margen de acción político y disminución del poder de la reina Isabel I de Inglaterra.

La forma esquemática en la que se integra esta investigación se edifica en tres capítulos. El primero pretende establecer las definiciones generales sobre política, régimen, Estado, Iglesia, literatura, entre otros, con la intención de ofrecer al lector las directrices conceptuales y que entienda cada uno dentro del análisis político.

Para poder esbozar las características y definición de nuestro objeto de estudio, el poder, nos amparamos bajo la teoría de Nicolás Maquiavelo (1469-1527), quien es considerado por algunos, el padre de la ciencia política moderna, debido a la nueva interpretación del poder político, según su más grande obra: *El Príncipe*,^{vi} publicada en 1532. El florentino, que anticipa al renacimiento inglés (que inició en 1485 con el fin de la guerra de las Dos Rosas y el inicio del reinado de la dinastía Tudor) y cuyo florecimiento se sitúa durante la época isabelina, delinea la forma de la construcción de los Estados nación y es un referente que a través de su obra deja de manifiesto la importancia de la ejecución de los fenómenos políticos para la creación de un territorio organizado y políticamente efectivo. Si bien él no define explícitamente qué es el poder político, la tarea que nos ocupa es develar el sentido conceptual que se halla en su obra mediante los arquetipos y ejemplos que esboza.

El segundo capítulo se consagra en describir, desde una perspectiva histórica, las características generales de la dinastía de los Tudor. Con ello, se busca establecer y proporcionar el panorama

político previo y durante el reinado de Isabel I. Se revisarán los reinados de Enrique VII, Enrique VIII, Eduardo VI y María I. A través de la revisión histórica, podremos entender la adversa trayectoria que tuvieron que franquear para la protección de la Corona y garantizar la línea real.

Aunado a lo anterior, se pretende describir el desplazamiento de la Iglesia en el ejercicio del poder político en la era isabelina y en donde se buscará obtener las directrices para conocer si existió en algún momento de ese reinado una influencia relevante para la constitución del cuerpo político inglés. Para tal tarea nos basaremos en el suntuoso texto de Jacques Chastenet, *Isabel I de Inglaterra*, como documento base para la exploración de las condiciones del periodo de la soberana y del clima existente en la época de su reinado. Asistidos por el texto que mencionamos con anterioridad, se retomarán los nexos familiares, políticos y sociales de Isabel, para conocer quiénes fueron los actores principales que tuvieron gran impacto en la configuración del mapa político de Inglaterra.

Sin embargo, este trabajo quedará acentuado por cuestiones metodológicas en la influencia de la Iglesia como actor principal y su comportamiento frente al ejercicio de poder.

Finalmente, en el tercer capítulo se hará una interpretación meramente literaria de una obra clásica de teatro, para reconocer a manera de ejemplo el fenómeno del poder político en manos del monarca absoluto e ilustrar las características que se ciñen dentro de este. La obra propuesta es *Ricardo III*, escrita aproximadamente entre 1592-1593. La traducción retomada está a cargo de la académica María Enriqueta González Padilla, quien ha estudiado con erudición a fondo parte significativa de la extensa obra de William Shakespeare. Con estudios en las más grandes universidades como Oxford y La Sorbona, sus traducciones y ediciones dan cuenta de un trabajo cuidado porque logran no solo traducir las palabras, sino las imágenes a partir de las cuales el lector puede comprender al personaje que rondaba en la cabeza de Shakespeare.

CAPÍTULO 1: NOTAS GENERALES SOBRE LA CIENCIA DEL PODER

“Sería posible describir todo científicamente, pero no tendría ningún sentido; carecería de significado el que usted describiera a la sinfonía de Beethoven como una variación de la presión de la onda auditiva.”

ALBERT EINSTEIN

1.1 Ciencia política y su objeto de estudio

Es un hecho que el hombre, situado dentro de un universo inagotable e infinito, desarrolló una capacidad reflexiva. Este genio le permitió construir una serie de incógnitas a las que fue otorgando respuestas que, aunque eran limitadas, explicaban determinados sucesos que eran fuente de su desasosiego y sobresaltos a su endeble naturaleza. Aquellas preguntas tenían como objetivo principal encontrar explicaciones de su existencia en el mundo, de su hacer como ser provisto de razón, así como de establecer un orden a la realidad material y metafísica.

El hombre encontró en el mito, la religión, la filosofía y más adelante en la ciencia, formas de explicarse la realidad. A través de la religión y del mito, creó a Dios para esclarecer su titubeante camino de dudas y rehuir de su responsabilidad como ser generador de su propia senda.

Por su parte, la filosofía, madre de las ciencias, generó la primera intención rigurosa al plantearse preguntas trascendentales y que figuraban como una fuente verdadera de razón. Posteriormente, las diversas corrientes encontraron un objeto de estudio, método y lenguaje específico con lo que se separaron de la filosofía para convertirse en ciencias de un campo específico. Russell ejemplifica este aspecto en *Los problemas de la filosofía*, cuando menciona que “el estudio del cosmos, que ahora le pertenece a la astronomía, fue alguna vez parte de la filosofía; la obra maestra de Newton se llamó ‘Los principios matemáticos de la filosofía natural’.

Igualmente, el estudio de la mente humana, que era parte de la filosofía, ha sido separada de ésta y se ha convertido en la ciencia de la psicología” (Russell, 1973: 75-76).

Al abarcar las ciencias que respondieron a las formas, esquemas y sistemas del universo, solo quedaba formular un conocimiento que lo ayudara a integrarse a él mismo entre los demás. El aspecto natural siempre estuvo presente, pero ahora se daba un giro para resolver los temas relacionados a los conflictos originados por las pugnas entre los grupos, las formas de organización y las jerarquías de clase. Es por esta razón que surgen las ciencias sociales, con la intención de estudiar las relaciones interpersonales en el campo de lo público.

Grandes teóricos se preocuparon por lo anterior. Como ejemplo, en las primeras páginas del *Leviatán* de Thomas Hobbes se puede advertir una clara separación entre los acontecimientos terrenales y los de las dudas eternas que estudiará la teología y la filosofía.

La Naturaleza (el arte con que Dios ha hecho y gobierna el mundo) está imitada de tal modo, como en muchas otras cosas, por el *arte* del hombre, que éste puede crear un animal artificial. [...] El arte va aún más lejos imitando esta obra racional, que es la más excelsa de la Naturaleza: el hombre. En efecto: gracias al arte se crea ese gran *Leviatán* que llamamos *república* o *Estado* (en latín, *civitas*) que no es sino un hombre artificial, aunque de mayor robustez que el natural para cuya protección y defensa fue instituido. (Hobbes, 2013: 3)

No por lo anterior el hombre abandonó su lado mitológico. Incluso pensadores de la talla de Cassirer consideran que el hombre guarda una relación logo-mítica, puesto que este es un ser simbólico que necesita del arte, el lenguaje, la religión y el mito para generar una experiencia humana.

La ciencia política, que nace como una necesidad de responder a los acontecimientos sociopolíticos más importantes de la historia, se ocupa de una serie de temas que son: las instituciones, el Estado, los sistemas electorales, los sistemas de partidos, la participación de la sociedad civil, la democracia, entre otros. De tal forma que es ineludible revisar el núcleo que reviste cada uno de los temas señalados con anterioridad y aparece transversalmente entre las relaciones humanas. Este elemento es el poder y se proyecta desde las manifestaciones más abstractas hasta las más concretas en el terreno de lo público.

El poder ha sido meditado por una cuantiosa red de catedráticos, investigadores, políticos, filósofos, e incluso su sustancia tan dúctil está actualmente cabalgando en los márgenes de la psicología. A manera de ejemplo, se debe revisar la visión que el joven Étienne De La Boétie introdujo en uno de los ensayos más lúcidos en el campo de la filosofía y la política publicado después de muchos años de ser escrito. Su pregunta estructural fue la siguiente: “¿Cómo pueden tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones soportar a veces a un solo tirano, que no dispone de más poder que el que se le otorga, que no tiene más poder para causar perjuicios que el que se quiera soportar y que no podría hacer daño alguno de no ser que se prefiera sufrir a contradecirlo?” (De La Boétie, 2008: 45).

El estudio de la política como ciencia constituye una labor titánica porque para entender los procesos que brotan en su proximidad, se necesita hacer un trazado de los actores que la conforman y que determinan los sucesos ulteriores. No obstante, si solo se desarrolla esta primera tarea, no se podría asegurar que se puedan llegar a resultados concluyentes y con un alto grado de aprobación. Por tal motivo, esta ciencia elabora una reconstrucción de elementos históricos para después procesarlos en el tamiz de la interpretación y de este modo llegar a un estado científico más elevado: la comprensión.

Esta comprensión ya había sido abordada por autores que van de Schleiermacher, Dilthey, Windelband a Rickert, entre otros. También la sociología trazó algunos planteamientos basados en la comprensión. El arquetipo claro es Max Weber con su sociología comprensiva en donde el verbo *verstehen*, que en español significa “comprender”, es el punto nodal de su sociología. Weber, citado por Rafael Farfán menciona que “Debe entenderse por sociología [...]: una ciencia que pretende comprender, interpretándola, la acción social, para de esa manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos” (2009: 204-205).

Sin embargo, un método más complejo y exacto que nos dota de los elementos esenciales para alcanzar nuestro objetivo es la hermenéutica o ciencia de la interpretación para la comprensión que, si bien nace de la filosofía, hoy día es uno de los campos más fructíferos en las ciencias sociales.

1.2 Ciencia de la interpretación para la comprensión

El hombre es un ser que interpreta la realidad conocida a través de sus sentidos. Esta interpretación se genera de manera espontánea y sin una vasta reflexión, puesto que se origina en cada momento de la vida cotidiana. A su vez, es el lenguaje que le permite codificar los elementos que percibe y los traduce en símbolos más asequibles. Por esta razón, el hombre puede ser considerado hermeneuta debido a su curiosidad de darle lógica al acontecimiento y generación de una experiencia propia en cada individuo, “pues no en balde al artista se le llama intérprete, ya que se dedica a plasmar la lectura que hace del mundo” (Beuchot, 2017: 7).

Esta aproximación al mundo inteligible mediante la interpretación, a su vez, es una aproximación del fenómeno, pero no necesariamente constituye la comprensión. A veces solo se generan ideas previas de lo observado, es decir, prejuicios. No todo prejuicio es malo en tanto

moralidad, sino en la medida en que no es útil para explicar y complejizar. Deleuze dice que los prejuicios no sirven para acercarnos a un entendimiento. Por ello es que la hermenéutica se basa en el contexto histórico temporal para asignar categorías que puedan explicar mejor el hecho.

De acuerdo con lo anterior, se infiere que el método hermenéutico surge de la necesidad de conocer el pasado a través de los vestigios que se encuentran en el lenguaje escrito. No obstante, este método ha estado en constante cambio para fortalecerse y ser más certero en las aproximaciones sin caer en contradicciones, arbitrariedades o el relativismo. Este arte de interpretar, como lo comentan varios autores, también está lejos de ser la clave fundamental para descifrar el posmodernismo, porque si bien la interpretación es una función básica del ser humano, no quiere decir que, en tanto método, no parta de objetividad o de ciertos parámetros para cumplir su propósito. Grondin (2008: 22) menciona que interpretar “posee dos significados importantes: designa a la vez el proceso de elocución (enunciar, decir, afirmar algo) y el de interpretación (o de traducción). En ambos casos, se trata de una transmisión de significado, que puede producirse en dos direcciones [...] del pensamiento al discurso, o bien ascender del discurso al pensamiento”.

En sus inicios, la hermenéutica fue un método empleado en la filosofía continental que, a su vez, es una de las dos corrientes más relevantes en el pensamiento filosófico.^{vii} Con el tiempo, este método dio un gran salto hacia las ciencias sociales y obtuvo gran relevancia al proponer una nueva forma de abordar los fenómenos sociales. La hermenéutica ha tenido que actualizarse y ubicarse desde diferentes posiciones para poder develar el pasado histórico. Ya no solamente se convierte en un método de interpretación de un lenguaje escrito, sino de otro tipo de elementos históricos que también son considerados lenguajes, pero no necesariamente requieren de la letra como símbolo. Estos son: la pintura, la música, los monumentos, etc. Por lo anterior, se dice que “consagrada al lenguaje, la hermenéutica se divide en dos grandes partes: la interpretación

gramatical, que abarca todo discurso a partir de una lengua dada y de su sintaxis, y la interpretación psicológica (a veces llamada ‘técnica’) que ve preferentemente en el discurso la expresión de un alma individual” (Grondin, 2008: 29).

Lince Campillo (2009: 35) nos dice que “la palabra Hermenéutica viene del griego *Hermenéuein* y significa: interpretar, comunicar, anunciar, proclamar, traducir, afirmar, esclarecer, e iluminar en el entendimiento, exponer un anuncio que previamente se ha escuchado como mensaje, en pocas palabras dar a conocer algo”.

Actualmente, la necesidad de la hermenéutica como herramienta metodológica para el estudio de los aspectos sociales inmersos en nuestra sociedad reside en la necesidad de conocer los elementos del pasado que son complejos de construir por los puentes del tiempo y el espacio. ¿Acaso no es a través de la interpretación científica que se ha llegado a conocer los grandes vestigios de animales, culturas y la misma vida del planeta tierra en un determinado momento en que no habitamos? ¿No la misma jurisprudencia es una hermenéutica basada o sustentada en elementos de rigor proporcionados por un sistema jurídico y de investigación previa?

Si bien la articulación de la situación hermenéutica es una tarea infinita y a pesar de la imposibilidad de lograr el pleno esclarecimiento de las motivaciones o intereses del preguntar, esclarecer en lo posible lo que está a la base de nuestros intereses seguirá siendo indispensable para comprender los enunciados que nos ocupan en relación con nuestras propias preguntas. (Gutiérrez, 2005: 61)

Una crítica sustancial sobre el método hermenéutico en las ciencias sociales proviene de la corriente positivista que basa sus fundamentos en el método científico y se jacta de emplear estructuras rigurosas para la corroboración de su objeto de estudio. Sin embargo, el debate no se

agota en ese momento; Nietzsche, quien fue uno de los pensadores más influyentes en el siglo XIX, elaboró una crítica profunda en el conocimiento científico incluyendo a las ciencias exactas y naturales con la sentencia: “No hay hechos, sino sólo interpretaciones”. Con ello, “la crítica radical nietzscheana no sólo develó las ilusiones de la conciencia y de la autoconciencia, superando con ello ampliamente a la duda cartesiana, sino que cuestionó también la validez teórica de la objetividad científica” (Gutiérrez, 2005: 58).

Debido a aquella sentencia, el método hermenéutico revivió en el campo de la filosofía y comenzó a tomar nuevos conductos para ser fuente metodológica de los hechos sociales. Como todos los métodos, su desarrollo tuvo alcances notables, pero también innegables retrocesos que traemos a continuación. Cabe mencionar que los últimos filósofos que exploraron aquel método desde una concepción histórica y lingüística fueron Hans-George Gadamer y Paul Ricoer. De tal modo, “la hermenéutica es la disciplina de la interpretación de textos que ha llegado a ser filosofía, con Gadamer, y que se pretende crítica como añade Foucault. Es pues, interpretación crítica de textos, y los textos son muchos: el escrito, el diálogo y la acción significativa, como dice Ricoer” (Beuchot, 2017: 8).

No obstante, Grondin nos dice que se pueden reconocer tres momentos clave para comprender la evolución de la hermenéutica. El primero es conocido como el clásico, en donde la hermenéutica se entiende como el arte de interpretar textos, sin más. Grondin (2008: 17) añade que “este arte se ha desarrollado sobre todo en el seno de las disciplinas que tienen que ver con la interpretación de los textos sagrados o canónicos: la teología (hermenéutica sacra), el derecho (hermenéutica juris) y la filología (hermenéutica profana)”.

Para este primer momento, la hermenéutica funcionó simplemente como una disciplina encargada de generar elementos secundarios pero suficientes que permitieran acceder a momentos

históricos que no hubieran sido fáciles de advertir por su ambigüedad. Entonces su uso quedó relegado a un estado normativo para la generación de reglas que permitieran una adecuada interpretación. Por tanto, la hermenéutica clásica se basó en textos relacionados con la retórica.

La aparición de la hermenéutica viene acompañada con la necesidad de la identificación e interpretación de textos religiosos. No es en vano que la primera persona que haya utilizado el término sea un hombre dedicado a las cuestiones teológicas.^{viii}

Con Schleiermacher, la intención consiste en descubrir cuáles fueron las causas que hicieron al autor del texto escribir de esa manera. Para lograrlo, se hace una interpretación del texto en términos del análisis del lenguaje que este contenga a través de una serie de reglas que permitan acceder mediante un método. Con esto se busca comprender el pensamiento del autor y comprenderlo de tal manera que sea mayor a lo que se comprendió él mismo.

Al comienzo de su hermenéutica, se lee, efectivamente, que ‘todo acto de comprensión es la inversión de un acto de discurso en virtud de la cual ha de hacerse presente a la conciencia aquel pensamiento que se encuentra en la base del discurso’ [...] ‘se busca en el pensamiento aquello mismo que el autor ha querido expresar’. [...] De manera que ‘se trata de comprender el sentido del discurso a partir del lenguaje’. (Grondin, 2008: 29)

Por tanto, una de las máximas que expresa es que se debe comprender el texto y después comprenderlo mejor que lo que el mismo autor pudo. La comprensión es entendida por Schleiermacher como la reconstrucción de la génesis y que parte de la concepción primera del escritor.

Para este autor, es imprescindible acercarse a los objetos tomando en consideración *el círculo de todo y las partes* donde “una frase debe entenderse a partir de su contexto, éste debe entenderse

a partir de la obra y de la biografía del autor, el cual a la vez debe ser entendido a partir de su época histórica, época que no puede entenderse sino desde el conjunto de la historia” (Grondin, 2008: 36).

El segundo momento apareció con la propuesta que hace Schleiermacher y que se enriquece con el pensamiento de Wilhelm Dilthey. Este filósofo, esperanzado por el futuro de la hermenéutica clásica, planteó que el método de interpretación podía abarcar a las ciencias del hombre que denominó “del espíritu”. Estas eran: las humanidades, historia, teología y filosofía. Por tanto, “la hermenéutica se convierte entonces en una reflexión metodológica sobre la pretensión de la verdad y el estatuto científico de las ciencias del espíritu” (Grondin, 2008: 18).

La propuesta de Dilthey se basa en la misma idea de la escuela kantiana: lo que puede ser conocido. Así, el autor afirma que la interpretación de las ciencias del espíritu no puede limitarse solo a los textos. Este autor, que funda la Nueva Escuela Histórica, busca la universalidad de las ciencias sociales con esta nueva forma de interpretar.

Wilhelm Dilthey retoma las bases que había dejado Schleiermacher, pero en lugar de seguir con la perspectiva filológica, su avance se mostró el área de la metodología. Esta cuestión nació a partir de que las ciencias exactas habían obtenido cierto grado de rigor a través de sus métodos.

Para entonces, “la ciencia pasó a ser definida como la búsqueda de las leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio” (Wallerstein, 2006: 5). En tanto, otras áreas de estudio quedaron relegadas a otro espacio.

Un ejemplo sobre esta cuestión la encontramos “cuando Thomas Hooke redactó, en 1663, los estatutos de la Royal Society, inscribió como su objetivo el de ‘perfeccionar el conocimiento de las cosas naturales y de todas las artes útiles, manufacturas, prácticas mecánicas, ingenios e

invenciones por experimento' agregando la frase: 'sin ocuparse de teología, metafísica, moral, política, gramática, retórica o lógica'" (Wallerstein, 2006: 4).

Schleiermacher no había pensado en ello, pero Dilthey se daba cuenta que era necesario hacer una reflexión metodológica para las ciencias del espíritu. En aquel tratado, que se conoce como *Introducción a las ciencias del espíritu* de 1883, "Dilthey promete llevar a cabo en esa obra una fundamentación 'lógica, epistemológica y metodológica' de las ciencias del espíritu" (Grondin, 2008: 38).

Esta postura es la que hace enfrentarse a otros autores como los franceses positivistas que pugnan por una ciencia del espíritu que solo puede basarse en las ciencias naturales. "Para Comte la física social permitiría la reconciliación del orden y el progreso" (Wallerstein, 2006: 14).

Dilthey se inspira en la distinción del historiador Droysen (1808-1884) entre 'explicar' (Erklären) y 'comprender' (Verstehen). Mientras que las ciencias puras buscan explicar los fenómenos a partir de hipótesis y leyes generales, las ciencias del espíritu quieren comprender una individualidad histórica a partir de sus manifestaciones exteriores. La metodología de las ciencias del espíritu será de esta manera una metodología de la comprensión. (Grondin, 2008: 39)

Finalmente, la tercera perspectiva se perfiló con la idea de que "la comprensión y la interpretación no son únicamente métodos que es posible encontrar en las ciencias del espíritu, sino procesos fundamentales que hallamos en el corazón de la vida misma" (Grondin, 2008: 19).

Hay que agregarle a ello que la interpretación se vuelve una característica propia del hombre presente en el mundo. De ahí, Heidegger tuvo gran influencia con sus textos más reconocidos y

donde generó una nueva visión desde el concepto *dasein*. El otro autor que influye en ese pensamiento es Nietzsche.

La hermenéutica ha progresado en su propia estructura interpretativa, pasando de la interpretación de textos religiosos hasta consolidarse con Martin Heidegger como una filosofía de la existencia misma, otorgándole un giro ontológico. Heidegger entonces se va a referir a la hermenéutica de la facticidad. En este sentido, “la distancia que separa a Heidegger de la hermenéutica clásica: la hermenéutica ya nada tiene que ver con los textos, ¡tiene que ver con la existencia individual de cada uno para contribuir a despertarla así misma!” (Grondin, 2008: 48).

Si bien la hermenéutica ha pasado de un proceso de interpretación de los textos, actualmente a estos se les otorga un sentido metafórico. Es decir, el texto no solo adquiere la connotación de letra, sino que puede referirse a los productos del arte, la historia, entre otros. De tal suerte que debemos recuperar del texto la conciencia histórica. “El escritor de la historia, tiene una intención que se debe rescatar; la tarea del intérprete será recuperarla, lo que determina los niveles de validez. Entonces hablamos de verosimilitud más que de verdad” (Ayala y Lince, 2016: 35).

1.3 Estado y régimen político

Ahora que ha quedado claro el método empleado en esta investigación, nos proponemos establecer los principales actores que se desplazan a lo largo del Estado y que interfieren en los asuntos públicos, no sin antes detenernos a precisar el término en sí. En palabras de Manuel Villa, el Estado se entiende como:

[...] Una estructura de organización y acción que garantiza la unidad de la nación, mediante una jerarquía de fuerzas sociales e intereses. Esta jerarquía tiene en su cima a un grupo, dominante, hegemónico, o a una coalición bien estructurada. Esta organización, “...que

dentro de un territorio reclama para sí el legítimo monopolio de la violencia física legítima”, se consolida en un aparato militar y una burocracia. Para evitar el conflicto de todos contra todos, el Estado monopoliza la fuerza, pero también se sustenta en el consenso para establecer un dominio legítimo. (Villa, 2012: 12-13)

Al considerar, entonces, que el Estado es la expresión que abarca todas las formas de organización y que engloba a todos los actores que participan, se debe aclarar que, en su seno, se extiende una serie de grupos e individuos que pueden estar institucionalizados y, por otro lado, actores que germinan y se desenvuelven en las normas no escritas o no institucionalizadas.

Por esta razón, Manuel Villa sugiere una serie de preguntas sobre la dirección del Estado y de la función de los hombres que gobiernan y determinan los asuntos del gobierno. Además de añadir al debate el espacio de acción de estos y el lugar que ocupan las normas. El autor comenta:

El Estado detenta la fuerza de todos, pero ¿quién controla al Estado, al poder absoluto? Para someter el uso de su fuerza a la legitimidad, se ha revestido al Estado con el régimen. Así, el régimen está constituido por una legalidad y una institucionalidad que, para mayor garantía, se integra sobre la base de la división de poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. La división de poderes busca evitar o por lo menos limitar el abuso, el absolutismo; sin embargo, no garantiza por sí misma ni la equidad ni la justicia, ni siquiera el buen gobierno. (Villa, 2012: 13)

Así, observamos que la relación Estado-régimen no puede escindirse puesto que la segunda se halla regulada por un centro de control y poder normativo dentro de la primera. El régimen político es la base angular que regula las relaciones institucionales a través de normas conductuales, las

costumbres y las relaciones entre los individuos que la conforman. En el *Diccionario de política* se ofrece una definición que manifiesta lo siguiente:

Por régimen político se entiende el conjunto de las instituciones que regulan la lucha por el poder y el ejercicio del poder y de los valores que animan la vida de tales instituciones. Las instituciones por un lado constituyen la estructura organizativa del poder político, que selecciona a la clase dirigente y asigna a los diversos individuos comprometidos en la lucha política su papel [...]. (Bobbio et al., 1987: 1362)

Además del régimen, existen más actores que tienen un papel primordial en la toma de decisiones, pero estos no se encuentran dentro del régimen, aunque sí dentro del sistema político y, por tanto, dentro del Estado. De esta manera, el régimen será la parte del Estado que ejerce el poder institucional y limita las acciones de otros actores.

En otras palabras, el régimen somete a la ley y a las instituciones, al monopolio legítimo, pero absoluto, de la fuerza. Monopolio que en nuestro tiempo no es ya sólo el de la fuerza militar y burocrática, como en el origen del Estado moderno. Es el de muchas mediaciones, instituciones, recursos, prácticas y valores legítimos y convenientes, entre Estado-sociedad y Estado-mercado. Éstas son, precisamente, las que las burocracias modernas han tomado bajo su control, aislando al Estado. (Villa, 2012: 14)

1.4 Política

Una definición de política que nos ofrece el *Diccionario de Política* a cargo de Bobbio, Matteucci y Pasquino es:

Derivado del adjetivo de polis (*politikós*) que significa todo lo que se refiere a la ciudad, y en consecuencia ciudadano, civil, público, y también sociable y social, el término política ha

sido transmitido por influjo de la gran obra de Aristóteles intitulada *Política*, que debe ser considerada como el primer tratado sobre la naturaleza, las funciones y las divisiones del estado y sobre las varias formas de gobierno, predominantemente en el significado de arte o ciencia en el gobierno, es decir de reflexión, sin importar si con intenciones meramente descriptivas o incluso prescriptivas (pero los dos aspectos son de difícil distinción) sobre las cosas de la ciudad. (Bobbio et al., 1987: 1215)

No obstante, será necesario plantear algunos elementos esenciales para su comprensión. La política es una actividad humana que se origina a través de las relaciones sociales entre los hombres sobre el espacio público o, como diría Hannah Arendt, el espacio en donde convergen los diversos.

De ello que etimológicamente la palabra política provenga de *polis*, es decir, de la ciudad y de sus asuntos públicos, dando origen a su definición básica. De tal suerte que un hombre privado o disgregado no puede dar paso a la política debido a que se ha apartado de la comunidad. Esto es lo que Aristóteles denominó como *zoon politikón*.

El hombre es social porque a través de la razón y el lenguaje puede establecer un lazo de comunión con los otros. No obstante, no hay que dejar fuera la sentencia de Hannah Arendt que acota esa definición en términos de: “*El hombre es a-político. La política nace en el Entre-los-hombres, por lo tanto, completamente fuera del hombre*” (2016: 133).

El hecho de que los hombres sean los únicos capaces de originar la política no significa que sea un elemento inmanente a la condición o la naturaleza humana, aunque estos elementos sí repercuten en el poder político y de cómo se ejerce. Existen relaciones de poder en otros términos y en diferentes esferas y escalas, pero no tendrían que ser todas consideradas como aspectos de lo político. Así, el poder económico, por ejemplo, estaría fuera de lo político.

La finalidad que busca el hombre con la acción política consiste en establecer un orden con aspiraciones a convertirlo en bien común. De suerte que, si claudica en el camino, busca entonces por lo menos, mantener el *statu quo*. Para lograrlo, existen ciertas cualidades éticas que deben tomarse en consideración. Si no se logran, la política se pervierte y se degeneran las formas de gobierno que se conocen desde la época clásica gracias a Aristóteles, Platón, Polibio, etc. De esta manera, se concluye que solo hay un ejercicio de poder, pero no una verdadera expresión política.

A su vez, Aristóteles menciona que el fin de la política es la felicidad de los hombres. Sin embargo, esta postura se resguarda en el terreno de lo utópico porque la felicidad es un proceso que requiere toda una odisea a lo largo de la vida para alcanzarse. Por tanto, no puede existir una sociedad feliz *per se*. Por ello, la política no puede originarse en las sociedades felices. Al contrario, la política es un canal para mejorar a las sociedades y aspirar a una organización mejor, en un estado de cambio constante, perfectible. “La razón por la cual el hombre es un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier animal gregario, es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra” (Aristóteles, 2014: 251).

Como menciona Aristóteles, la importancia del lenguaje radica, por un lado, en que es mediante este que se pueden advertir las cosas que son buenas, justas y, por tanto, las mejores para la comunidad, debido a que permite el diálogo establecido entre los hombres, de manera que al tomar las decisiones no se afecten los intereses básicos de los pertenecientes a la comunidad. Por eso también se dice que la política es consenso, pero se construye a partir del disenso. Ya hablaba Aristóteles en su *Política* sobre la importancia de la palabra como ideal ético:

[...] La naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. [...] Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y eso es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer,

él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad. (2014: 251)

En sus *Ensayos*, Montaigne asegura que la capacidad de generar una discusión consiste en la disposición de defender ideas y generar nuevas a través de un interlocutor. La misma naturaleza de la política al desarrollarse en el entorno público faculta a los hombres para decidir lo conveniente a lo público.

El ejercicio más fructífero y natural de nuestro espíritu es, a mi entender, la discusión. Su práctica me parece más grata que la de cualquier otra acción de nuestra vida. [...] Los atenienses y también los romanos honraban sobremanera este ejercicio en sus academias. [...] El estudio de los libros es un movimiento lánguido y débil que no enardece; la discusión, en cambio, enseña y ejercita a la vez. (De Montaigne, 2007: 1377)

Por ello, se alienta en todo momento a no cerrar los canales de la discusión, de tal suerte que, si estos se abandonan, la propia comunidad se encuentra en peligro y puede caer en el extremo como el totalitarismo que no permite la interacción de las ideas básicas que les conciernen a todos. “Si bien el lenguaje es un instrumento con el que se comunica el hombre, lo fundamental es que le permite expresar sus pensamientos, sentimientos y en última instancia dominar la naturaleza sometiéndolo a su voluntad, ya que hace posible la comprensión del sentido” (Ayala et al., 2016: 128).

El disenso no debe entenderse como la guerra. La guerra es sinónimo de destrucción. La política no busca su autodestrucción, sino su estabilidad a través de la discusión en un espacio público por los actores determinados. En la perspectiva de Hobbes, la guerra es un elemento inherente a la

naturaleza humana, pero ello no será base de la política. Más bien, guarda relación con el ejercicio del poder que veremos a continuación.

1.5 Poder político

El poder es hijo de la depredación; somos animales, y somos depredadores. Las estructuras que le hemos agregado (leyes, instituciones, etcétera) son el reflejo de nuestra humanidad, que no borran nuestra animalidad primera, sino que la enmarcan.

IKRAM ANTAKI

El poder es la capacidad de generar un efecto deseado. Gramaticalmente, es un verbo de modo, pero a su vez se puede sustantivar. Al hacerlo sustantivo, permite que se identifiquen los efectos que genera y se observan en la realidad. De esta forma, aparecen las expresiones como: “El rey tiene el poder” o “El gobernante ha acumulado una gran cantidad de poderes”. Por tanto, se dice que tiene poder la persona que puede generar un efecto en un determinado espacio y un ejercicio libre sobre otro ser humano o cosa. Como todo sustantivo, el poder permite el acompañamiento de adjetivos según su campo de acción en la esfera correspondiente. Así, tendremos poder político, poder económico, poder cultural, poder social.

Para Bobbio y colegas, el poder es la “capacidad o posibilidad de obrar, de producir efectos, y puede ser referida tanto a individuos o grupos humanos como a objetos o fenómenos de la naturaleza [...] capacidad del hombre para determinar la conducta del hombre: poder del hombre sobre el hombre” (1987: 1190).

El ejercicio del poder no se trata de una cuestión ético-moral. Por ello, algunos teóricos han analizado el fenómeno de obtención, conservación y ejercicio, principalmente. Ya que el poder no

existe en abstracto, sino al ejercerlo, al emitir una orden y ser obedecido, al causar el efecto deseado.

Uno de los principales y más representativos autores es Nicolás Maquiavelo, en cuyo epistolario circula la noticia sobre su libro *El Príncipe*, una obra cumbre importantísima para la ciencia política “moderna”. Esta última cuestión es remarcada puesto que, para muchos, la ciencia política ya había nacido desde el pensamiento de Aristóteles, el estagirita.

Algunos autores de la filosofía clásica argumentan que el hombre encierra en su actuar el deseo por la ambición y codicia los bienes materiales. Para alcanzar aquellos deseos y sueños más profundos se hace del poder para lograr su cometido. Ejemplos de su ejercicio son: por autoridad reconocida por los miembros de su comunidad, por imposición (fuerza) o por las vías instituidas legítima y legalmente. Este poder, al ejercerse, se convierte en una característica activa, tal como sucede cuando se ejerce contra la naturaleza. Pero cuando el hombre se establece en sociedad, por consecuencia, se vuelve una relación y el poder se manifiesta entre los individuos. El Estado necesita del poder para organizar a la sociedad sustentada a través de un régimen que establece las reglas de organización.

El poder es una cualidad que crean los seres humanos para obtener un resultado. El hombre, después de despedirse de la vida religiosa como la fuente del razonamiento y concebir este último como el centro de la explicación, se debe hacer cargo de su organización social y con ello de la manera en que debe mantener el equilibrio. “El esquema del poder sigue las características que hemos dado a la divinidad: Dios es poderoso, Dios sabe, Dios es inmortal. Una vez conseguido el poder, hay que saber. [...] Luego, el poderoso se pone a construir pirámides, castillos, columnas, acueductos, para volverse inmortal” (Antaki, 2004: 280-281). Mientras tanto, para Guicciardini:

El poder y los honores generalmente son ambicionados porque todo lo hermoso y bueno que tienen aparece por fuera y está grabado en la superficie, mientras que las molestias, los afanes, los disgustos y los peligros que conllevan están ocultos y nadie los ve; pero si estos aspectos fueran visibles como los lados buenos, no existiría ninguna razón para codiciarlos, excepto una, o sea, la de que entre más enaltecido, reverenciado y venerado es un hombre, más parece aproximarse y asemejarse a Dios; ¿y quién no querría parecerse a él? (2006: 47)

También se debe considerar que el ejercicio del poder no siempre requiere de la violencia. Otras formas de este ejercicio se pueden manifestar bajo la persuasión, la compra o simplemente la simpatía. Es por ello que el famoso aforismo de John Emerich Edward Dalberg Acton, quien fue un historiador abiertamente católico y político liberal inglés, ha trascendido por generaciones al apuntar una verdad universal. Aquella máxima dice: “El poder tiende a corromper y el poder absoluto corrompe absolutamente”.

1.5.1 Maquiavelo y el poder político. *El Príncipe* es la obra más significativa de Nicolás Maquiavelo porque en su núcleo se enmaraña un sinfín de interpretaciones y es un libro esencial para grandes estadistas de todos los tiempos como Catalina de Médicis, Richelieu, Carlos V y Napoleón Bonaparte. Así mismo, el florentino dedicó su obra *El Príncipe* a Julián de Médicis, hermano del papa León X, en 1513 y tras sucumbir, decide en 1516 ofrecérselo a Lorenzo de Médicis, sobrino del papa antes citado.

A su vez, esta obra ha sido señalada con abundantes prejuicios por su contenido, pues este es el primer texto de la filosofía política en el que se hace un intento por separar el elemento moral del ejercicio político práctico. Como muestra de esto, el propio Federico II, El Grande de Prusia, escribió el *Anti-Maquiavelo*, publicado en 1740, en donde hace una crítica por capítulo a las tesis sostenidas por el italiano. De hecho, Federico manifestó a Voltaire -quien publicó la obra y escribió

su respectivo prólogo-: “He comenzado a escribir una obra que desautorizará por completo las máximas de Maquiavelo debido al contraste entre ellas y las virtudes y los intereses reales de los príncipes” (Goeller, 2012: párr. 3).

No obstante, si se revisan las decisiones políticas y militares que se tomaron en el periodo del gobierno de El Grande, se puede atisbar que hay una gran distancia entre la teoría y la práctica y que es sin duda en la segunda, en donde sus decisiones se apegan más a lo que describe el propio Maquiavelo en su obra maestra. “El gobernante es cualquier cosa menos el amo absoluto de los pueblos que están sujetos a su gobierno, él es simplemente su primer servidor” (Goeller, 2012: párr. 7).

Existe otro debate entre las ideas que sustentan los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El Príncipe*, lo que nos permite afirmar que, si bien es cierto que en el primero se sustenta una república, en el segundo se afana por generar un texto absolutista. Esto deviene del contexto político en Italia que “era una sociedad intelectualmente brillante y artísticamente creadora, más emancipada que cualquiera otra de Europa de las trabas de la autoridad y dispuesta a enfrentarse al mundo con un espíritu fríamente racional y empírico, y presa, sin embargo, de la peor corrupción política y la más baja degradación moral” (Sabine, 1998: 269).

Además, los territorios italianos estaban separados y esto provocaba el conflicto entre ellos. Nos dice Sabine que “en la época en que escribía Maquiavelo, Italia estaba dividida en cinco estados grandes: el reino de Nápoles en el sur, el ducado de Milán en el noroeste, la república aristocrática de Venecia en el noreste y la república de Florencia y los estados pontificios en el centro” (1998: 268). Sin dejar de lado la figura del papa como otro gobernante.

Geográficamente, la situación de los Estados Vaticanos divide a Italia. Lo que más le interesaba a Maquiavelo era la unificación de aquellos territorios, pero tienen varias razas, diferente economía, lenguas diversas y no lograba divisarlos unidos.

Como la mayor parte de los italianos de su época, Maquiavelo consideraba que la Iglesia era especialmente responsable de tal estado de las cosas. Demasiado débil para unir a Italia, el papa era, sin embargo, suficientemente fuerte para impedir que ningún otro gobernante la uniera, en tanto que sus relaciones internacionales le hacían ser el iniciador de la viciosa política de invitar a la intervención extranjera. (Sabine, 1998: 268).

Esa postura contra la Iglesia católica le causó grandes estragos como un hombre tachado de anticristiano y que buscó la degeneración de la sociedad. Aunque se haya comprobado con el tiempo que, a pesar del escrito, el autor se caracterizó por ser un buen hombre según los mismos dogmas religiosos. Pero las condiciones del pueblo italiano, se dice, fueron su motivación principal para escribir el texto, sin dejar de lado su anhelo por pertenecer al nuevo gobierno de los Médicis.

La naturaleza de su oposición frente al papado que observa Maquiavelo radica en que este es un oponente a la unificación italiana. “Formuló, con claridad, la distinción entre moral privada y moral pública, separación que perdura, en nuestro tiempo, en las prácticas políticas y en las relaciones internacionales” (Gettell, 1976: 240). Por otro lado, al italiano “le preocupó, en un principio, la conservación de la independencia de Italia y la restauración de la prosperidad de sus ciudades. Le sedujo el espíritu del Renacimiento clásico, con su ímpetu de liberalidad en la especulación intelectual, con su crítica de los métodos y dogmas escolásticos y su actitud pagana en los problemas éticos y religiosos” (Gettell, 1976: 237).

Su experiencia como político activo en los territorios nacionales y extranjeros le permitió generar una metodología para analizar los componentes políticos a la par de los acontecimientos históricos que iban a convertirse en ejemplos para la construcción de su pensamiento. Sus intereses entonces versaban en el accionar político y no tanto en la naturaleza del Estado.

Maquiavelo se distingue de los escritores que le precedieron, principalmente, por su posición en materias religiosas y morales. Separa la política de la ética, llegando incluso a la paradoja y al escándalo. Durante muchos siglos la ciencia política fue una mera consecuencia de la teología, confundiéndose, por su naturaleza, las tendencias políticas con las aspiraciones religiosas. Maquiavelo estableció, francamente, la subordinación de los principios éticos al bienestar público y a las necesidades del Estado. (Gettell, 1976: 237)

Por tanto, *El Príncipe* es el libro que trata la cuestión y las circunstancias del poder como mecanismo de consolidación de la sociedad. “Escribe casi únicamente acerca de la mecánica del gobierno, de los medios con los que se puede fortalecer al estado, de las políticas susceptibles de aumentar su poder y de los errores que llevan a su decadencia o ruina” (Sabine, 1998: 270). Además de que su intención radicó según lo que escribe de su mismo puño:

Y como dice Dante que no hay ciencia sin el retener lo que se ha entendido, he anotado todo aquello de que por la conversación con ellos he hecho capital, y he compuesto un opúsculo *De Principatibus*, donde profundizó todo lo que puedo en las meditaciones sobre este tema, disputando qué es principado, de cuáles especies son, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden. Y si alguna vez lo agradó alguno de mis garabatos, éste no debería desagradaros; y para un príncipe, y en especial para un príncipe nuevo, debería resultar aceptable, por eso lo encamino hacia la magnificencia de Juliano. (Maquiavelo, 2013: 138)

Enrique Suárez-Iñiguez entrevé ciertos rasgos que Maquiavelo traza en su príncipe en el *Ricardo III* de Shakespeare. “La mentira, el disimulo, la duplicidad, la perfidia, la crueldad y el asesinato conforman la figura de Ricardo y del príncipe que propugna Maquiavelo” (Suárez-Iñiguez, 2009: 94).

El legado que el florentino Maquiavelo le otorga a la ciencia política radica en que construye un nuevo lenguaje aislado de un postulado codificado en disposiciones normativas y de moralidad cristiana. Debido a su época de auge renacentista, su pensamiento se verá cargado de una visión más antropocéntrica y más alejada de una perspectiva unívoca que había sido instaurada por el cristianismo. En ningún momento establece como condición única y necesaria el uso de la violencia. Por el contrario, él considera a los crímenes como *una intolerable forma de violencia*.

Su pensamiento asume la tarea de generar un canal que le haga frente a los sistemas del Estado como la Iglesia, la sociedad civil y la política, y de instaurar una actividad práctica para la transformación de los territorios italianos. Su tarea es una formidable obra que permite reconocer en el poder una característica política predominante, pero apasionada para el estudio científico.

Maquiavelo es humanista porque reconoce que la clave del actuar humano subyace en la toma de decisiones determinadas según su subjetividad y la experiencia práctica. Esta visión lo hará ser objeto de crítica ante los círculos morales. En *El Príncipe*, anuncia a la política como un sistema propio y que no se somete frente a otro de carácter ya sea social, cultural o religioso.

El florentino describe, analiza y, a través del empirismo, trae a cuenta las formas de solucionar un problema y ser partícipes de un sistema propio, objetivo, con un fin específico y que contiene un vástago de definiciones políticas. Por ello, entiende a la política como una actividad libre y

autónoma del razonamiento cristianizado-secular que había tenido tanta influencia en la Edad Media. De esta forma, la religión es solo un recurso para mantener el orden social.

1.6 Iglesia: definición y características

*Nunca he puesto mi esperanza
en ningún otro que no sea usted, Dios de Israel,
que se enojará y, sin embargo,
volverá a ser misericordioso,
y que perdonará todos los pecados del hombre que sufre.
Señor Dios, creador del cielo y la tierra, mira nuestra humildad.* ^{ix}

THOMAS TALLIS

Hablar del cristianismo y propiamente del catolicismo es introducirnos en un enrevesado universo. El despliegue de conceptos será metodológicamente una estrategia más sensata para poder abordarlos de manera nítida. La dualidad conceptual que necesitamos disociar es lo que se ha de entender por religión e Iglesia. Los antropólogos, filósofos y sociólogos han iniciado la tarea de definir aquellas principales nociones. Este cometido ha sido complejo puesto que las definiciones limitan la realidad y no son suficientes para determinar el fenómeno en cuestión.

Considerables autores como Durkheim o Weber introdujeron una teoría sociológica de la religión, pero los antropólogos parecen ser los más acertados en acuñar la mayor parte de los elementos que componen aquellas categorías. Según la Real Academia Española, la religión es el “conjunto de creencias o dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor hacia ella, de normas morales para la conducta individual y social y de prácticas rituales, principalmente la oración y el sacrificio para darle culto” (DRAE, 2001).

Sin embargo, en esta investigación entenderemos a la religión como “un sistema de símbolos que provoca en el hombre actitudes y motivaciones intensas, duraderas y movilizadoras, al formular conceptos de orden general acerca de la existencia y revestir estos conceptos con una tal aureola de realismo que dichas actitudes y motivaciones aparecen como puramente realistas” (Scharf, 1974: 48).

Con ello, se puede inferir que la religión es un sistema de dogma y de creencia en elementos que en el campo de la filosofía son considerados metafísicos, es decir, que no son comprobables ni refutables. No obstante, el estudio de la política y la sociología necesita forzosamente condensar los conceptos abstractos y traducirlos en objetos de análisis. De tal suerte que la materialización de la religión se edifica a través de la Iglesia, que es una institución con ciertas características que se mencionarán a lo largo de este apartado.

La sociología, que se ha encargado de estudiar a profundidad a esta institución desde una perspectiva amplia, considera que “la Iglesia es una institución que ha sido dotada de la gracia y salvación como resultado de la obra de redención; así pues, puede acoger a las masas y adaptarse al mundo porque, en cierta medida, puede permitirse ignorar la necesidad de santidad subjetiva en favor de los tesoros objetivos de la gracia y la redención” (Scharf, 1974: 144).

Por ello, es menester señalar que el papel de la religión tiene un carácter meramente teológico, mientras que la Iglesia se entiende como una institución social y en algunos momentos institución económica, política, cultural e ideológica. Es una institución social ya que alrededor de esta se originan normas de comportamiento que tienen como objetivo regular la vida de los hombres en la tierra y ordenar su forma de vida. La religión ayuda a los hombres a darles explicación a los fenómenos que ocurrían a su alrededor y que ha sido sostén del carácter del hombre para no caer en el abandono y la desesperanza. Al respecto, apunta Cioran que:

[...] Cuando se llega al límite del monólogo, a los confines de la soledad, se inventa (a falta de un interlocutor) a Dios, pretexto supremo del diálogo. Mientras le nombra, tu demencia está bien disfrazada y... todo te está permitido. El verdadero creyente apenas se distingue del loco; pero su locura es legal, admitida; acabaría en un asilo si sus aberraciones estuviesen horas de toda fe. (2014: 130)

¿No es acaso Freud quien dice que es el sentimiento de culpa eterna el que nos hace observar a la religiosidad? Hay un miedo a la muerte porque existe un vacío entre este y lo desconocido: la ignorancia.

De la misma manera, Dios es tema de la metafísica,^x pero nosotros lo hemos incorporado a nuestra vida de manera ontológica al dotarlo de género y adjetivos. Sabemos que si existe un arquitecto del universo, quizá nos equivocamos ontológicamente al suponer que este es semejante a nosotros en tanto forma, o por asumir que este es benévolo sin tomar en consideración que, si su existencia es verdadera, solo es un creador sin influencia en nuestras vidas.

¿Qué privilegios tenemos los seres humanos frente a las otras creaciones que también son producto de esta “magnífica” mano creadora? Entre 4200 religiones que se practican aproximadamente en el mundo, las masas entran en conflicto por descifrar qué amigo imaginario es al que deben seguir. Así que mientras el hombre decide si Dios existe o no, por miedo, debe ser agradable a sus ojos esperando que cambie repentinamente de actitud.

El problema es que cuando se atacan las creencias, ideologías y cualquier elemento que se anide en la intimidad del ser humano, se genera un conflicto a niveles inimaginables, sin dejar de lado los problemas que generarán para su existencia.

Uno de los transgresores de Dios, el Marqués de Sade, lanza una enérgica sentencia hacia la raza humana al manifestar: “La idea de Dios es el único mal que no puedo perdonar a la humanidad.” Y remata el propio Shakespeare: “Los hombres somos para los dioses lo que los insectos para los niños: nos aplastan para su recreo.”

Por otro lado, cabe resaltar que en el principio el hombre, a través de un tipo de racionalidad determinada por las circunstancias de tiempo y espacio, concibe a Dios como una forma de acallar ese vacío y miedo a lo desconocido. Heleno Saña, citando a Herder, escribe: “La religión, verdadera o falsa, correcta o incorrectamente practicada, ha sido la maestra de los hombres, la que ha dado consuelo a su oscura, peligrosa y laberíntica existencia” (2010: 75).

La filosofía presocrática también se hizo la pregunta sobre la composición de la materia y de los elementos que conforman la sustancia humana. Sin embargo, en realidad la pregunta estaba esbozada en términos del orden y generalidad. Así, “los tres filósofos de Mileto de Jonia se preguntaron cuál es el *arché*, es decir, el origen o el “gobierno” de todas las cosas” (Xirau, 2016: 26). Una respuesta prematura de Tales, por ejemplo, es que el *arché*, que traduciríamos como principio, se encontraba en el agua. Más adelante Platón, en el *Timeo*, menciona: “Todo lo que deviene o es creado debe necesariamente ser creado por alguna causa” (Xirau, 2016: 67).

La religión es parte del razonamiento del hombre debido a la necesidad de encontrar una respuesta. “Se encuentran en el pasado e incluso hay sociedades humanas que no tienen ni ciencia ni arte ni filosofía, pero no ha existido nunca una sociedad sin religión” (Saña, 2010: 73).

Por otro lado, el papel de la Iglesia como institución ha generado un monopolio de prerrogativas a través del lucro de la ingenua creencia humana en un Dios. La descomposición de su estructura

ha introducido su poder terrenal en los aspectos sociales a través de la influencia en los espacios económicos y políticos.

Mientras que la autoridad terrenal, como el gobierno a través de sus sistemas penitenciarios, lo único que puede castigar es el cuerpo encarcelándolo de por vida o torturándolo hasta que este “aguante”, la Iglesia como institución tiene la capacidad de castigar el alma eternamente. Este argumento basado en el miedo es la piedra angular de su gran éxito que ha perdurado durante siglos y que tiene un efecto más trascendental.

Así, es necesario hacer una diferencia entre dos momentos claves dentro del cristianismo: su forma como religión y después su metamorfosis en una institución con ciertas cualidades y prerrogativas que la convirtieron en un aparato importante para el Estado y un elemento clave para el ejercicio del poder en el juego de las relaciones sociales, configuradas de manera binaria.

En una instancia se hallan los gobernantes y, en otra, los gobernados: dominantes y dominados; o cualquier otra forma de relación de poder que enmarque esta diferencia. Los detentadores del poder que están en la cima se conforman de actores y grupos que toman las decisiones más importantes y trascendentes.

Menciona Lanfrey que “por su misma naturaleza excluyó, pues, la Iglesia cristiana de los dos primeros siglos toda idea de autoridad política. En aquella edad de inspiración, espontaneidad y desinterés, no tenía aún gobierno, templos ni ritos, y apenas se distinguían en ella los primeros elementos de su jerarquía” (1990: 8).

Con el tiempo, esta religión se erigió en una institución a semejanza del Imperio Romano, con una estructura manifestada a través del papado y que, al mezclarse con las tareas del régimen, se estableció como pieza fundamental de aparato político tomando decisiones y aportando garantías.

“Primero apareció la autoridad espiritual; luego, la disciplina, la gestión de los intereses comunes, el gobierno; a continuación, las pretensiones temporales; por último, el sueño de la monarquía universal” (Lanfrey, 1990: 11).

Todo lo que ganó la iglesia en unidad y poder político, lo perdió en autoridad moral. La vitalidad que el cristianismo llevaba en su seno y la especie de metamorfosis que sufrió al ser adoptado por la imaginación de los pueblos bárbaros, le salvaron sin duda de la prematura decadencia a que parecía condenado; pero conservó el nuevo elemento que le había legado el paganismo expirante, a saber, la forma de gobierno inspirada por el absolutismo romano, con la denominación pagana de *Pontifex maximus*. (Lanfrey, 1990: 16)

Si bien el establecimiento de la institución de la Iglesia contrajo muchos problemas por la línea que parecía desvanecerse en ocasiones por el gobierno terrenal, se convirtió en una élite de considerables alcances para su influencia en los Estados y la sociedad. Sus facultades permitieron edificarlo como un poder fáctico que secunda las decisiones o promueve intereses en su favor y según sus intereses.

Son innumerables los ejemplos de este dominio ideológico, económico y político camuflado bajo las vestiduras papales. El ejemplo más claro del cristianismo se generó cuando este se convirtió en la religión de Estado en Roma después de que Constantino publicara el *Edicto de Milán*; “asumirá también el sentido organizativo y práctico de los romanos, un elemento que se revelará de suma importancia para su desarrollo institucional y su continuidad histórica” (Saña, 2010: 76). Toda esta estructura anteriormente señalada es lo que consideraremos como influencia y que la Real Academia Española la define como: “Persona con poder o autoridad con cuya intervención se puede obtener una ventaja, favor o beneficio” (2001). A partir de este momento,

esta lectura versará sobre los elementos propios de la Iglesia y no sobre la religión, como ya lo hemos distinguido anteriormente.

1.7 Arte y poder

Desde que el hombre es consciente, se significa a través de la reflexión sobre los asuntos más trascendentes. Esta capacidad de pensamiento y su actividad reflexiva lo ubica dentro de la cadena alimentaria como el animal más inteligente, pero también el más peligroso por la asombrosa capacidad de construir y destruir su porvenir. En palabras de Schopenhauer, citado por Encarnación Ruiz Callejón:

El hombre es un ser metafísico, el único ser que se asombra de su existencia y de la del mundo. La pregunta metafísica responde a una necesidad, en el doble sentido de penuria y exigencia, y supone ciertas condiciones: la administración filosófica implica una actitud reflexiva, pero sobre todo la existencia del sufrimiento y de la muerte. Por lo que dicha admiración es, ante todo, consternación. (2013: 59)

A su vez, esta capacidad de reflexión, que se introduce en lo más profundo de la mente humana, lo convierte en un ser endeble y proclive a desarticular a la naturaleza en su beneficio o crear cosas magnánimas que superan cualquier indicación que las musas susurran a sus oídos.

Debido a la miseria que el ser humano ve a cada paso de su existencia, encuentra en el arte una escapatoria para trazar de forma inventiva y llena de imaginación una serie de creaciones y hacer frente a su realidad modificándola o creando elementos que están fuera de esta.

Friedrich Nietzsche no se equivoca al mencionar que “lo esencial en el arte es que remata la existencia, es que es generador de perfección y plenitud. El arte es por esencia afirmación,

bendición, divinización de la existencia”. Con ello, el filósofo alemán consolida el aspecto fundamental del arte como creación y que se aleja de la pretensión de la verdad, pero que a su vez genera en el espectador y el propio artista una nueva forma de vivir y de afirmar al ser humano como creador ilimitado.

El arte es la capacidad de creación siempre en potencia para una cantidad limitada de seres humanos que por naturaleza logran trascender. Además, el arte afirma la condición del hombre porque en su ser no existe nada por sentido. El arte se nutre de los aspectos sociales que lo envuelven y genera nuevas posibilidades.

El arte no afirma sin antes criticar las cosas ya establecidas. El arte no es una verdad universal porque es interpretado por cada individuo. Solo es universal en el sentido de que mueve a todos, aunque de distinta manera.

Desde esta perspectiva, los científicos, quienes se jactan de estar más próximos a la verdad, están más alejados de esta por querer encontrarla a toda costa y de manera que sea irrefutable.

Aunque Platón creía que el arte no era parte de la verdad en sí, la ventaja del arte es que justamente a través de este, el artista tiene una gran ventaja ante la masa de ideas que cubre su pensamiento y esta radica en que puede jugar con la reconstrucción de formas que son o no parte de la realidad, pero que expresan lo que se quiera reproducir.

Así mismo, el artista creador no solo está desarrollando un sentido estético, sino que su obra es parte de un momento, del *Zeitgeist*, o como se traduce en español, el espíritu de la época. Por otro lado, la obra que ha producido el artista se enmarca inevitablemente en los pasos del tiempo y es por esa razón que los artistas y sus reproducciones están ligados forzosamente a la cuestión social en que fueron inscritas y marcan una nueva perspectiva en la medida en que recrean algún elemento

social o no. El arte sensibiliza, recrea, enriquece, denuncia y es un producto cultural, político, histórico o cualquier elemento que se halle enmarcado en lo social. Por eso, Lince Campillo menciona que:

[...] En la obra de arte queda de manifiesto el momento histórico social en el que fue pensada y realizada. Porque el artista se nutre de los espacios e impresiones de su realidad, es decir, es impactado por el lugar donde nació, se educó, creció, las amistades que cultivó, etcétera. Entonces, el artista intenta explicarse cuestiones de la realidad y por medio de su obra explica a los demás aspectos ideológicos, políticos, sociales y económicos [...]. (2013: 15)

Es por esta razón social del arte que el filósofo polaco Wladyslaw Tatarkiewicz consideró que: “el arte es una actividad humana consciente capaz de reproducir cosas, construir formas, o expresar una experiencia, si el producto de esta reproducción, construcción, o expresión puede deleitar, emocionar o producir un choque” (2002: 67).

El arte es un lenguaje universal que se convierte en una actividad que produce y conmueve a quien es partícipe. Y, a su vez, esta complicidad tanto del espectador como de la obra genera una dupla necesaria para que se produzca la existencia, en primer momento, del arte y en segundo, la experiencia del espectador. Aunque, desde luego, cada persona entenderá al arte desde su individualidad y contexto.

En la medida en que la obra artística se halla enmarcada en un contexto social y es una creación humana, se vuelve vulnerable. Como cualquier producto social, atraviesa el juego del poder y dentro de él se genera un discurso.

Es por ello que encuentro dos formas de manifestación de poder en el arte. El primero es lo que se ha denominado *una postura política de complicidad*, de tal forma que los implicados usan el

arte como una forma de generación de control político y difusión de la ideología de un régimen. Como ejemplo tenemos a la dictadura del nacionalsocialismo que gobernó a Alemania en el periodo de 1934 a 1945. Su ideología generó escisión y aversión ante los diferentes.

El asesinato como fin en sí mismo

Las matanzas suelen perseguir un objetivo utilitario, como la obtención de territorio o el beneficio económico, entre otros. En cambio, los nazis no pretendían ganar nada con la desaparición de sus víctimas sino su desaparición misma.

Por lo tanto, cada judío era deshumanizado y desprovisto de su individualidad, identificado sólo por su pertenencia a un grupo “racial”. Independientemente de su personalidad, sus convicciones, su género, su edad, su trayectoria personal, su nacionalidad e incluso su religión, estaba destinado a desaparecer. Ni la conversión religiosa era una opción para salvarse. No era posible borrar de modo alguno la causa de su condena: el hecho que sus abuelos hubieran nacido judíos.

Museo Memoria y Tolerancia

A través de las políticas totalitarias, cercaron las ideas de los sectores científicos, culturales y otras formas que no complacían al régimen para diseminar las ideas de superioridad racial fundamentándose en el descontento político, social y económico que se generó después de la Primera Guerra Mundial con el Tratado de Versalles o, como lo denominaban los alemanes, un *Diktat*, ya que se consideraba una desgracia para un pueblo bélico y que dejó consecuencias graves para la estabilidad alemana.

Así, en 1937 Adolfo Hitler ordenó una exhibición propagandística en la ciudad de Múnich, en donde el arte moderno se clasificó como *Entartete Kunst*, que en español es *arte degenerado*. “La Exhibición de Arte Degenerado incluía obras de algunos de los grandes nombres internacionales,

como Paul Klee, Wassily Kandinsky y Oskar Kokoschka, junto con famosos artistas alemanes de la época, entre ellos Max Beckmann, Emil Nolde y Georg Grosz” (Burns, 2013: párr. 5).

La segunda manifestación de poder en el arte es lo que he denominado una *postura política de desacuerdo*.

De acuerdo con el contexto de la Segunda Guerra Mundial, la *Sinfonía n.º 7, Leningrado en do mayor, op. 60* a cargo del compositor ruso Dmitri Dmítrievich Shostakóvich es un ejemplo bello tanto por su significado como por su contenido político.

El 9 de agosto de 1942, durante la batalla de Moscú, en el recinto de la Orquesta Filarmónica en Leningrado, se interpretó dicha sinfonía en medio del asedio a la ciudad rusa. “La orquesta estaba formada por músicos que eran víctimas de bombardeos, inanición, hambruna, y apenas eran capaces de sostener sus instrumentos para tocar’, explica el director de orquesta nacido en la época soviética Semyon Bychkov” (Cafrey, 2016: párr. 11).

El contexto que se vivió en Leningrado era casi inhumano, “con el corte de suministros, los habitantes de Leningrado se vieron forzados a comer ratas, caballos, gatos y perros. También hubo informes de canibalismo. Y mientras el hambre se extendía como una plaga entre los residentes, la Luftwaffe -fuerza aérea alemana- los atacaba desde el aire, llevando a cabo frecuentes y fuertes bombardeos” (Cafrey, 2016: párr. 17-19).

No obstante, y sin importar las desventajas en las que se hallaban, los músicos lograron interpretar tal sinfonía como una necesidad imperante de demostrar al enemigo que un país de tal magnitud no iba a ser derrotado por los nazis. Los intérpretes pudieron tocar toda la sinfonía sin ninguna interrupción y el concierto fue transmitido por la radio local, por lo que los propios alemanes pudieron escuchar tal magnánima obra. Olga Kvade comentó:

Por un lado quería llorar, pero al mismo tiempo había un sentimiento de orgullo. 'Maldita sea, ¡tenemos una orquesta! Estamos en la Filarmónica así que ustedes los alemanes ¡quédense donde están!'. Estábamos rodeados de alemanes. Nos estaban bombardeando pero había una sensación de superioridad". El final del concierto fue acogido en un principio con silencio. "Y de repente se produjo una tormenta de aplausos", relata Ksenia Matus. "Una niña apareció entre el público con un ramo de flores y se lo dio al director de orquesta. ¿Se puede imaginar? ¡Flores frescas durante el bloqueo! Era insoportablemente alegre". (Cafrey, 2016: párr. 33-36)

1.7.1 Literatura y poder. La palabra escrita u oralmente transmitida es un testigo que narra la situación de un momento y deja huella acerca de historias que en muchos de los casos no fuimos capaces de experimentar por las colosales distancias de tiempo o distancia.

No obstante, la ventaja que tiene la representación gráfica frente a la reproducción oral es que se convierte en un testigo para la posteridad en tanto que las reflexiones bajo las palabras que se hallan en estos escritos nos permiten reconocer elementos propios del hombre inscritos en el papel de la imaginación o de la experiencia vivida.

Los textos que han llegado a nuestros tiempos son producto de la funesta contingencia de la supervivencia. Muchos de ellos son el resultado de la investigación de hombres dispuestos a sacrificar horas de estudio en la interpretación y que se sumergieron en la búsqueda del sentido.

Otros textos se extendieron por el mundo de la evolución de las lenguas y fueron descifrados al mismo tiempo que la lengua exigía el progreso. Hoy existen muchas lenguas perdidas, pero los textos se han conservado por esa apasionada acción del conocer.

Aquella atinada actividad de traducción, reconstrucción e interpretación de la palabra ha permitido que el hombre halle un cúmulo de narraciones que se reproducen de la misma manera en otras latitudes, pero con diferentes fechas y nombres. Estas actitudes representan la naturaleza del hombre, que busca permanecer en el tiempo y dejar tras de sí su esencia.

Si se considera todo lo anterior, la literatura es un dispositivo que permite la manifestación a favor o en contra de los sucesos que han quedado como fieles testigos.

Decía Óscar Wilde que existían “dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo”. Así, escribir es una actividad liberadora del alma que no hace más que representar lo real o lo imaginario y generar en el otro algún sentimiento que se bate entre el amor y el odio, la calma y la desesperación, la felicidad o la tristeza.

Aquellos hombres que logran hacer patente este arte de la transmisión de contenido por la palabra aportan una nueva visión del mundo o una nueva antítesis sobre un problema a tratar. Con el tiempo, y si el aporte ha encumbrado en los más grandes estándares de los lectores, pasa de inmediato a situarse en las vitrinas de las grandes expresiones humanas.

Dependiendo de la habilidad del escritor en el uso de los recursos lingüísticos, la obra puede trascender en el tiempo, asegurando a futuras generaciones la posibilidad de ir más allá de su propia realidad, con la consiguiente utilidad histórica, brindando una dimensión estética en tanto permite acercarnos al terreno de la sensibilidad. Cuando se refiere al aspecto poético, podemos recuperar los sentimientos, la parte que complementa nuestro conocimiento de lo histórico, encontrando nuevos significados que nos aclaran la razón o intención por la que se realizan determinadas acciones. (Lince, 2015: 14)

Las reflexiones que los historiadores y algunos escritores resuelven con la pluma se albergan en un sentido muy similar porque hacen uso de sus capacidades interpretativas de la realidad para representar un periodo y una situación específica.

Quizá la diferencia más notable entre estos dos oficios es que el historiador reúne la capacidad de describir exactamente lo que sucede a su alrededor, mientras que el escritor hace uso de la imaginación para recrear escenarios que aparecen súbitamente en su cabeza. Sin embargo, no debemos olvidar que la tarea que este último realiza está determinada por un contexto social específico y muchas veces estas circunstancias de las que habla le afloran el alma y lo motivan para la descripción de los problemas, las críticas y las experiencias que capta de la realidad.

Esta es una razón suficiente para mirar más allá de los textos históricos y apoyarnos en lo que otros espacios del pensamiento y expresión nos ofrecen. La literatura, que forma parte del arte, también es un dispositivo combativo que permite a los ensayistas, dramaturgos, poetas, cuentistas y demás, traducir una problemática social en una propuesta ética y estética.

Esta acción que he denominado combativa debido a su forma de expresión genera en los antagonistas una sed por enmudecer o reprimir la palabra. Así, el arte como producto humano no escapa de las relaciones de poder. Es, al contrario, un elemento humanista que está en la mira constante de los poderosos para desarrollarse en los linderos de lo permitido.

Fue la misma Iglesia católica la que a petición del Concilio de Trento el 24 de marzo de 1564, cuando Pío IV era el papa, estableció el denominado "*Index librorum prohibitorum*" que contenía una serie de libros prohibidos y que fue suprimido finalmente hasta el siglo XX con el papa Pablo VI. Dentro de este índice aparecieron grandes hombres como Nicolás Copérnico, René Descartes, Thomas Hobbes, Víctor Hugo, Denis Diderot, entre muchos otros. Por ello es por lo que este último

mencionó en alguna ocasión: “Cuidado con el hombre que habla de poner las cosas en orden. Poner las cosas en orden siempre significa poner las cosas bajo su control”.

En la actualidad, los hombres que siguen con rigurosidad el método científico aseveran que la literatura solo es un producto de la mente de los hombres y que más allá del goce estético no se puede obtener algún otro fin. No obstante, en otras civilizaciones como la griega, tras abandonar la oralidad, la literatura fue un espacio de reflexión. No es fortuito que el teatro griego o la literatura de Homero fueran generadores de la conciencia y educadores del pueblo.

De hecho, Homero, el poeta *divino*, el más sabio e inspirado, tuvo influencia en la literatura, la lengua, el arte y la filosofía griegas como ningún otro autor lo ha trabajado.

Homero es un *sophos*, maestro y educador de los griegos, fuente inagotable de sabiduría, cuyos versos fueron convertidos también en oráculos y encantamientos. Se podía aprender en sus poemas, desde el gobierno de la ciudad, la conducción de la asamblea, los deberes de la lucha, hasta la construcción de un barco. (Montemayor, 2002: 20)

Finalmente, cabe mencionar que la palabra es un sistema discursivo que sustenta un *régimen de verdad*, como lo llamaría Foucault, puesto que nos permite comprender los valores, las costumbres y las ideas compartidas. Por tanto, la literatura interviene como asistente del método para la comprensión de la cultura en formas espacio y tiempo.

CAPÍTULO 2: MONARQUÍA DE LA ESTIRPE TUDOR

2.1 La dinastía Tudor

La monarquía en Europa se desarrolló en un escenario versátil. En un primer momento, esta se vio apoyada por la nobleza y, más tarde, se consolidó en el absolutismo para finalmente dar paso a los Estados nación después de la Revolución Francesa. El reinado de los Tudor pertenece desde luego al primer momento de los mencionados. A esto, Woodward señala que:

La monarquía Tudor representó “la concentración más efectiva de poder” en Inglaterra desde la conquista normanda, pero los monarcas, afortunadamente para Inglaterra, no fueron monarcas absolutos, ya que no controlaban un gran ejército, ni una gran burocracia, ni disponían de rentas inmensas, ni gobernaban sobre súbditos cuyos hábitos de obediencia no conocerían límites. (1988: 91)

En Inglaterra, el siglo XV trajo consigo la afirmación de un carácter nacional. Incluso si esto no fuera del todo cierto, los reyes tuvieron que implantar la idea de la unidad de su pueblo y proponer una configuración social estable como una hábil táctica para imperar en sus Estados en términos convenientes.

Estas acciones no fueron únicas en Inglaterra. En general, las monarquías europeas buscaron suprimir las pugnas que se habían originado con los señores feudales. “A finales del siglo XV, el rey ocupaba, en principio, a cima de la jerarquía. Fuente del derecho, de la justicia, gozaba de poderes teóricamente ilimitados. En la práctica, su voluntad chocaba con la resistencia de los nobles, con la negligencia de sus propios agentes” (Cahen y Braure, 1962: 13).

2.1.1 Reinado de Enrique VII (1485-1509). La guerra de las Dos Rosas es el nombre asignado a la lucha entre la Casa de Lancaster y la Casa de York. Esta contienda terminó con la victoria de

Enrique Tudor, duque de Richmond, sobre su rival, Ricardo III en la batalla de Bosworth el 22 de agosto de 1485.

En tales circunstancias, Enrique Tudor se proclamó rey de Inglaterra con el nombre de Enrique VII y se hizo obedecer por las masas. Él mismo, se denominó un hombre competente al ser investido por la divinidad y por ser descendiente de los Lancaster.^{xi} Su carácter y personalidad le ayudaron a sobrellevar los conflictos suscitados en su reino. “Los que le trataron alaban su dignidad, su calma, su juicio; le gustó la música, la danza (en sus cuentas se encuentran muy a menudo regalos hechos a los que habían bailado en su presencia), pero sin dejarse dominar por esas aficiones. Tenía el gusto del poder y del dinero. En el fondo era autoritario, y la necesidad lo hizo ambicioso” (Cahen et al., 1962: 6).

No por ello el reinado de Enrique VII fue del todo glorioso. Tras la guerra, existía una fragilidad en el reino y apenas los fondos servían para los gastos propios del Estado, lo que se traduce en falta de capital para la obtención de un ejército propio y la fortificación de su país. En consecuencia, las amenazas fueron constantes por los grandes señores ingleses. Aunado a lo anterior, la Casa de los York mantenía una gran reputación en algunos círculos sociales privilegiados, lo que complicaba aún más la situación para el rey.

Entre la inestabilidad gubernamental en donde existió una notoria fragilidad política y con inconvenientes críticos financieros, el Consejo privado del monarca “desempeñaría un papel principal; consejo en el que el rey pudiese hablar libremente, secretamente, oír y discutir las opiniones, decidir su línea de conducta” (Cahen et al., 1962: 12). Para el 7 de noviembre de 1485, el Parlamento lo reconoció como rey. Su gobierno duró 25 años y fue el inicio de la gran dinastía Tudor que se prolongó por más de un siglo. Este éxito se debió a las grandes decisiones políticas y cálculos cuidadosos en cada flujo de poder.

Enrique VII conocía sus límites tanto en el ejercicio político como en el campo de batalla. Empero, su inteligencia le permitió construir un reinado a través de las rentas. Asimismo, se hizo de metales preciosos porque entendió que, en algún momento precario, sería una prenda intercambiable en el exterior. Otro mecanismo para producir ingresos era mediante el encarcelamiento de personas opulentas para obtener de ellas un pago a cambio de su libertad.

Su circunspecta personalidad lo llevó a tomar buenas decisiones y distanciarse del conflicto.

[...] Estuvo convencido hasta el fin de que su poder era frágil, de que estaba amenazado, y su política estuvo construida sobre dos principios: rigor con los grandes e indulgencia y solicitud con los humildes. No es que los amara: más tarde dijo a un interlocutor que cuanto más paga el pueblo menos puede levantar la cabeza. Pero sabía que la opresión y la desesperación conducen fácilmente a la revuelta. (Cahen et al., 1962: 7)

Enrique vivió asediado entre varios conflictos. Ejemplo de ello fueron las pugnas generadas por el cobro de los impuestos o el intento de su derrocamiento mediante impostores secundados por los grandes jefes locales.

Enrique VII, al contar con una sofisticada sutileza en el campo de la política, diagnosticó una posible desavenencia si se alejaba de las potencias europeas que no quitaban el ojo de encima. De manera que propuso una resolución al arreglar una boda entre sus descendientes y los hijos las dinastías más robustas. Como se vio en la historia, estas uniones maritales fueron un estilo recurrente en Europa para las alianzas entre los reinos. Así, su hijo Arturo se casó con Catalina de Aragón en 1501 en una celebración oficiada por William Warham, quien fuera el arzobispo de Canterbury, de 1503 hasta su muerte. Por otro lado, su hija Margarita Tudor se unió en nupcias

con Jacobo IV Estuardo para producir una alianza con su enemigo de antaño. El rey murió de tuberculosis el 21 de abril de 1509 y fue enterrado en la Abadía de Westminster.

2.1.2 Reinado de Enrique VIII (1509-1547). Es sabido que en las monarquías se estila que los progenitores de los monarcas son los próximos a la Corona y los hermanos menores se colocan debajo esperando la sucesión en caso ser necesario. Otro elemento que considerar, y especialmente en las antiguas monarquías, es el género. En tal situación los hombres debían situarse primero y después, en caso de no haber otro varón, se le otorgaba el lugar a la mujer. Inglaterra no fue la excepción.

Por decreto real, al morir el rey Enrique VII, el siguiente gobernante de Inglaterra sería Arturo Tudor y ocuparía el trono en compañía de su esposa Catalina de Aragón, hija de los reyes católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla. No obstante, a causa de su muerte prematura, los planes de la unión de la Corona inglesa y la española parecían averiarse. Por ello, Enrique VII, de manera inteligente y descarada, tras saber las implicaciones de tal suceso, les manifestó a los reyes de España que Enrique Tudor tomaría el lugar de su hermano mayor y este estaría dispuesto a contraer nupcias con Catalina.

Tal plan se consumó sin ningún impedimento y la relación entre el inglés y la española duró casi 24 años. Su matrimonio representó una gran alianza, y de alguna forma, Enrique VIII se vio más beneficiado de aquel nexo puesto que Catalina, al ser mayor por 6 años y tener una instrucción regia, tenía mucha experiencia e influía en la toma de decisiones del rey. Además de que, en las ausencias del Enrique, ella tomaba las riendas enérgicamente.

Así, Enrique VIII, a quien algunos historiadores han denominado “Barba azul”^{xii}, comenzó a reinar a los 18 años. Al principio, las circunstancias en las que él había llegado al trono parecían

complicadas puesto que este no había sido educado para detentar el lugar del soberano, pero sí se había consagrado al estudio de las artes y los temas en materia religiosa. Esto permite percibir las inclinaciones que tuvo respecto al tema y que más tarde fue fuente de movimientos ideológicos y religiosos durante su reinado.

La continuidad de la dinastía no se vio afectada por la llegada del joven rey al poder. Él era querido y apreciado por el pueblo debido a que era un personaje apuesto, atlético, con afición a los deportes como el tenis y tenía el beneplácito de la gente. Supo ganarse al pueblo tomando decisiones que no lo hicieran impopular y de estimularlas en el momento indicado.

En términos culturales, el rey tuvo una educación extensa. Se introdujo en varios campos humanistas desde los idiomas, el deporte y la música. “Era hermoso, buen músico y buen humanista; de joven podía cansar a ocho o diez caballos en un día de caza; era excelente tirador de arco y jugador de tenis. Aunque en sus últimos años su figura sombría estaba cargada de grasas y sus piernas hinchadas, siempre le rodeó una cierta magnificencia” (Woodward, 1988: 93).

Aquella forma de imponerse, más las buenas relaciones que generó con el Parlamento (al que solo llamaba en ocasiones), le generaron una fama de buen gobernante. Las decisiones que él tomó denotaban la influencia que le había transmitido su padre, Enrique VII, quien luchó y venció a Ricardo III en la batalla de Bosworth y los consejos proporcionados por el cardenal Tomás Wolsey, quien fue el segundo hombre más importante después del rey debido a su posición como primer ministro durante casi 20 años.^{xiii}

Enrique VIII y su esposa Catalina intentaron procrear en siete ocasiones. Empero, solo el producto de una de ellas sobrevivió. Su nombre fue María I, reconocida en la historia como *Bloody*

Mary, por las persecuciones a los protestantes durante su mandato y que simbolizó una regresión hacia el cristianismo en la historia de la Corona inglesa.

Las cualidades y la pertinencia de Enrique VIII le mostraron que debía tomar cartas en el asunto sobre los posibles rivales que intentarían llegar al trono después de su muerte. Por tal motivo, rompió con el grupo anterior de su padre, y mediante la legitimidad de la ley, decretó sanciones en donde mandó al cadalso a varios actores, incluyendo a los exministros, Edmundo Dudley y Ricardo Empson.

Las constantes amenazas dentro del juego del poder obligaron a Enrique VIII a plantearse la cuestión más importante para mantener la estirpe Tudor: la sucesión del trono de Inglaterra. Enrique VIII encontró dos principales problemas sobre permitir el ascenso de su hija María. El primero es que, pese a que en aquel contexto la dirección del Estado bajo el dominio de una mujer no estaba prohibida, tan solo la idea de pensarlo causaba revuelto socialmente. El segundo era que, si el trono pasaba a manos de su hija, en caso de que esta contrajera matrimonio, el reino se vería comprometido, expuesto y supeditado a otras naciones.

La angustia incesante crecía en el rey en la medida en que su esposa no podía concebir a un varón. Esta cuestión lo hizo reflexionar sobre la necesidad de dejar descendencia en otro sitio. Las dudas aumentaron cuando el rey reparó en la existencia de una joven y hermosa mujer, Ana Bolena, una de las damas de honor de la reina. Los acercamientos hacia la mujer lo encapsularon y lo modificaron hasta caer profundamente enamorado. “Era Ana Bolena una joven de diecinueve años, morena, provocativa, coqueta y espiritual. [...] De adolescente la habían enviado a Francia, a la vez que su hermana mayor, María, para que terminase su educación en la corte de Francisco I” (Chastenet, 1963: 23).

De tal manera que Enrique VIII, buscado una justificación para alejarse de la culpa contra la Iglesia, decidió apelar a la Biblia y al Cardenal Wolsey para que llevara el caso a Roma, aduciendo que su matrimonio debería ser anulado por haber sido Catalina la mujer de su hermano, “no desearás a la mujer de tu prójimo”,^{xiv} alegando que los hijos muertos eran un signo de la culpa por haberse esposado con ella, quien en ese entonces, por su edad, tenía pocas posibilidades de engendrar un heredero.

Este problema que se gestó en el momento en que Enrique VII impuso esposar a su hijo con Catalina de Aragón abrió un nuevo canal que determinó el futuro del reino. “Aquí se originó la dramática metamorfosis que hizo de un hombre aparentemente de estima un déspota sanguinario, y de un ferviente católico el causante de la ruptura de Inglaterra con la Iglesia romana” (Chastenet, 1963: 24).

En los debates que se originaron sobre el destino de la reina se percibía a una mujer angustiada que intentó hasta lo imposible para no perder su dote. Por ello, Catalina argumentó en su defensa que el matrimonio con Arturo nunca se había consumado. Por tanto, la discusión se trasladó ante el papa Clemente VII quien, por sus vínculos con el sobrino de Catalina, Carlos V de España, le negó el permiso a Enrique VIII para anular su matrimonio y casarse con Ana Bolena. Cuando finalmente el rey conoció el veredicto del papado, desde un principio evidente:

La cólera de Enrique se torna casi delirante. Instintos largo tiempo dominados despiertan en él y, persuadido de que le persiguen, se convierte en perseguidor. Sume en desgracia y ruina a su viejo y fiel consejero, el cardenal Wolsey, a quien acusa de estar de acuerdo con Campeggio; establece el terror sobre el episcopado; nombra a arzobispo de Canterbury a Thomas Cranmer, sacerdote casado en secreto de tendencias luteranas; confisca los bienes

de cierto número de conventos y comienza la serie de asesinatos jurídicos que iba a hacer su memoria tristemente famosa. (Chastenet, 1963: 27)

En este punto, el combate religioso comenzó a surgir y se buscó una enmienda hacia las fallas contra un rey. Esta reforma “administrativa”, debía terminar con las medidas abusivas sobre la instrucción del clero. Sin embargo, señala Woodward, nadie imaginó que Enrique VIII se dedicaría a modificar la “doctrina o gobierno de la Iglesia”.^{xv}

Muchos ardientes católicos y algunos cercanos del rey creyeron que la reforma religiosa en Inglaterra fracasaría. Sin embargo, los cambios no modificaron de raíz la doctrina religiosa y la gente no vio ningún peligro contra su credo. Por el contrario, el pueblo inglés encontró en esta decisión la autonomía nacional frente a los embates católicos porque ante sus ojos era la institución monárquica la que siempre había estado a la cabeza de la Iglesia en su territorio. Desde siempre, la Iglesia había respetado la figura del rey en la medida en que este respetara a la figura papal como superior. Pero lo que buscaba el rey iba más allá de eso. Él quería establecer en qué términos se permitían o se negaban los preceptos cristianos, ser el intérprete de los designios de Dios.

Desde este momento, las tensiones entre la Iglesia y el Estado fueron permanentes y se incrementaron con el transcurso del tiempo. Cada uno de estos grupos religiosos, es decir, los católicos y los futuros protestantes, velaron por sus intereses a capa y espada sin importar las consecuencias contraídas.

Las ganancias para el reino inglés no solo fueron en términos ideológicos. De hecho, los protegidos del monarca y los actores de la escena política confiscaron una gran cantidad de propiedades en donde se hallaban los monasterios, abadías y que incluía un ingreso extra por los diezmos que dejaron de fluir a las arcas de la Iglesia católica.

Desde aquel momento, la pérdida de una base económica de tal magnitud contrajo problemas para los fieles católicos y los ministerios de culto. Este conflicto nunca fue dispensado y desencadenó un problema constante en los posteriores monarcas. Todo aunado a la falta de unidad y cohesión con las otras naciones que integran a la Gran Bretaña: Escocia e Irlanda.

Tomás Moro, el famoso escritor del libro *Utopía*, es un claro ejemplo de los detractores que permanecían en las filas del reino. Es por eso que en 1535 fue acusado de traición por no emitir una opinión positiva ante la incipiente Reforma Protestante. Moro no estaba dispuesto a aceptar el divorcio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón, aceptar el Acta de Supremacía y oponerse ante el deseo de Enrique de ir en contra del papado.

En el año de 1533, Thomas Cranmer^{xvi} anuló el matrimonio entre Enrique y Catalina. Los efectos se vieron en las acciones que tomó Roma, que no dudó ni un instante excomulgar a Enrique VIII en ese mismo año.

Este matrimonio que Enrique VIII concibió con Ana Bolena se realizó sin la bendición del papa. En 1534, con la aprobación de la Ley de Supremacía, se declaró a Enrique como *Supreme Head of the Church of England* y representante directo de Dios en la tierra. Asimismo, se prohibió la influencia de Roma en Inglaterra y fueron nombrados sucesores de la Corona a los hijos que tuvo con Ana Bolena. El documento dice lo siguiente en inglés moderno:

Acto de Supremacía

Debido a que la figura de su majestad, el rey, está justificada y legitimada, es a su vez, el Jefe Supremo de la Iglesia de Inglaterra. Además, es reconocido por el clero del reino en sus asambleas. Por ello, para aumentar la virtud de la religión de Cristo, su figura queda ratificada y confirmada en el reino de Inglaterra. Y para reprimir y desarraigar todos los

errores, herejías y otras enormidades y abusos utilizados hasta ahora en el mismo, se promulga por lo que confiere a este parlamento actual, el título de rey, nuestro soberano señor. Así, sus herederos y sucesores reyes de este reino serán tomados, aceptados y reputados como la única cabeza suprema en la tierra de la Iglesia de Inglaterra llamada “Anglicana Ecclesia”. Asimismo, estarán adjuntos a la corona imperial y disfrutarán de este reino, así como el título y el estilo con todos los honores, dignidades, preeminencias, jurisdicciones, privilegios, autoridades, inmunidades, beneficios y bienes a la mencionada dignidad de la misma Iglesia que pertenece.

Ana Bolena fue acogida en *The Hampton Court Palace*, lugar construido en su honor. En el salón del mencionado palacio, Bolena bailarí y Enrique VIII perdería la cabeza. De su unión matrimonial nace Isabel. En alguna ocasión: “Ana declara bruscamente: ‘¡Dios mío, qué ganas tengo de una manzana! Hace tres días que estoy loca de deseos de manzanas’ Con un fulgor triunfante en los ojos añade: ‘El rey sabe lo que este deseo significa. Estoy esperando un hijo’” (Chastenet, 1963: 27-28).

En términos religiosos, la amenaza de Enrique a la Iglesia era implacable. “Ciertos sacerdotes y monjes que rehusaban abiertamente inclinarse ante tan modificación son ahorcados, desventurados o arrojados vivos en calderas de agua hirviente” (Chastenet, 1963: 27). Si bien la famosa frase que Luis XIV “*L'État, c'est moi*” (*el Estado soy yo*), con Enrique tuvo más relevancia porque el ámbito de competencia que tenía este se extendía a esferas que eran impensables en otros soberanos de la época. Después de las medidas, se levantaron grandes grupos, sobre todo en Lincolnshire y Yorkshire, que fueron reprimidos. La disolución de los monasterios se originó de 1536 a 1539. En 1539, se aprobó que cada Iglesia tendría una biblia en inglés, versión de Tyndale.^{xvii}

En 1536, punto en que Enrique VIII florecía como gran monarca, tiene un accidente y cae de su cabalgadura. Este hecho alteró su forma de ser. Incluso, hay estudios que indican que el golpe que sufrió en la cabeza le causó cambios en su personalidad. Su carácter se perturbaba fácilmente y modificaba con mucha frecuencia su actitud, se volvió irritable y se exasperaba, por lo que no se sabía con exactitud qué es lo que deseaba. Fácilmente mandaba a la pena capital a quien lo disgustara.

La juventud de Enrique VIII difería mucho de su madurez. En este último momento, su vida se compuso de pasión y exceso. Incluso se llega a pensar que ha sido el más infantil de la historia. Sin embargo, estos elementos no lo despojaron de su imponente personalidad, que lo hizo más querido en sus tiempos de mocedad. Este poseía en su interior una forma específica de hacer política que radicaba en lograr sus propósitos y obtener la carne que lo alimentaba o le proveía de placeres: mujeres.

Durante estos años, las actitudes del soberano fueron sobremanera intentos de regir con orden y exigencias que rayaban en la violencia. Los biógrafos han tomado nota del ejercicio del poder que se desligaba del compromiso con los otros para lograr un beneficio personal. Se dice que tenía una personalidad auténtica, aunque no la más deseada porque era temida por los súbitos. Sus hábitos y sus objetivos no se discutían por la manera en que este hombre se imponía desde la fuerza de la silla y desde su propia composición física.

Quienes lo conocieron narran:

Bajo su corteza, a la vez tosca y bonachona, Enrique oculta una astucia profunda, un raro don de disimulo, una sed inextinguible de riqueza, un egoísmo ilimitado y una crueldad

morbosa. Acaba siendo un niño viejo y mimado cuyos juguetes son los instrumentos de tortura y cuyos caprichos hacen volar las cabezas. (Chastenet, 1963: 23)

A pesar de que Enrique VIII estaba muy enamorado de Ana Bolena, encontró en ella aspectos que no le agradaron. Bolena era coqueta y, además, no le había proporcionado el hijo que tanto anhelaba. Asimismo, Enrique VIII comenzaba en fijarse en la dama de la Corte, Juana Seymour. En 1536, Ana fue acusada de adulterio ante al Gran Jurado y el 19 de mayo pereció en el cadalso frente al incrédulo pueblo que presencié el episodio.

El destino de Isabel también se vio afectado por la ejecución de su madre, así que ella y su hermana María fueron trasladadas al castillo de Hatfield. El 30 de mayo, Enrique VIII se casó con Juana Seymour. Esta mujer sintió gran compasión por las dos hijas de Enrique VIII y pronto, abogando por ellas, ellas pudieron recibir nuevamente la gracia del rey y volver a la corte.

De la relación con Juana Seymour, nació Eduardo VI, quien fue el único hijo de Enrique VIII. Pronto, el Parlamento se reunió y se modificó la sucesión de la Corona. Por tanto, el siguiente en la línea respecto al trono era su hijo Eduardo, seguido de María e Isabel.

Durante el parto de Eduardo VI, Juana Seymour pereció y pronto Enrique VIII aprovechó la ocasión para establecer relación con Flandes y aceptó casarse con la noble alemana nacida en Düsseldorf, Ana de Cléveris.

A Enrique VIII, “quien estaba procesando su duelo”, no le agradaba Ana Cléveris, pero retractarse en un momento tan álgido hubiera sido contraproducente. Finalmente, terminó casándose el 6 de enero de 1540 en Greenwich en una ceremonia oficiada por el arzobispo Thomas Cranmer. Después de seis meses en el trono, Enrique encontró rechazo de la alemana, de modo que llegó a una negociación y canceló su matrimonio. La justificación para tomar tal medida fue

que Ana de Cléveris no había terminado su compromiso con Francisco de Lorena. Sin embargo, esta relación “amorosa” no tuvo un desenlace sangriento. Se cuenta que el rey terminó estableciendo un vínculo amistoso con ella por lo que se le ha considerado en la historia como “la hermana del rey”.

Al no consumarse esa relación, la siguiente esposa de Enrique VIII fue la joven Catalina Howard, prima cercana de Ana Bolena y sobrina del duque de Norfolk. Esta relación duró muy poco y el destino de Catalina fue el mismo que Ana Bolena, acusada de infidelidades. Finalmente, se unió con Catalina Parr quien estuvo al lado del rey hasta su muerte, en 1547, a los 56 años.

Figura 1. Rey Enrique VIII^{xviii}



2.1.3 Reinado de Eduardo VI (1547-1553). El reinado de Eduardo VI fue muy breve. De hecho, fueron el conde de Hertford, hermano de Juana Seymour y convertido en duque de Somerset, y Northumberland los señores encargados de su tutela o que trataban como títere al joven para la toma de decisiones. Gracias a sus acciones, la reforma tuvo un gran éxito en el país. Ambos personajes se habían beneficiado de los bienes eclesiásticos, razón suficiente para apoyar la reforma. El panorama que había dejado Enrique VIII no era del todo favorable, pero los movimientos políticos lograron mantener la nueva tradición religiosa que había sido inaugurada por el rey predecesor.

El Consejo, a pesar de tener una mayoría protestante, también contaba con alguno que otro católico. Una de las medidas de Somerset fue la expulsión de Wriothsley, quien era reconocido como un ardiente católico.

Entre los mayores avances en términos de la reforma, se publicó un “libro de oraciones en común” y se prohibió el ejercicio de la misa. Asimismo, se permitía el matrimonio de los clérigos.

La salud del joven permitió a los consejeros ir preparando el camino para la sucesión de la Corona que se veía expuesta por si acaso María, ferviente católica, llegara al poder. Northumberland, vislumbró una oportunidad para influir en aquel momento coyuntural. “Se concibe que por estar tan comprometido Northumberland hiciera todo lo posible por desviar ese peligro. A petición suya, Eduardo VI declaró bastarda a su hermana y atribuyó la sucesión a la hija del duque de Suffolk, *lady* Juana Grey, nieta de Enrique VIII, que resultaba estar casada con el cuarto hijo de Northumberland, Guilford Dudley” (Chastenet, 1963: 92). Eduardo VI murió debido a la tuberculosis, en Greenwich, el 6 de julio de 1553, y María tuvo que enfrentarse a Grey por el trono. Finalmente, ella tomó la Corona y su política fue acusada de ser conservadora y de traer una regresión a Inglaterra.

2.1.4 Reinado de María I (1553-1558). Llegó al trono el 3 de agosto, acompañada de su hermana Isabel y de otros familiares, tras derrotar a su rival, Juana Grey, quien era apoyada por el duque de Northumberland tras la muerte de Eduardo VI.

[...] Juana Grey fue proclamada reina. Pero María Tudor también lo fue en el Norfolk. Northumberland se disponía a la lucha. El Consejo no lo apoyó. Suffolk, viendo perdida la partida, informó a su hija que debía renunciar a la corona y proclamó a María. Northumberland estaba en Cambridge cuando recibió la noticia de ese cambio. No le quedó otro recurso que aclamar él mismo a María. Gesto tardío, que no podía salvar su cabeza. (Chastenet, 1963: 92)

Las condiciones en que se encontraba la reina consistían en que la reforma todavía estaba en un momento de crecimiento, por tanto, aún existían raíces católicas. Otro punto importante es que las modificaciones que se generaron en el periodo anterior eran exageradas, así que le permitieron a María un margen político de maniobra. “Un mes después de su advenimiento hace celebrar la misa romana no sólo en su palacio de Whitehall, sino en varias iglesias de la City. A la vez envía a Roma emisarios encargados de preparar la reconciliación de Inglaterra con la Santa Sede” (Chastenet, 1963: 36).

Al llegar María al poder, revocó los estatutos que se habían efectuado con Eduardo VI, pero su actuación no tuvo tanta trascendencia porque ella era apoyada por una minoría, y su esposo Felipe II de España, con quien se había casado en octubre bajo la influencia del embajador de España, Renard, era una mala tarjeta de presentación frente a un pueblo nacionalista y autónomo. Estas decisiones representaban una desventaja en las redes de interés que se hallaban en el país inglés. Francia no estaba satisfecha con la relación entre Inglaterra y España, así que generó varios complots. En uno en manos de Thomas Wyatt, terminó por envolver a Isabel quien fue trasladada

a la torre. “La reina, victoriosa, hace elevar por todas partes horcas y cadalsos, y después se vuelve a Isabel. Ésta no ha intervenido en la revuelta, al menos de un modo ostensible. Pero evidentemente la intención de los conjurados, en caso de éxito, era sentarla en el trono” (Chastenet, 1963: 37-38).

Se iniciaron nuevos movimientos para devolver elementos protestantes al país, pero no fue suficiente para mantener el orden. Las cifras de las personas que fueron abatidas por la reina se estiman en 277. El gran error de esta fue la ruptura ante una máxima de Maquiavelo, puesto que, en vez de hacerse temer, se hizo odiar y pasó a la historia como una de las reinas más siniestras, de ello su apodo *Bloody Mary Queen*.

Uno de los grandes cambios que se encontraban en los planes de María era revertir la norma que establecía que los bienes de la Iglesia quedaban en manos del Estado. El parlamento nunca aprobó una medida de esa manera porque muchas figuras importantes se habían beneficiado de ello. Sin embargo, accedió a aprobar el matrimonio de la reina y Felipe, pero estableció que la sucesión del trono no cambiaría. La boda se realizó el 25 de julio de 1554. Para ese momento Isabel, quien había logrado librarse de falsas imputaciones, se mantuvo en Woodstock.

La unión de la reina María y Felipe generó graves problemas de aprobación de la opinión general de los ingleses. Con el transcurso del tiempo, sus planes y motivaciones se transformaron. Felipe abandona a su esposa para ir a gobernar España y ella pierde a un hijo que nunca llegó a ver la luz.

Por otro lado, Francia y España se hallaban en guerra, por lo que Felipe decidió volver a Inglaterra como un aliado económico, principalmente. Las consecuencias son devastadoras para Inglaterra, que pierde a Calais. El 17 de noviembre murió la reina María y se abrió un nuevo horizonte para Isabel, quien volvió a suscitar una serie de medidas que condujeron a Inglaterra a

convertirse en un referente mundial. Se dice que las últimas palabras que profirió la reina María fueron: “Si me abrieran el corazón encontrarían grabado en él la palabra Calais”.

2.2 Reinado de Isabel I (1558-1603)

“Es una gran reina [Isabel] y si fuese católica nos la mimaríamos como una hija. Es admirable lo bien que gobierna. Sólo se trata de una mujer y únicamente domina la mitad de una isla, sin embargo, de lo cual se hace temer de España, de Francia, del Imperio y de todo el mundo.”

PAPA SIXTO V

Como ya se ha mencionado, producto de la unión de Enrique VIII y Ana Bolena, nace Isabel Tudor el 7 de septiembre de 1533 en el castillo real de Greenwich. La infancia de la niña fue infausta, porque tras la condena de su madre a muerte y la decepción del rey por no haber concebido a un varón para continuar la sucesión de la Corona, quedó recluida en el castillo de Hatfield. De este modo, los primeros años vivió en condiciones desoladoras y lejos de su padre, hasta la muerte de su posterior esposa, Juana Seymour.

La relación entre el rey Enrique VIII y las dos hijas parecía mejorar en el año de 1544 cuando, a través de un acta, el rey determinó que las dos hijas formaban parte de la línea sucesora después de Eduardo, aquel hijo enfermizo, que estuvo en el poder alrededor de 6 años y con ayuda de sus tutores.

A la muerte de María Tudor, Isabel llegó al trono. Su reinado marcó tajantemente una división histórica en la que se consolidan los momentos clave para comprender la transformación política, económica, social y cultural de la Gran Bretaña. El reinado de Isabel fue más exitoso y fructífero

que el de María. La hija de Bolena experimentó a lo largo de su vida muchos sucesos que la convirtieron en una mujer inteligente y con carácter.

Sucede aquí como dicen los médicos del enfermo de tisis, que en los inicios de su mal es fácil de curar y difícil de conocer, mas con el pasar del tiempo, al no haber sido ni conocido ni medicado, se vuelve fácil de conocer y difícil de curar. Eso mismo ocurre en los asuntos del Estado: conocidos con antelación, lo que sólo es dado a alguien prudente, los males que en él surgen pronto sanan; pero cuando, por desconocimiento, se les deja crecer al punto de hacerse evidentes para todos, ya no cabe ningún remedio. (Maquiavelo, 2014: 10)

El actuar político de Isabel no era fortuito. No se trataba solamente del impulso de la pequeña hija de Enrique, sino que hablaba de una necesidad histórica. El día de la coronación de Isabel, las calles mostraron al gran público que la respaldaba.

La nieve que cae en menudos copos no disminuye el entusiasmo de la muchedumbre alegre, ansiosa y presurosa de aclamar a esa reina de veinticinco años, antes princesa, apenas conocida y a la sazón esperanzada de todo un pueblo. Gran necesidad tiene Inglaterra de esperar y de aclamar. Una guerra extranjera, sanguinarias querellas religiosas, varias malas cosechas sucesivas, una subida constante del precio de las mercancías y una peste devastadora se han juntado y conspirado para convertir en una verdadera pesadilla los doce años transcurridos desde la muerte de Enrique VIII, el truculento Barba Azul. (Chastenet, 1963: 15-16)

El 15 de enero de 1559, Isabel fue coronada como la reina de Inglaterra en Westminster, lugar emblemático en donde se colocan las investiduras y se entregan los símbolos que representan el poder del soberano. Estos elementos son: “[...] la corona de Alfredo el Grande, el *cap of*

maintenance, el globo, el cetro con la cruz, el cetro con la paloma, la espada del Estado, la espada de la Justicia temporal, la espada de la Justicia espiritual, la espada de la Misericordia, el anillo místico y las espuelas de oro” (Chastenet, 1963: 16).

Aquella mañana, la futura reina se dirigió a la abadía para iniciar con el protocolo y ceremonia de la coronación. “El primer Pole, arzobispo de Canterbury y ardiente católico, ha muerto recientemente y su sucesor no ha sido designado aún. El arzobispo de York, católico también, se ha negado a officiar en favor de una soberana abiertamente favorable a la Reforma. Así, es Oglethorpe, obispo de Carlisle, quien preside la ceremonia” (Chastenet, 1963: 18-19).

Un evento de esta magnitud estuvo impregnado por cada uno de los detalles que van desde la vestimenta que porta la reina y sus súbitos, así como los alimentos en suceso un tan especial para la historia inglesa. “Sucédense los platos: lechas de carpa, peces cebados, y engordados, grandes y magros venados, cisnes enteros, pavos reales ornados con sus plumas, y gigantescas empanadas de donde salen niños tocando la vila y el oboe. Los vinos de Francia, de España y de Chipre, con el suave hidromiel y la cerveza amarga, corren a torrentes” (Chastenet, 1963: 20).

El reinado de Isabel fue un momento clave donde se dejó atrás un pasaje feudalista para convertirse en un Estado moderno renacentista. Mujer brillante, férrea, íntegra, culta y de gran intuición política, Isabel supo cómo sobrellevar las dificultades para construir los cimientos de una nación dispersa y sumida en condiciones deplorables. Ella supo operar con cautela los problemas del Estado por su gran educación, que para Maquiavelo es clave en el actuar político:

[...] Ejercitar la mente, debe el príncipe leer historia, poniendo atención a las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se condujeron en las guerras, examinando las causas de sus victorias y derrotas, a fin de evitar éstas e imitar aquellas. Y, sobre todo, hacer como ya

hicieron ciertos grandes hombres: imitar a quien, antes que él, fue digno de alabanza y de gloria, teniendo siempre en la mente su temple y su modo de actuar; como se dice que hicieron Alejandro de Aquiles, César de Alejandro, Escipión de Ciro. (2014: 49)

Se insiste en clarificar que las cualidades como precaución, pertinencia, y severidad ya habían sido suscritas por el florentino Nicolás Maquiavelo en 1513, en su obra magna para el estudio de la política y que son descritas como elementos ambivalentes que metafóricamente se ilustran en el texto como el zorro y el león. Isabel fusionó estas características con el previo estudio y la ejecución en el campo político en el momento preciso. Y es que las presiones se comenzaron a gestar desde el momento en que llega al trono por su pasado, en el cual su mismo padre la considera bastarda y sabe que cualquier error la puede remover del trono. “Así pues, necesitando un príncipe saber hacer un buen uso de la bestia, debe entre todas secundar a la zorra y al león, porque el león no se defiende de las trampas, ni la zorra de los lobos. Requiere, por tanto, ser zorra para reconocer las trampas, y león para amedrentar a los lobos” (Maquiavelo, 2014: 58).

Las tres características fundamentales de Isabel que la llevaron a un control de su reino fueron la austeridad, así como un buen manejo en las finanzas públicas. La tercera corresponde a la prudencia, entendiéndola en el sentido latino que se refiere al que ve por adelantado, el que se anticipa de manera cautelosa, con cuidado. Por tal cuestión, “Isabel utilizó el término ‘gobernadora’ para evitar controversias acerca de si una mujer podía ser Cabeza Suprema de la Iglesia, pero afirmó su supremacía en todas ‘las cosas y asuntos’ temporales y espirituales, y declaró que ningún ‘príncipe extranjero, prelado, estado o potestad’, tenía autoridad espiritual o temporal dentro del reino de Inglaterra” (Woodward, 1988: 102).

Quizá, fue la estrategia cautelosa de la reina la que le permitió tomar el poder en sus manos sin ser criticada de inmoderada, como lo es el caso de otros personajes. Un gran ejemplo es el caso de

Calígula, quien, según Suetonio, “Mandó a traer de Grecia las estatuas de dioses más famosas por la excelencia del trabajo y el respeto de los pueblos, entre ellas la de Júpiter Olímpico, y quitándole la cabeza la sustituyó con la suya” (1980: 191).

Por su parte, Isabel se armó de grandes hombres y les otorgó grandes obsequios. Todo ello generó un ambiente de sinceridad, goce y esplendor. El trato que tuvo con sus hombres se refleja en cada una de las decisiones que tomó y se vieron secundadas por todos aquellos que habían sido beneficiados por su gracia. Isabel actuó según lo conveniente, sacando las uñas en momentos adecuados y aplicando como mayor el ejercicio del temor que del amor.

[...] Debe ser ponderado en sus opiniones y actuaciones, no suscitar temores infundados, y proceder en manera temperada, con prudencia y humanidad, para que la excesiva confianza no lo vuelva incauto, y la desconfianza excesiva, insoportable [sin embargo, si se quiere saber qué es mejor si ser amado o temido], es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres cabe en general decir que son ingratos, volubles, falsos, cobardes y codiciosos; y que mientras los trates bien son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, [...] más siempre y cuando no los necesites; pero cuando es así, se dan media vuelta. (Maquiavelo, 2014: 56)

El periodo isabelino germinó y se desarrolló en una serie de circunstancias heterogéneas. Como propiedad nata de la política, las disputas por el poder que se originaron en el reino no solo repercutieron la configuración de Inglaterra, sino que alteró el mapa político a nivel internacional con las grandes potencias europeas del siglo XVI. Isabel, quien es una mujer calculadora, supo que la delicadeza de la situación la obligaría a efectuar las medidas necesarias para no ir en contra de los intereses de las diversas estructuras de la sociedad inglesa.

En el estudio de los Estados europeos, la religión de por medio y las uniones políticas o de sangre son difíciles de advertir con antelación. Las disputas, vínculos y luchas no parecen ser claras y se diversifican según las circunstancias en un momento específico. Por tal razón, es enrevesado el intentar fraccionar a los actores para su análisis.

La política en Inglaterra es ejecutada y comandada por diversos actores. El primero de ellos es la figura monárquica que, si bien no se basa en una constitución escrita, sí en una serie de documentos como leyes, tratados y demás prerrogativas reales. Otros actores que detentan un gran poder son la cámara de los Lores y de los Comunes, desde los tiempos de Juan I de Inglaterra, mejor conocido como “Juan sin tierra” y, finalmente, la Iglesia católica, la protestante-luterana y la puritana. Históricamente, se pueden rastrear las influencias de este último actor.

El ejemplo por antonomasia es la influencia de la religión cristiana en el gran Imperio Romano a través de la organización política del papado. Su misión expansiva e incisiva en Europa y Asia y más adelante, llegó a Inglaterra para ser la religión de Estado hasta la ruptura con Enrique VIII. En la actualidad, culturalmente se observa la innegable influencia romana en algunas construcciones medievales como el castillo de “Dover”.

Gracias al judío helenizado Pablo de Tarso, el cristianismo se convertirá en la religión por excelencia de Occidente. Tras tres siglos de persecución, marginación y auto marginación voluntaria, las comunidades cristianas pasarán a ser, a partir del emperador Constantino, religión del Estado. El cristianismo se había nutrido en su hora estelar del profetismo hebreo y del intelecto helénico; a partir de ahora asumirá también el sentido organizativo y práctico de los romanos, un elemento que se revelará de suma importancia para su desarrollo institucional y su continuidad histórica. (Saña, 2010: 76)

La influencia de Pablo de Tarso es sobresaliente porque fue una figura relevante del *cristianismo primitivo*. Su texto denominado *Carta a los tesalonicenses* es considerado el texto más antiguo del *Nuevo Testamento*. Para el año 313, el emperador Constantino, mediante el edicto de Milán declaró la tolerancia del cristianismo estableciendo la libertad de religión, por lo que los católicos ya no serían perseguidos. Y más tarde, con el Edicto de Tesalónica en el año 380, el cristianismo fue reconocido como la religión oficial de todo el Imperio.

La pintura que se ofrece del periodo de madurez isabelino muestra una sociedad de vanguardia y esplendorosa en todos los sentidos. Aquella imagen es equilibrada y genera complacencia en cada ámbito que se le observe. Durante ese periodo, Inglaterra produjo a los más grandes hombres ilustres y su territorio comenzó a percibirse como un nuevo referente. No obstante, y como en muchos procesos, su origen se concibió de otra manera. Cuando Isabel arribó al poder, las condiciones materiales no eran las mejores. La economía estaba en apuros porque no existía un equilibrio entre los gastos públicos con los ingresos que se obtenían a las arcas del Estado. El comercio y la agricultura eran deficientes y la guerra de religión producía gran incertidumbre en Inglaterra.

Isabel también fue una mujer del renacimiento que vio revivir y revitalizar al pueblo inglés. Se dice que, a pesar del desprecio que sufrió por parte de su padre, estuvo rodeada de los mejores profesores que la hicieron una mujer muy fuerte, valerosa y culta. Hablaba francés, español, italiano, latín y griego. Aquella inteligencia fue un arma con la que Isabel hizo frente ante los grandes enigmas de su reino.

No obstante, la estrategia de la reina corrió más allá de su castillo. El pueblo le tuvo confianza porque las políticas generadas tenían coherencia con los efectos mostrados. La reina conocía perfectamente su reino y cada una de sus tierras que componían a Inglaterra. Esto último es un

consejo que el mismo Maquiavelo ofrece en el capítulo XIV del *Príncipe*, cuando argumenta que el rey debe conocer las características geográficas de sus tierras y que pueden ayudarle a ganar campañas militares.

El mantenimiento de la corona de Isabel es porque las raíces de su propio reino ya tenían una tradición y reconocimiento por todo el país. El parlamento era una institución respetable y estaba compuesto por hombres de grandes dotes para los asuntos públicos que aportaban grandes sumas de dinero. Maquiavelo diría que Isabel no tuvo la fortuna de ocasión, sino de una condición histórica que le favoreció ante el pueblo inglés y le valió el respeto ante sus hombres de confianza. En todo caso, la mujer era virtuosa por haber sido procreada en un ambiente de letras y por los problemas que le suscitaron en su juventud, pudo conocer el carácter necesario para el ejercicio político. Sin duda, Isabel, sin haber leído *El Príncipe*, actuó con tanta virtud como lo propuso el florentino:

[...] Tomar garantías frente a los enemigos, ganarse amigos, vencer por la fuerza o engaño, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y venerar por los soldados, aniquilar a quienes lo puedan o deban perjudicar, renovar con procedimientos nuevos antiguas instituciones, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, extinguir la milicia desleal, establecer otra nueva, preservar las alianzas con los reyes y príncipes de modo que lo hayan o de beneficiar sin reciprocidad o perjudicar con miramientos. (Maquiavelo, 2014: 27)

Otra máxima de Maquiavelo y que Isabel entendió muy bien consistió en remover a cuantos hombres sean necesarios de la administración general para situar a gente de confianza y que no dudara en servirle a la reina en cuestión. Además, las nuevas caras del gobierno pertenecían a nuevas y diferentes formas de pensar. La Iglesia establecida en Inglaterra era susceptible de disputas internas y era necesario consolidar a los aliados prestos para secundar sus leyes e

iniciativas. De otra manera, los hombres se volcarían en su contra y la Iglesia pudo haber vuelto a manos católicas, incluida la Corona.

La elección de cada uno de los integrantes del Consejo o de los duques aliados a la Corona debe demostrarse independiente de cualquier otro actor al que le deban favor. El elemento de la renovación clave en Maquiavelo fue una de las acciones que Isabel confeccionó a detalle y perfeccionó al punto de dejar satisfechos a los hombres de su gobierno; así, mostró un rostro exitoso para su pueblo.

Maquiavelo dedica una parte de *El Príncipe* para elogiar la forma en que se estructuran los consejeros y secretarios a su alrededor.

La primera conjetura que se hace acerca de la inteligencia de un señor es a partir de los hombres de que se rodea; cuando son competentes y leales cabe reputarlo siempre de prudente, ya que ha sabido reconocer su competencia y preservar su lealtad. En cambio, cuando son de otra manera, siempre es posible hacerse una mala opinión de él, pues el primer error que comete lo comete en esta elección. (2014: 77)

De tal forma que, a lado de la reina, Guillermo Cecil fue clave fundamental para hacer frente a los conflictos. Este gran consejero representó la fuente de iluminación para que la reina pudiera determinar con claridad las acciones indispensables y llevarlas a la práctica.

La reina comprendió perfectamente la dinámica del poder y no se dejó dominar por las emociones. Su Consejo Privado dependía solamente de ella y sus miembros tenían un lugar en la

Cámara para generar debates e integrar temas a la agenda. Esta forma de hacer política le permitió tomar medidas significativas. Una de ellas fue la reducción casi del 50 % de los ingresos de la Corte y el reino.

Por sus condiciones económicas, los acuerdos más recurrentes eran los diplomáticos. A pesar de tener ansias por la reconquista de la amada ciudad de Caláis de María Tudor, decide no enfrascarse en una guerra. Lo que hace es generar un tratado entre las grandes potencias que eran Francia y España. Con ello se hace efectivo el regreso de Caláis a Francia por 8 años y este acuerdo permaneció vigente durante un siglo. Este acto fue esencial para evitar un conflicto que pudo costarle muy caro.

Otro aspecto sumamente sorprendente era el panorama sanguinario que acontecía en las tierras Albión. Quizá esta pasión por la fuente escarlata se debe a la influencia romana. Aquellas ejecuciones eran admiradas estupefactas y asombro. “No había ni una ciudad de mediana importancia un mes en que no se ahorcara a un malandrín, o que no se quemara una hechicera, o no se torturara a un sacerdote católico refractario, o se sometiese a suplicios y vergajazos a un puritano que se obstinara en sostener que los ministros de culto no debían llevar sobrepelliz” (Chastenet, 1963: 229).

La reina Isabel, también sumergida en las grandes exposiciones de violencia, se complacía más con las batallas de animales que en las representaciones teatrales. A pesar de esta violencia naturalizada entre los hombres, la traducción de la Biblia hará que muchas personas comiencen a abrirse paso al mundo de las letras.

Musicalmente, aparecen grandes compositores como Thomas Tallis que sobrevive a tres generaciones regias por su camuflaje ante los cambios de la Iglesia católica a protestante y

viceversa. Su neutralidad lo ha lanzado al éxito y se dice que la obra "*Spem in alium*", que fue su composición más reconocida, se tocó en nombre del 40 aniversario de la reina.

Las medidas religiosas fueron realizadas con prudencia. De entre los primeros movimientos que se hicieron, figuró la creación de un Juramento de Supremacía, que consistía en que los funcionarios y los eclesiásticos tendrían que prometer lealtad a la reina como autoridad superior de la Iglesia anglicana. El segundo documento fue el Acta de Uniformidad que declaraba la integración de las oraciones comunales, un ritual uniforme y la asistencia al servicio divino. La aprobación de la primera no tuvo mayores problemas, pero la segunda salió con algunas dificultades y con una gran cantidad de votos en contra. Por tal motivo, Mathieu Parker quedó al frente de Canterbury, quien era un hombre fiel a la reina.

En cuestiones religiosas, existen ciertas amenazas ante el reino que son, en primer lugar, los protestantes y los puritanos. La diferencia entre estos es que los puritanos son protestantes que no asumen autoridad o mandatos que no se hallen detallados explícitamente en las Sagradas Escrituras. No obstante, querían radicalizar su postura.

Los rituales seguían siendo parecidos a los del catolicismo. La diferencia más marcada solo era que las plegarias dejaron de darse en latín y se expresaban en inglés. La ruptura con el puritanismo fue muy notable, pero Isabel trató de mostrarse frente al pueblo como una mujer moderada.

Con ayuda del doctor John Whitgift, nombrado en 1583 arzobispo de Canterbury y presidente del Tribunal de Alta Comisión, se esfuerza en matar el movimiento puritano en capullo. Se prohíben las reuniones convocadas por sus predicadores, se exige a todos los miembros del clero un juramento de plena adhesión al ceremonial de la Iglesia anglicana y los refractarios se ven condenados a fuertes multas y hasta prisión. (Chastenet, 1963: 234)

2.2.1 María I de Escocia. Si la situación en Inglaterra era delicada, la escocesa rebosaba en la escasez. La economía se basaba en el pastoreo, y los cambios fundamentales en términos sociales no habían llegado a efectuarse en aquel territorio. Los escoceses eran grandes combatientes y no habían dejado penetrar completamente las ideas reformistas de los ingleses, aunque estas se habían escabullido entre las grietas de las dificultades y deficiencias en Escocia. En el siglo XIV, este terreno era dominado por los Estuardo.

Uno de los acontecimientos más enérgicos del lado escocés fue la revuelta que se desató en 1559, mismo año en que Isabel estaba siendo coronada. La rebelión comenzó de la mano de John Knox. Este tipo de levantamientos fueron constantes y necesarios para comprender la delicadeza a la que se enfrentó Isabel durante su reinado.

La línea sucesora de los Estuardo se remonta a la unión de Jacobo IV con la hija de Enrique VII, *lady* Margarita, hermana de Enrique VIII. Ellos tuvieron un hijo llamado Jacobo V, quien se casó con la francesa María de Guisa. Este matrimonio tuvo como producto a María Estuardo, la prima segunda de Isabel I de Inglaterra. La madre de María estuvo a cargo de la regencia de su hija hasta que tuviera la edad suficiente para poder gobernar. Ella se hizo apoyar de sus dos grandes hermanos de la casa de los Lorena y envió a su hija a Francia para que fuera instruida bajo los preceptos franceses.

María Estuardo consideraba que el matrimonio entre Enrique VIII y Catalina de Aragón no había sido nunca anulado legítimamente y que Isabel era una bastarda, con lo que su posición más próxima la dejaba como la sucesora a la Corona inglesa.

Era de suponer que los Estados europeos se habían volcado en contra de Isabel porque había mantenido a Inglaterra dentro del ambiente protestante heredado de su padre. Por tanto,

encontraron en María Estuardo una forma de reivindicar el catolicismo y la secundaron para que intentara destronar a Isabel. Esos argumentos también habían sido expuestos por la Corte frente a Isabel, a la que le habían pedido la renuncia a su celibato con la intención de generar un heredero. Para los ingleses era evidente que María resultaba una amenaza constante, “[...] como todos los Lorena-Guisa, [María] era una católica ardiente incluso apasionada, mientras los escoceses, en creciente número, se inclinaban a la Reforma” (Chastenet, 1963: 69).

Desde su aparición en la esfera política, María de Escocia resultó para Isabel un dolor de cabeza. Lo único que Isabel veía en su prima era una rivalidad de sangre, prestigio y hasta de apariencia física.

Aunque nunca ha visto a María, lo que de ella le dicen no la inclina mucho en su favor. Cuando se le dice que la reina de Escocia es bonita, contesta: ‘¿Más bonita que yo? ¿Es posible? Y si lo es, ¿Cómo se le ocurre esa insolencia?’ María es extremadamente ambiciosa y ha osado en poder en duda la legitimidad del nacimiento de su prima ‘¿Una bastarda yo? ¡Sangre del diablo! Ya se me ha lanzado esa injuria al rostro mientras fui niña’. (Chastenet, 1963: 75)

Otro problema para Isabel era que su prima podría dejar descendencia y causar un conflicto por la sucesión de la Corona. Por tanto, el consejo se apresuró en ofrecer nuevas propuestas. Una de aquellas opciones era el rey Felipe II de España, quien había sido el esposo de su hermana María. La única condición que Felipe pedía era reiniciar las relaciones con Roma. La estrategia que España escondía debajo era, por un lado, que seguiría conservando a Roma como su aliado político y económico, y por el otro, que convertiría al catolicismo a Inglaterra. Isabel se negó rotundamente a iniciar una relación con aquel rey. Pronto, tras los acuerdos de paz entre España y Francia, Felipe

II se casó con la hija de Enrique II de Francia y se alejó como una alternativa para la reina de Inglaterra.

Como resultado de esta negativa, los emisarios extranjeros continuaron trayendo una variedad de pretendientes ante los pies de la soberana con la intención de ser elegidos posibles candidatos a acompañar a la reina en el gobierno. Ellos eran reyes, archiduques y príncipes. Sin embargo, en el fondo Isabel no iba a emitir un sí como respuesta. La única probable solución era conseguirle a un hombre inglés para aumentar el nacionalismo y proteger a las garantías del Estado.

La insistencia de la Corte hacia Isabel la hicieron cerrar este capítulo con una decisión y discurso fulminante que ha sido protagonizado en cuantiosos medios digitales y que han llevado a considerarla como La Reina Virgen. En aquel discurso magnánimo, como todos los que ofreció a la Corte, ejército y a sus súbditos, la reina declaró que se proclamaba esposa de su reino y que no necesitaba de hijos, puesto que sus súbditos representaban tal figura. Y solo si las condiciones y Dios la impulsaban a casarse, sería con alguien que tuviera las mismas pretensiones de generación del bien común. No obstante, si las condiciones no se prestaban, no sentiría desagrado al ser considerada como una reina que nació y murió virgen.

Este momento fue épico y el parlamento dejó de insistir. A la par de esto, otro de los temas más controversiales en la vida de Isabel fue su condición sentimental respecto a otros hombres. Algunos suponen que la reina sufría alguna deformación física que le impedía tener hijos, pero otros aseguran que tuvo ciertos romances y acercamientos con hombres de la Corte. De todo ello, los libros históricos aseguran que tuvo un galanteo con lord Robert Dudley. Este no era bien visto socialmente, puesto que la fama de sus antecedentes había sido adversa a la Corona. Sus precedentes habían sido partícipes de acontecimientos que irremediablemente habían terminado con sus vidas. Es el mismo lord quien estuvo preso en la Torre de Londres. No obstante, su figura,

inteligencia y condiciones físicas habrían sido fuente de agrado para la reina, quien en su coronación lo convirtió en caballero y, por tanto, como un hombre que se mantenía cerca de la reina. Entre ambos se inició una relación que acrecentó los rumores en el reino. “Lo cierto es que se condujo con respecto al prestigioso caballero como una verdadera enamorada, colmándole de gracias y regalos, entristeciéndose cuando él se alejaba por unos días, no abandonando su cabecera cuando caía enfermo, dándole en palacio habitaciones muy vecinas a las suyas y haciéndole además atroces escenas de celos” (Chastenet, 1963: 61).

La cuestión es que la relación entre Dudley y la reina no pudo ser fructífera porque él estaba casado de una mujer, Amy Robsart. Ella estaba enferma de cáncer y pronto murió. En el año de 1560, se halló el cuerpo de Amy con la columna vertebral rota. Este acto incriminó a Dudley, aunque muchos episodios históricos y de representación mencionan que fue un acto para involucrarlo y hacerlo responsable frente a la gente. Sea como fuera, este hecho marcó definitivamente la relación, que pudo gestarse para que pudiera llegar como posible candidato al trono.

A pesar de que el incidente de Amy se dictaminó como accidental, nunca volvió a mencionarse la posible alianza entre Dudley y la reina, a pesar de que este obtuvo el título nobiliario como duque de Leicester y condujo algunos asuntos públicos dentro y fuera del Consejo Privado.

A la par de estos acontecimientos, la resurrección escocesa no pasó de largo a los ojos de Isabel, quien mandó apoyos sustanciales a los insurrectos y a los hugonotes^{xix} franceses.

De nuevo, el panorama no parecía ser muy provechoso para Isabel. Por un lado, las protestas se hicieron visibles en las cortes francesas puesto que sabían que la reina otorgaba favores a los insurgentes, aunque ella en ningún momento aceptó tal señalamiento. Si hubiera tomado partido,

habría abierto una guerra que se vislumbraría complicada debido al gran poderío del Estado francés en términos militares, económicos, y además de la presión de la Iglesia católica y de la prima, que comenzaba a manifestarse de manera resuelta en medio de un ambiente funesto.

Las finanzas no eran claras y los préstamos que se recibían de Amberes no eran suficientes. Inglaterra tampoco tenía el apoyo de España porque las cabezas del Estado no se habían unido en matrimonio y porque era impensable que España apoyara una expedición anticatólica.

Dentro del Consejo de la reina se discutieron abiertamente las posturas generadas por tal conflicto y se votó en su mayoría la inmediata intervención. No obstante, la prudencia de la reina determinó que tendrían que esperar hasta un momento crítico. Esta hábil determinación favoreció el curso de la historia porque, con el tiempo, las condiciones nocivas se transformaron en oportunidades para la estabilidad y la reina se fortaleció sin haberse batido en una lucha innecesaria.

En 1560 se firmó un tratado de protección llamado Berwick, con la finalidad de que las tropas inglesas entraran a Escocia en términos de exploración. Mientras estos eventos tensaban el ambiente, la regente María cayó enferma y fue firmado un Tratado en Edimburgo, donde se asumía que todas las tropas abandonarían Escocia si el poder quedaba en manos de un consejo de lores y María Estuardo renunciaba la persecución de la Corona inglesa.

María no quedó contenta, pero debido a que su esposo Francisco II murió, el apoyo de Francia se miraba insostenible y las posibilidades se evaporaban. Finalmente, en teoría el trono pasaba a manos del hermano de Francisco, Carlos IX. Se dice “en teoría” porque era la madre de Carlos, Catalina de Médicis, quien organizaba, controlaba y dirigía el engranaje político del régimen. El

otro impedimento de María Estuardo es que el Tratado de Edimburgo le pesa como hierro bajo el hombro puesto que en él quedó decretado la imposibilidad de fungir como reina de Inglaterra.

Como alternativa política, y con esperanzas de una segunda oportunidad, María le escribió a su prima Isabel, con la intención de que le ofreciera su mano y la mantuviera en su reino. Isabel concedió aquel favor solo si a cambio de su firma en el Tratado de Edimburgo, que se había rehusado a suscribir. En tal medida, Isabel mandó un salvoconducto mediante el cual podría llegar a un arreglo con su prima.

Empero, ninguna resolución era conveniente para María en términos políticos. Si ella aceptaba aquel dictamen, entonces la historia podría discurrir en dos direcciones paralelas, pero que se comenzaban a clarificar para la dominación de Inglaterra sobre Escocia. La primera y más conveniente para la seguridad de María era que aceptara a los protestantes de Escocia y así suprimir la tensión abierta entre estos y los católicos. En cambio, firmar el tratado era entregarse a Isabel como una sirvienta, pero con grandes beneficios económicos y políticos. Por desgracia, cuando el salvoconducto llegó a Francia, María había partido de su querido país para llegar a Leith, Escocia, en 1561. Al llegar fue recibida por su hermanastro James Estuardo. A pesar de su relación, este no podía ascender a la Corona porque había sido considerado bastardo.

Pese a que la situación se hallaba tensa, la reina Isabel analizó la posibilidad de resolver el problema sobre la sucesión del reino escocés. No obstante, el rey de Francia eliminó a los hugonotes, que eran apoyados por la reina inglesa, y como reacción, esta decidió posponer la entrevista con su prima, a la que perjudicaría abismalmente. La contienda de rey francés no fue exitosa puesto que algunos aliados murieron y otros fueron encarcelados, incluyendo al jefe de la sublevación.

Mientras tanto, en el reino inglés la intriga se apoderaba de la Corte al enterarse que la reina Isabel se encontraba enferma y al borde la muerte. No obstante, se llamaron a los mejores doctores y cualquier cantidad de medicinas fueron suministradas a la reina que se levantaba y retomaba el control del Estado para la calma de los ingleses. Mientras la salud rondaba por los pasillos del reino, un nuevo poder volvió a someter a la reina.

La nueva estrategia que María Estuardo estaba articulando era unirse en nupcias con algún hombre que le ayudara a aumentar su capital político y catapultarla como una digna rival para buscar el trono. En el fondo, aquella estrategia no solo era un problema de poder político, sino de poder e influencia religiosa. El dilema se era el siguiente: si María se casaba con un católico, podría tener el apoyo en el extranjero de otros Estados como España o Francia, su segundo hogar. Desde luego que si así se resolvía, la reina Isabel no iba a aprobar aquella unión. Por ello, en cuanto esta se enteró de los posibles pretendientes, pidió e incluso exigió que se alejara de los católicos.

La respuesta de María ante la sugerencia es que aceptaría gustosamente como esposo a un protestante si Isabel la incluía en la línea sucesoria como su heredera. Entre la tensión suscitada por parte de las reinas, Isabel decidió que uno de sus candidatos sería Robert Dudley, pero de ninguna manera podría permitirle continuar en la sucesión. La Corte y el pueblo quedaron impactados por la noticia puesto que se trataba del hombre con el que se presume la reina tuvo alguna relación. Después de días en que la reina mantuvo aquella idea en la cabeza, decidió súbitamente ofrecer otra propuesta, la de lord Darnley.

María Estuardo lo aceptó pensando que podría beneficiarse de los derechos que posiblemente el joven tenía por la cercanía a la esfera de los cortesanos y así, ambos aspirar a la Corona. No obstante, el curso de su estrategia se vio afectada luego de ver al joven por primera vez. Si bien ella había pensado que el joven sería un medio, su impresión al evaluarlo le resulto contraria a su

razonamiento y cayó presa del amor. De este gran encuentro, la reina se casó con Darnley en secreto. Desde luego que los grupos, al enterarse de que su reina católica se había unido a un protestante, causaron revuelo social. María tuvo que enfrentarse a los rebeldes que no comulgaban con su decisión e Isabel solo presenció este hecho como espectadora, sin mover un solo dedo, evitando, así, el apoyo de Francia y España en una posible contienda militar.

Al paso de los meses, cuando la situación se había sosegado, María, más lúcida y menos cegada por los designios del corazón, divisó en su cama a un hombre menos racional, con poca madurez y de nulo atributo para el ejercicio del poder. Ejemplo de ello es que en cada ocasión que este tenía, se introducía en los asuntos públicos con una falta de destreza y torpedad. A la par, se susurraba entre cada espacio de la pirámide social que era evidente que la reina había perdido la fascinación por el hombre, debido a que las sábanas de María eran compartidas con su propio consejero, David Riccio.

Un grupo de lores liderados por Darnley articularon una redada y ejecutaron al amable consejero. La acción cobarde y sanguinaria fue presenciada por la reina, quien, aunque no perdonó tal acontecimiento, tampoco tomó medidas drásticas contra su marido porque se hallaba encinta. Tres meses de distancia desde tal suceso, nació el primogénito de María. James Melville, quien era un emisario en Escocia, fue el encargado de darle la noticia a Isabel en medio de una celebración y que terminó en tragedia para su orgullo.

Por un instante la gran simuladora pierde el dominio de sí misma. Bajo el colorete palidecen sus mejillas; sus manos, sobrecargadas de anillos, empiezan a temblar; su mirada se vuelve fija. Parece a punto de desmayarse y las mujeres que se brindan a ayudarla a sentarse la oyen murmurar: ‘La reina de Escocia ha dado a luz a un hermoso niño. Y yo no seré nunca más que una cepa estéril’. (Chastenet, 1963: 106)

Después de que el niño nació, María no sintió más la necesidad de mantener la relación con su esposo. En un ambiente desolador para Darley, por una enfermedad que le carcomía las entrañas y las ganas de vivir, María aprovechó la oportunidad para conspirar en contra de su vida. El engaño fue la clave para el complot y asesinato de un hombre. La escena de este hecho narra que una mujer famélica de poder le juró a su marido que lo había de llevar con algún médico para mejorar su condición. El hombre, que pensaba que la esposa de pronto lo vuelve a estimar como la primera vez, se ilusionó y ciegamente se dejó conducir por su mujer, quien realmente lo llevó al camino de su sepulcro.

Tras el sanguinario asesinato de Darnley, los hombres de reputada estima en la isla se alegraron al ver en María un medio para usurpar la Corona. El vencedor de la apuesta fue el conde de Bothwell, quien siempre estuvo presente en los asuntos políticos entorno a la reina María. En alguna ocasión, la ambición del hombre se hizo evidente y la rodeó, la despojó de su libertad y la orilló a convertirla en su esposa. Como se esperaba, la contienda se incendió en horas y Bothwell fue acusado de crímenes mayores. La huida no fue alternativa porque el conde no encontró apoyo de las masas y su destino terminó en tragedia.

Debido a las consecuencias desatadas bajo la figura de la reina María, los lores decidieron que María no podía continuar figurando para convertirse en reina y la obligaron a firmar un acta donde abdicó en favor de su hijo. El pequeño, quien no cuenta con las características suficientes para gobernar, quedó en manos de una regencia a cargo del conde de Monray.

María, que no tuvo alternativa, huyó a Inglaterra. Ya en el reino, exigió una audiencia que fue negada por la soberana bajo el argumento de que la reina María no podía ser atendida porque había varias acusaciones en su contra. Desde luego que Isabel respetaba las leyes, pero la decisión que

había tomado se debía a otro tenor. El dejar al margen del evento a María le permitió a la reina estabilidad en su trono y olvidarse un poco del conflicto entre ella y Escocia.

Como entreacto, mientras la situación se restablecía frente a todos las revueltas en Escocia, un momento de luminiscencia llegó a las manos de Isabel. Este asunto era la piratería. De manera increíble y casi frente a los ojos de los españoles, la Corona otorgó por muchos años un apoyo sustancial a los corsarios con la intención de saquear y hurtar las naves españolas. Se calcula que, entre 1564 y 1567, la reina apoyó con creces a hombres como Walter Raleigh, John Hawkins y Francis Drake en el pillaje de oro, plata y piedras preciosas. El apoyo a los corsarios se convirtió en una oportunidad para la obtención de productos americanos inexistentes en la isla, como el tabaco o la papa.

A pesar de la popularidad de las nuevas mercancías que llegaban a Inglaterra acompañados de incrementos sustanciales en las arcas del tesoro, la creciente ola de innovación en las técnicas de navegación y el desdén de la reina Isabel sobre María, no se detuvieron los intentos de sabotear el gobierno de Isabel.

Amparados bajo el Tratado de Trento, los católicos de Inglaterra y de otras partes del continente se unieron para intentar situar en el trono a María Estuardo. Las rebeliones que se iniciaron con la ayuda y artificio de los hombres considerables y duques terminaron en golpes vacilantes que languidecían uno tras otro.

Una anécdota de aquellos intentos fallidos es el movimiento frenético de los católicos que sucumbió bajo la defensa de lord Hudson. De hecho, Isabel, al enterarse de aquella contienda vencedora, escribió a su hombre: “No sé verdaderamente, querido Harry, qué me regocija más: si

que me haya sido concedida la victoria o hayáis sido el instrumento elegido por Dios para aumentar mi gloria” (Chastenet, 1963: 143).

En medio de todos estos escándalos, fue Pío V quien resolvió que Isabel no tenía derechos al trono y si no fuera poco, la excomulgó mediante la bula^{xx} *Regnans in Excelsis*. Sumándole lo anterior, la bula tenía como objetivo puntuar la postura herética de la reina y bloquear su poder al incitar la revelación de los súbditos contra ella.

La influencia del papa en Inglaterra no tuvo gran éxito debido a que su intromisión era vista como una molestia para un pueblo fiel a la reina y envuelto en el creciente nacionalismo. El poder del pontífice reflejaba la intervención no deseada de un agente extranjero que dañaba la autonomía política de la isla. El trabajo de Isabel sustentaba aquellas afirmaciones que se manifestaban tanto en el bajo mundo como en las altas esferas.

Como medida en el marco de la legalidad, el parlamento declaró que las acusaciones del papado ante la reina eran muestra de una falta de respeto y al instante, todo acuerdo contra Isabel se consideró crimen de alta traición.

La actitud que mostró la soberana ante los embates del papado fue firme y templada porque ella sabía que la cuestión de la Iglesia no tenía que ver con las creencias religiosas sino con una embestida claramente política. La reina podría permitir que se le encasillara como hereje y no digna de la salvación que prometía la Iglesia cristiana, pero no por ello castigaría a los súbditos por sus creencias, sino por las acciones de estos fuera de la ley.

En el año de 1570, el regente de Escocia, Moray, fue asesinado. Tal condición generó que los católicos consideraran nuevamente la conjura para llevar a María Estuardo a la silla regia. Un año más tarde, estas ideas se concretaron con una conspiración en contra la reina de Inglaterra. María

Estuardo fundió sus deseos de poder con el florentino Roberto di Rodolfi. Tal acción fue secundada por el papa, quien anuló el matrimonio de María con Bothwell.

Desafortunadamente, para el florentino, los documentos en donde se había hecho expresa la conjura contra la reina fueron desenmascarados por William Cecil y los conspiradores fueron hechos presos, salvo Di Rolfi, que logró escapar. En este complot, el duque de Norfolk, quien fue una figura importante dentro de su consejo, fue aprehendido y el parlamento presionó para que se le dictara una sentencia ejemplar. Isabel no se sentía tan cómoda en tomar la decisión y dudó en varias ocasiones, pero las exigencias fueron tales que el dilema se hallaba en salvar al duque o a su prima María. Después de una larga meditación, la reina optó por salvar la cabeza de la reina escocesa.

La resolución de Isabel sobre amparar a María Estuardo radicó en que a pesar de la tensa relación que existía entre ellas, era innegable la procedencia de la estirpe real otorgada por la divinidad. Es por tal razón que María Estuardo, aunque prisionera en el castillo de Sheffield por los cargos que tenía impuestos era protegida por la reina, quien le había otorgado grandes sumas de dinero para sus gastos y que, ante los ojos de muchos, parecían excesivos.

María Estuardo, inconforme con su trato e ingrata con los beneficios de Isabel, no escatimó en mantener contacto con los soberanos de las potencias europeas a través de cartas, donde maquinaba relaciones y creaba condiciones para terminar con la herética Corona inglesa. A pesar de ellos, los hombres de Isabel mantuvieron recelo frente a María y no dejaban de mantenerla en baja estima.

[...] La amenaza española, las provocaciones de la Santa Sede, las misiones jesuíticas, las sublevaciones de Irlanda y las provocaciones contra la Corona provocaron en Inglaterra una inquietud pronto convertida en terror y, como la multitud necesita nombres propios para

aclamarlos o denigrarlos, el furor se volvió contra María, ‘el monstruoso dragón’, ‘la serpiente venenosa’, ‘la causa de todos los males. (Chastenet, 1963: 192)

Las medidas de precaución no pasaron de largo en el parlamento. Por tal motivo, se votó una ley conocida como “seguridad de la persona real”, con la intención de salvaguardar la figura de la reina y en la que se estableció la pena de muerte ante cualquier sublevación o acción contra la regía.

Los fatídicos antecedentes de la reina escocesa la orillaron a ser custodiada bajo una tenaz vigilancia. Por ello, fue enviada a Tutbury bajo las manos de *sir* Amyas Paulet. Ahí, el estilo de vida de la reina cambió radicalmente. Las facilidades que tuvo María en su primera prisión en Tutbury se convirtieron en limitados espacios para cualquier intento de confabulación. Como disposición fueron prohibidas las visitas, se le asignó su servidumbre y la vigilancia se mantenía más estricta con cada movimiento que se realizaba dentro de la celda.

Para ese momento, María tenía 40 años y una sed eterna por gobernar Inglaterra. En cualquier ocasión que se le presentaba, hacía manifiesta su inconformidad contra su prima a través de intercambios epistolares.

Los cortesanos de la reina continuaban advirtiéndole en María un peligro constante que tenía que terminar a como diera lugar para mantener a la reina a salvo. Por tal motivo, Francis Walsingham mostró atención en cada uno de los movimientos de María, y en caso de encontrar alguna anomalía, hallaría una justificación para liquidar a la escocesa.

Para obtener las pruebas necesarias, hizo que María creyera que la seguridad de la torre era menos laxa. Ella nunca pensó en hallarse sitiada entre espías y continuó enviando cartas con algunos cómplices.

En alguna ocasión, Walsingham interceptó la correspondencia y no tuvo otra opción que organizar al Consejo para pedir recomendaciones sobre lo que tendría que hacer. La reina Isabel todo el tiempo se limitó en tomar alguna decisión precipitada. De aquel embate, los cómplices de la reina Estuardo fueron hallados culpables y “el 20 de septiembre son suspendidos de una cuerda por un instante, soltados mientras respiran aún, castrados, desmembrados, destripados y finalmente descuartizados” (Chastenet, 1963: 198).

Desde luego, María nunca aceptó la conjura y contuvo la dignidad hasta el último día en que permaneció viva. La errata que terminó con ella fue no prever los posibles escenarios y actuar por mandato del corazón y no de la razón. María solo tenía su ambición y fue justo eso lo que le costó la vida. Ya lo escribía Maquiavelo:

Por decirlo más brevemente: del lado de los conjurados no hay sino miedo, recelos, temor al castigo, lo que retrae; del lado del príncipe están la majestad del principado, las leyes, la protección que le brindan los amigos y el Estado; si a ello añadimos el efecto popular, nadie habrá tan temerario que trame una conjura, pues si de ordinario el conjurado ya teme la ejecución del delito, en este caso, con el pueblo por enemigo, debe seguir temiendo tras la comisión del magnicidio, el no poder esperar refugio alguno. (2014: 64)

El día de su ejecución fue un momento trágico, pero necesario para restablecer el orden y cortar de tajo las pretensiones católicas por retomar el camino de su doctrina. El día de la ejecución, María...

Abraza a sus mujeres y pone la cabeza sobre el tajo repitiendo varias veces: In manus tuas,
Domine...

Un signo. El relámpago de acero adelanta el hacha levantada. Un ruido mate. Pero el golpe ha sido mal dirigido y hacen falta otros dos antes de que la cabeza de María Estuardo, separada del tronco, ruede al pie del tajo.

- ¡Dios guarde a la reina! - exclama el verdugo.

Y alza la cabeza para mostrarla al pueblo, pero la cabeza se desliza entre sus dedos y sólo la peluca queda en manos del verdugo.

Cuando se va a colocar un paño negro sobre los restos decapitados de la que fuera reina de Francia y Escocia, se nota que algo se agita bajo la falda. Un falderillo, perro favorito de la ajusticiada, la ha acompañado, sin que nadie se diera cuenta, y ha permanecido hasta el fin escondido entre sus piernas. Por un momento el humilde animal se mueve entre la sangre y huye después aullando. (Chastenet, 1963: 207)

La decapitación de María Estuardo tuvo grandes repercusiones en los países católicos. Esta acción fue un motor que animó al soberano español, Felipe II, a iniciar una invasión a la isla inglesa para destronar a Isabel y evitar que el “hereje” Jacobo de Escocia llegara al trono como sucesor. Debido a las prerrogativas con las que contaba el gran imperio español, un ataque contra Inglaterra podría lograr llevar nuevamente la religión católica a los ingleses y quizá, con un poco de suerte, la anexión de la isla a sus dominios.

2.2.2 La armada invencible. La armada invencible fue un acontecimiento que transparentó los intereses de España. Este intento de invasión sobre Inglaterra tuvo principalmente cuatro objetivos. El primero fue generar una respuesta simbólica contra la ejecución de María Estuardo. El segundo consistía en destronar a Isabel para evitar que la sucesión cayera en manos de Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia, y de esta forma liberar a los ingleses de una falsa religión. El tercer objetivo

consistía en eliminar a los piratas que tuvieron una función predominante en la economía inglesa, puesto que robaban los tesoros para entregarlos a la realeza. Finalmente, el cuarto objetivo perseguía la anexión del territorio inglés al imperio español.

Las pretensiones que se escondían detrás del soberano español Felipe II radicaban en dejar en manos de su hija el territorio inglés y con esto, fabricar un gobierno que se extendiera a lo largo del globo.

Esta posibilidad alentó sobremanera a los demás Estados a prestar atención a las condiciones emergentes. No obstante, las posturas se bifurcaron según los intereses de cada región. En comparación con España y su empresa, Enrique de Guisa, de ascendencia francesa, sin lugar a duda prefería a su primo Jacobo I como sucesor que a Isabel, la hija de Felipe II de España. Pero nuevamente, es España quien detenta más recursos y suma un apoyo considerable a través del representante de Dios en la tierra: el papa Sixto V.

La Armada invencible era un plan que exigía una tarea titánica por la cantidad de recursos requeridos en materias primas y recursos humanos. No obstante, Felipe II, ferviente creyente del catolicismo, confiaba en que Dios estaría de su lado. “Felipe II tiene en su proyecto la mayor confianza y, para poder de su lado todas las probabilidades, ordena rogativas públicas ininterrumpidas. En todas las iglesias de la península se expone el Santo Sacramento, ante el cual se prosternan incesantemente muchedumbres enfervorizadas. El propio monarca no sale de su oratorio de El Escorial” (Chastenet, 1963: 213).

Del lado inglés, la reina cuenta con un improvisado ejército con espíritu nacional y con la prudencia que necesita cualquier estadista. En esas condiciones, el reino inició varias convocatorias para la participación militar y todas las tropas alistadas quedan al mando del lord

Almirante de Inglaterra, Charles Howard Effingham. En compañía de este, uno de los grandes lugartenientes fue *sir* Francis Drake.

El conocimiento certero que Isabel tuvo sobre el alcance económico y militar la ayudó a tomar la decisión adecuada en el momento oportuno. La reina, que había aprendido el oficio del arte de gobernar, siempre meditó la situación y esperó hasta el último momento para iniciar con esta colosal batalla. La realidad es que ella sabía que el ejército con que contaba era mercenario y era consciente de que aquella condición la ponía en desventaja. Como si hubiera leído a Maquiavelo, la reina comprendió que sus circunstancias no serían positivas si se lanzaba contra los enemigos.

[...] Están capacitados para defenderse por sí mismos quienes, por abundancia de hombres o dinero, pueden formar un ejército apropiado y sostener combate abierto con cualquiera que desee atacarlos. Del mismo modo, opino que tienen siempre necesidad de otros quienes no están en grado de comparecer contra el enemigo en combate abierto, sino que se ven siempre forzados a guarnecerse en el interior de las murallas, y a defenderlas. (Maquiavelo, 2014: 35)

La coyuntura la hizo pensar en un plan de defensa, puesto que un proyecto de ataque requeriría de muchos recursos económicos, capital humano, armas y naves.

Ya en la contienda, *sir* Francis Drake, magnánimo navegante, inició su tarea en el puerto de Caláis. La suerte estuvo de su lado y pudo eludir obstáculos que le permitieron maniobrar un hábil ataque contra las tropas españolas. Más tarde, al ganar la batalla, se trasladó hacia el puerto de Sagres que utilizó como base naval. Tras no poder efectuar su golpe en Lisboa, se movió hacia Azores y, finalmente, regresó a Inglaterra.

Por su parte, los españoles se enfrentaron a dos problemas. El primero fue el tiempo que tuvieron que emplear para la reparación de sus tropas y el segundo fue la muerte del almirante, el Marqués de Santa Cruz. El lugar de Santa Cruz fue retomado por Medina Sidonia. “No obstante, ha de inclinarse ante la voluntad regia, si bien se niega a tomar el título de almirante, pidiendo que sea atribuido a alguien superior, mientras a él se le nombra capitán de bandera. A quien se le otorgará el grado de almirante será a la Inmaculada Concepción” (Chastenet, 1963: 216).

El 29 de julio, en un ambiente de incertidumbre en la bahía de Plymouth, los ingleses esperaron con paciencia hasta que se avistaron los movimientos de las naves españolas. Tras una advertencia de Drake, los ingleses, alistándose, atacaron la retaguardia española en el momento oportuno. Las certeras embestidas de los ingleses, al ser estos ejecutados, forzaron a los españoles a establecerse a la distancia hasta días después en que ellos se alistaron nuevamente al contrataque.

La tensión no se eliminó del aire y los ingleses esperaron hasta que el orden se restableció. La reina sabía que el grupo que había formado con gente de su reino y mercenarios necesitaba mantenerse homogéneo. Por tanto, y como símbolo de unidad, se dirigió a la bahía de Plymouth para establecer un discurso que fue memorable para el ejército británico.

- ¡Temblad, tiranos! -grita-. Siempre he considerado que, con la ayuda de Dios, mi fuerza principal residía en el leal corazón y devoción de mis súbditos. Por eso he venido aquí, no con fines de recreo, sino porque estoy resuelta a encontrarme con vosotros en el furor de la batalla, poniendo mi vida, mi muerte, honor y sangre al servicio de mi Dios, de mi reino y de mi pueblo. Ya se sabe que no poseo más que el cuerpo de una débil mujer, pero tengo tanto corazón como un rey y, lo que es más, como un rey de Inglaterra. Y esto me da la fuerza de desafiar al rey de España, al príncipe de Parma y a cualquier otro potentado de Europa que intente violar las fronteras de mi reino. (Chastenet, 1963: 221)

El 6 de agosto fue un momento definitivo. A media noche, una estrategia inglesa decretó la historia de la navegación para su país y el enemigo. La maniobra consistió en incendiar las naves españolas para terminar con su fuerza marítima. La artillería inglesa tomó ventaja de la situación y los rivales no tuvieron otra opción más que alejarse. Este episodio marcó inevitablemente la más grande y humillante derrota en la historia de la navegación europea y se consolidó como un símbolo de poder que benefició a Inglaterra.

Esta última batalla catapultó a Isabel como una estadista temida y respetada a lo largo del globo, para convertir su reinado en el quinto más largo en la historia inglesa. Periodo que duró 44 años y 127 días y que solo se extinguió en la medida en que el cuerpo de la soberana se marchitó y la muerte la obligó a abandonar el trono a la edad de 69 en el año de 1603.

“Durante toda la noche del 23 al 24 de marzo, en la estancia iluminada por la guiñadora claridad de los críos, prosigue el runruneo de las oraciones. La reina yace inmóvil. Al apuntar el alba, uno de los presentes se inclina sobre el lecho y advierte que los labios de Isabel están exangües y ningún soplo se escapa de ellos. La muerte se ha llevado a la última princesa del Renacimiento y a la vez a la fundadora de la Inglaterra moderna”. (Chastenet, 1963: 317)

Figura 2. Isabel I de Inglaterra ^{xxi}



QUEEN ELIZABETH ATTIRED FOR THE ROYAL THANKSGIVING ON THE DEFEAT OF THE SPANISH ARMADA.—(FROM AN OLD PRINT.)

CAPÍTULO 3: EL PODER DESDE LA PLUMA DEL BARDO DE AVON

[...] Confieso que tus escritos son tales, que ni hombre
ni musa pueden alabarlos suficientemente... ¡Alma del siglo!
¡Aplauso, delicia, asombro de nuestra escena!... Eres un monumento
sin tumba, y vivirás mientras viva tu libro y haya inteligencias para
leerlo y elogios que tributar... ¡Triunfa, Britania mía, pues tienes uno
que ofrecer, a quien todas las escenas de Europa han de rendir
homenaje!... Que él no es de un siglo, sino de todos los tiempos...
¡Dulce cisne del Avon!...

BEN JONSON

3.1 El renacimiento inglés

Juan E. Tazón alude en su libro *Literatura en la época isabelina* a un pasaje extraído de *Ricardo II* de William Shakespeare. En palabras del autor, ese fragmento traza el sentimiento y la percepción del literato inglés. Sin embargo, no solo se trata de una experiencia personal que anida en el campo de la subjetividad, sino que representa un contexto político y cultural. Como dice John D. Lindberg, “cualquier obra literaria es en parte producto de factores sociológicos y políticos en la medida en que la personalidad del escritor ha sido moldeada en el ambiente de su tiempo” (1968: 163) En este tenor, el espíritu humanista que emana de Shakespeare demuestra la necesidad de construir un nacionalismo visibilizado por el uso de la lengua inglesa. “La nueva Iglesia anglicana, eminentemente inglesa, hace mucho en favor de este predominio inglés. La nueva liturgia, las traducciones bíblicas, los sermones de los servicios religiosos están predominantemente escritos en la lengua nativa, contribuyendo así a familiarizar su uso y a acercarla al pueblo en general” (Tazón, 2003: 91). Por otro lado, las tragedias y dramas históricos demuestran la necesidad de que la isla esté bajo el capitaneo del blasón de la casa real.

¡Ay!, este real trono de reyes, esta isla sitial del cetro,
esta tierra de majestad, residencia de Marte,
este otro edén, este casi paraíso,
este fuerte que la naturaleza erigió para sí misma
contra el contagio y la dura mano de la guerra,
esta feliz raza de hombres, este pequeño mundo,
esta gema engastada en mar de plata,
que hace en su servicio las veces de muralla
o foso defensor que circunda un castillo
contra la envidia de reinos menos venturosos;
esta bendita parcela, esta tierra, este reino, esta Inglaterra. (Shakespeare,
2012: 559).

Como inercia inevitable, durante el renacimiento inglés proliferaron grandes literatos que elevaron las expresiones artísticas. Los sentimientos vertidos en esta ola de pensamiento simbolizan la necesidad de encontrar un propio carácter estilístico y se experimentaron nuevas formas de sentir. Muestra de ello son los *Sonetos shakesperianos*, donde se aprecia la condición existencialista del hombre. Así, entre estos dos extremos, la vida y la muerte, se describen los sentimientos fugaces que oscilan entre el amor, el odio, el miedo, la felicidad y la desventura.

SONETO XXIX

[Cuando siento el rechazo de la fortuna y los hombres]

y lloro en soledad como un proscrito,
el cielo ignora mis plegarias vanas
y al verme así maldigo mi destino,
quisiera parecerme a alguien más fausto,
dotado de apostura y amistades,
o a otros, con su ingenio y sus encantos:
¡ni mi mayor solaz ya me complace!
Al borde ya de despreciar mi vida,
por suerte pienso en ti y mi pensamiento,
al lado de la alondra al dar el día,
se pone a cantar himnos a los cielos.
Pues recordar tu amor es tal fortuna
que no le envidio a ningún rey su hartura. (Shakespeare, 2012: 289).

En tal circunstancia, la herencia más notable y prolífera del pensamiento humanista es patente en el teatro, el cual se convirtió en un elemento sumamente importante para la articulación de la cultura y la economía inglesa.

La fuerza de este arte no solo se debe a la escritura de la obra, sino a la performatividad en la escena. Así, la lectura del drama es una experiencia imaginativa e interpretativa, pero cuando los actores encarnan a los personajes en el escenario, la acción produce al espectador una experiencia

vivencial a través del ambiente, de las relaciones dialógicas y de las emociones trazadas en expresiones corporales.

Tanto fue el impulso de la época que los actores de los primeros teatros se encontraron bajo la etiqueta del mecenazgo, un patrocinio otorgado a los artistas por los señores del reino. En el círculo más íntimo de la reina, esta característica por el goce del arte se hizo presente en sus cortesanos, quienes eran hombres educados y sus posiciones les permitían ofrecer un soporte económico a los artistas con la intención de generar entre esa clase un placer artístico, estético e intelectual. “Todos o casi todos, contaban con una educación excelente para el momento, predominando entre los mismos gente universitaria educada en los principios de la tradición humanista renacentista” (Tazón, 2003: 13).

En el círculo cortesano de la reina hubo varios personajes que dejaron testimonios literarios sobresalientes y que demuestran a través de su pluma la influencia de la época. Como ejemplo, tenemos a *sir* Walter Raleigh (1552-1618) con *El enamorado taciturno*:

La pasión se compara con torrentes y arroyos:

murmura el caudal leve, mas los hondos son mudos.

Así, cuando el amor es locuaz, se diría

que el lecho donde brota es escaso en hondura.

Los ricos en palabras, con palabras descubren

que son podres de aquello que el amor pediría. (Shakespeare, Milton y

Donne, 1984: 173).

Otro elemento que nos permite observar el mecenazgo como una práctica común es el hecho de que en el año de 1572 se estableció la Ley de vagabundos, a través de la cual se imponían castigos a las personas que no tuvieran licencia del reino o que no pertenecieran a alguna casa. Desde luego, esta condición no solo aplicó a los vagabundos, también los actores estaban marcados bajo esa condición.

Fue así como en el año de 1576 se construyó el primer teatro en Inglaterra. Su nombre fue simplemente *The Theatre*. Su construcción estuvo en manos de James Burbage, quien fue un actor y estuvo bajo la protección del conde Leicester. La apertura del teatro tuvo gran relevancia y, debido a su recepción, en poco tiempo se abrió otro más con el nombre *The curtain*.

A decir verdad, el conde de Leicester ya había impulsado con anterioridad a la creación de los teatros oficiales algunas puestas en escena. Se dice que “En 1560, por ejemplo, los hombres del conde de Leicester actuaron ante la soberana en Navidad y recibieron un pago superior a las 6 libras. Lo mismo ocurrió en 1561 y 1562. En 1573 el éxito fue incluso mayor: esta vez fueron dos las obras representadas y el pago ascendió a más de 13 libras en recompensa por las habilidades demostradas” (Tazón, 2003: 124). Además, los historiadores sostienen que las compañías teatrales en torno al reino fueron 39.

Otras importantes compañías teatrales fueron la del conde Sussex, el conde Warwick, la del conde Essex, la del conde de Oxford y sin duda alguna, *La compañía de la reina*, bajo la supervisión de Walsingham. *La compañía de la reina* estuvo conformada por los mejores actores como Richard Tarlton, John Dutton y John Laneham. En 1576, tras la desaparición de *La compañía de la reina*, se instalaron dos teatros que sobresalieron y eran dignos de competencia respecto a otros; por un lado, *Admiral's Men* y que tuvo representaciones en el teatro *The Rose* y que después cambió de nombre a *Prince Henry's Men* con actuaciones en el teatro *The Fortune*; por el otro,

estaba la compañía *Chamberlain's Men*, que fue creada en el año de 1594 y en la que estaba asociado William Shakespeare. Esta compañía actuaba en *The Theatre* hasta que fue demolida y dio paso a la construcción de *The Globe* en el mismo lugar. En esta compañía actuaron personajes como John Heminge y Henry Condell, quienes, tras la muerte de Shakespeare, recopilaron su obra dando paso al primer folio que llegó casi intacto a nuestros días.

Los actores adultos actuaban en los teatros públicos. Estos eran más baratos y todas las clases podían acceder a ellas porque no existía la distinción de clase. La fama del teatro se basaba en la creatividad y la diversificación de los temas que se representaban. En tal época, las compañías disponían de escritores para que ellos pensaran en los temas que debían ser representados y eran herméticos respecto a los otros para evitar las fugas de ideas y de obras.

La rivalidad que existía entre las compañías ha sido un problema para conocer las obras puesto que las mantenían ocultas y muchas de ellas se desconocen en la actualidad debido a que nunca fueron publicadas para ser leídas, solo representadas.

Además del teatro, en la época isabelina hubo grandes literatos y poetas como Edmundo Spenser (1552-1599), quien escribió *The Faerie Queene* -en español, *La reina hada*-. Tal obra refleja las cualidades de la reina Isabel. En ella, el simbolismo relata los grandes atributos de la reina para atesorar el poder político.

Otro gran escritor precursor de algunas áreas literarias fue George Gascoigne (1525-1577). Este poeta, “[...] pasa por ser el autor de la primera comedia en prosa, de la primera novela, de la primera traducción al inglés de una tragedia italiana, de la primera mascarada o, incluso, del primer tratado sobre poesía” (Tazón, 2003: 94).

John Lyly (1554-1606) fue un dramaturgo que tuvo gran reputación en sus inicios y gozó del mecenazgo ofrecido por William Cecil. Su estilo infundió gran relevancia para los siguientes escritores, aunque William Shakespeare lo reprobara en algunos pasajes de *Enrique IV*. “La aparición de nuevos vocablos, el relego al olvido de modismos medievales o el uso de una mejorada estructura sintáctica fueron algunas de sus aportaciones más notables” (Tazón, 2003: 97).

Thomas Nashe (1567-1601) fue un incansable crítico que le valió varios problemas “Ni siquiera la Corona se pudo librar de los efectos de su pluma, hecho que contribuyó, entre otras cosas, a que Nashe tuviera que pasar una temporada en la prisión de Fleet, y fuera luego desterrado de Londres durante una temporada tras serle retirada su licencia para escribir obras de teatro.” (Tazón, 2003: 98). Su gran obra es *The unfortunat traveller* en donde todas sus habilidades satíricas se hacen notar.

3.2 La influencia de Shakespeare en la literatura isabelina

La genialidad de un hombre reside en su inherente capacidad creadora. Su obra se erige y trasciende a la posteridad. La peculiaridad para inscribirse como uno de ellos es generar una herencia cultural. Por ello, la historia ha tenido exiguos talentos. No obstante, los genios que han dejado huella por el diestro uso del intelecto humano, han marcado el camino de las artes o la ciencia, han extasiado a la humanidad, han generado un legado irrefutable y han defendido la virtud humana, su sustancia, su ser.

En el viejo mundo, personajes monumentales que se leen de pie y cuyas obras se traducen a una infinidad de lenguas, han aportado sapiencia y erudición a la tarea por comprender al mundo. En

términos literarios, Alemania tiene a Goethe; Francia, a Molière; Italia, a Dante; España, a Cervantes e indiscutiblemente en Inglaterra el escritor por excelencia es William Shakespeare.

La trascendencia de estos gigantes es que no se dedicaron a la acción *per se*, sino al testimonio bajo la pluma. Por tal motivo, en las relaciones dialógicas es imprescindible la necesidad de analizar el lenguaje. Este es un dispositivo comunicante del que partimos para acercarnos al entendimiento de algún sujeto o una época.

La inclusión del análisis literario en la política no es única. La maleabilidad de las letras permite insertarse en otras esferas del estudio social porque contiene los síntomas de una sociedad, tanto si estas son esplendorosas o decadentes.

¿Cuántas veces no se ha hecho presente la afirmación que recita que para aprender política se debe leer a Shakespeare? La cuestión es que, en la práctica, la política no solo se construye de conceptos, categorías y mucho menos de solo de buenas intenciones. Lo que la gente reconoce como político es la búsqueda del poder a costa de las normas institucionales o los procedimientos bajo las reglas no escritas.

En ese tenor, la grandeza de los hombres como Shakespeare o Maquiavelo reside en que ambos, desde su contexto y desde su ciencia, exponen, además del poder político, la naturaleza del hombre. El escritor inglés y el italiano, respectivamente, narran y describen las necesidades humanas desde lo histórico y lo literario. Desde sus composiciones, trazan al hombre sobre cómo es, cómo actúa y qué necesita hacer para llegar a sus fines.

Así, desde una visión antropológica, los dos hombres, frutos del renacimiento, aportan a las ciencias sociales la conciencia de que la política no es solo un actuar bajo la razón, su manifestación se levanta sobre una carga constante de emociones que, aunque no se pueden medir,

son una expresión que está dentro de cada discurso emitido. Por ello, personajes como Macbeth, Ricardo III o las grandes familias como los Estuardo, los Tudor, los Médici o los Borgia guardan una relación innegable.

Desde esta perspectiva, el trabajo de los científicos sociales no es sencillo, como lo pregonaron los amantes de las ciencias exactas, porque los individuos cambian y se esconden en los intereses de su conveniencia. También esta es la razón por la que la política atraviesa a la psicología y a la filosofía, entre otras áreas más. La ciencia no es capaz de explicar todos los acontecimientos que surgen en las almas de los hombres y que los determinan para generar discursos de odio o incitar a la exterminación de un pueblo.

Sería limitado pensar que las obras de Shakespeare solo fueron el producto de una imaginación creativa. Quizá, él nunca se imaginó que se convertiría en un gigante de la literatura universal, que sus obras serían traducidas a todos los idiomas y que el mundo lo conocería, aunque sea como efecto de la inercia cultural. Su éxito se debe a la necesidad de llevarse el pan a la boca y porque el teatro, al ser un mercado exitoso, le permitió expresar lo que acontecía a su alrededor en la corte y en su sociedad. En tal medida, Shakespeare y sus contemporáneos eran pintores que retrataron la esfera política en un contexto renacentista.

Si Shakespeare se ha situado como el más grande titán de la literatura es porque, como bien mencionó Ben Jonson, “Shakespeare no pertenece a una sola época sino a la eternidad”. Él es un hombre que crea arte y destruye una tradición, incluso de vocabulario, para generar nuevas maneras de concebir la realidad. Su manera de trazar al hombre mediante la grafía le permite reproducir de manera acertada y simbólica la esfera de lo social, lo filosófico e inevitablemente lo relativo a lo político. Retoma gran cantidad de temas y los reconstruye a través de sus personajes romanos, ingleses o italianos. En sus obras se puede observar la capacidad de este genio creador

de ilustrar de manera tan efectiva a la muerte, el espíritu, la condición humana y las relaciones de poder instauradas en el seno de la política. Shakespeare^{xxii}, el gran ícono del renacimiento inglés y autor universalmente reconocido, nació en abril de 1564 en Stratford-upon-Avon.^{xxiii} Es justo con el *Bardo de Avon* y sus coetáneos que se inicia el periodo renacentista en Inglaterra que ya había florecido en Italia desde el *Trecento* (siglo XIV) con Giotto di Bondone quien plasmó una serie de frescos en la *Cappella degli Scrovegni*.

Es Shakespeare quien le dará popularidad al idioma inglés, que no había sido reconocido a lo largo del continente europeo, al crear y reinventar palabras que siguen siendo utilizadas en la actualidad. De hecho, “El francés Duret, es su Tesoro de la Historia de las Lenguas del Universo no concede a la inglesa un lugar más que de entre el birmano y los idiomas de las Indias Orientales. Duret añade que la lengua inglesa carece de todo valor, que no ha producido escrito alguno notable y que es tan inútil que los extranjeros no deben tomarse la molestia de aprenderla” (Chastenet, 1963: 227).

Además, Harold Bloom afirma que Shakespeare es un propio personaje que ha inventado nuevos géneros inimaginables desde los plasmados en la literatura griega. Es por ello la imposibilidad de no adular a un hombre como él desde cualquier rincón del orbe. Su figura ha sobrepasado los estándares humanos y se ha resuelto como un talento de incalculable valor para la humanidad que solo otro hombre que le entregue su alma a Mefistófeles podría lograr caminar y dejar huella por donde el inglés pudo deambular.

Dietrich Schwanitz no exagera cuando escribe:

Inglaterra fue el país que tuvo el privilegio de dar a la humanidad el mayor poeta y el mayor dramaturgo que ha conocido el mundo después de Dios: William Shakespeare [...] fue un

hombre de imaginación inagotable, favorito de los reyes y del público, autor de obras taquilleras y el genio por excelencia del teatro, admirado por los poetas del romanticismo alemán y convertido en un punto de referencia. Hermano menor de Dios, multiplica la obra divina el octavo día de la Creación con su propia creación poética. (Schwanitz, 2005: 218).

Aunado a lo anterior, cabe mencionar que los personajes de las tragedias shakespearianas más monumentales abundan en las sociedades del siglo XXI. Los vemos aparecer entre los hombres con las mismas intenciones y fervientes motivaciones que llegaron a caracterizar a los personajes del teatro isabelino. Son como fantasmas que pensamos que solo habían quedado descritos en la literatura, pero al aparecer se han resistido conminando para salir a la luz de donde habían quedado rezagados. Lo anterior se debe a que algunos han olvidado que la literatura es atemporal y está constantemente evocando los procesos históricos que no terminan, así como los protagonistas que persisten en alcanzar el presente y traer las cuestiones perpetuas que nos hacen ensimismarnos sobre el destino de las sociedades y su organización política.

Muestra de ello es que, revisando las tragedias del *cisne de Avon* como una forma en la que se manifiesta la esencia humana, se verifica que “los personajes *siguen* vivos, que sus pasiones, su ambición sin límites, su psicopatía de poder, *persisten* vivos en todos y cada uno de los tiranos que ha tenido y tendrá que sufrir la humanidad” (Trillo-Figueroa, 1999: 17). Actualmente, es innegable pensar que los líderes de los Estados se asemejan a Ricardo III, Lear, Macbeth o Hamlet porque a través de sus actitudes y comportamientos reflejan las mismas acciones que aquellos personajes llevarían a cabo. Y a su vez, ellos “nos hablan de nosotros mismos, porque son encarnadura de nuestras ambiciones, de nuestras frustraciones, de nuestras miserias y de nuestros sueños” (Trillo-Figueroa, 1999: 17). Por ello, es pertinente reflexionar sobre los elementos que han determinado estos comportamientos humanos, a fin de reconstruir una idea del poder auxiliándonos de los

conceptos clave de la ciencia política como lo es la política misma, la dominación, la resistencia, la naturaleza humana, y conocer la forma en que se entremezclan para dar resultado a las sociedades modernas.

La relevancia sobre el estudio y análisis de la tragedia radica en que en ella podemos ver representadas las relaciones de poder, la manifestación de las pasiones humanas, pero que en sí misma funciona como un dispositivo de transformación y educación social ya que posee una carga ético-política innegable que permite plantear una perspectiva diferente de lo que representa el poder político de manera simbólica. “No es fortuito que en la Antigua Grecia el teatro estuviera estrechamente ligado a la posibilidad de construir una ciudad justa. De alguna forma los atenienses eran conscientes de que la caracterización ampliaba el juicio y reivindicaba valores que cultivaban una forma de proceder” (Díaz, 2015: 247).

Pese a lo explicado con anterioridad, a primera instancia y de manera superficial, este trabajo de investigación atraviesa una crítica que ha sido superada con éxito, pero que es pertinente mencionar. Lo primero se refiere al uso de la literatura como aproximación a la realidad. En un primer momento, porque la literatura no se considera ciencia, pero se pretende utilizar en los linderos de la ciencia política.

Este género poético y teatral que es la tragedia que de modo tan decisivo ha marcado y definido nuestro modo de pensar el mundo y de pensarnos, ha gozado apenas, en el curso de la historia de Occidente, de donde grandes momentos de fuerte desarrollo [...]. Esos dos momentos son, evidentemente, el de la tragedia griega antigua, desarrollada en la Atenas del siglo de Pericles, y el de la tragedia isabelina y jacobea, desplegada en Inglaterra de 1580 a 1604. (Rinesi, 2005: 29)

Al retomar el tema de la literatura, se rescata que en ningún momento la literatura desea convertirse en ciencia, pero sí hallar en sí misma elementos y fenómenos de origen político y social. Tampoco podríamos decir que, a través del proyecto, determinaremos la intención subjetiva de Shakespeare al momento de escribir su obra. Primero, porque no todo texto que trata de denunciar un elemento político tuvo que ser verdad.

No obstante, debemos ser claros, la tarea del escritor no consiste únicamente en trazar partes de su pensamiento y su subjetividad para el entretenimiento o por anhelos propios, sino que su obra es una fuente de traducción de momentos históricos para hacernos comunicar problemáticas de su tiempo. Con ello, hay que afirmar que “el arte no hace el cambio social o político, pero sirve de testigo para que ciertos hechos no se olviden, que finalmente son una participación política” (Ayala y Lince, 2016: 47).

¿De qué manera puede auxiliarnos la narrativa de William Shakespeare y más específicamente, una de sus grandes tragedias, *Ricardo III*, para comprender las relaciones de poder en términos de su adquisición, su uso, su distribución y su conservación como expresiones de un fenómeno político?

Y, en términos de Trillo, “¿Puede negarse trascendencia social y política a señaladas manifestaciones artísticas? ¿No es también al arte forma de expresión, además de estética, de ideas y modos de conducta social? ¿No expresa, en alguna medida, la conciencia de la sociedad en la que se realiza cada obra de arte concreta? ¿No nos traslada a formas iconográficas del poder?” (Trillo-Figueroa, 1999: 27).

El quehacer humano, que desde luego incluye la actividad política, pretende erigirse y develarse en un campo de razonamientos en la toma de decisiones, pero esto no exime que también se

aderecen pasiones humanas, emociones y sentimientos. Es complejo descomponer las partes que se originan en la objetividad de la acción y las que forman parte de la subjetividad humana.

Además, resulta ingenuo pensar que las decisiones conciernen solo a la parte razonada del pensamiento, cuando en cada acontecer de la vida política encontramos manifestaciones que dan cuenta de la frágil línea entre lo que se razona y de lo que se siente. Esto desde la toma de postura sobre algún candidato, alguna posición a favor de un movimiento e incluso en la elección de representantes de gobierno. ¿No acaso la sociedad mexicana, en pleno siglo XXI, eligió a su presidente porque vio en él la capacidad de liberarlos de su desgracia más que por la reflexión y el debate político? Tampoco es fortuito que los discursos políticos estén sustentados en los sentimientos que los ciudadanos defenderán vehementemente o generarán a partir de ellos un ambiente de discusión, debate, impresión o cualquier otro sentimiento.

En consideración de lo anterior, a continuación, nos proponemos a describir los elementos políticos que se hallan en una tragedia y que nos permitirán reconocer similitudes con los grandes problemas políticos que enfrentamos y tendremos que enfrentar.

3.3 Ricardo III^{xiv} y la ambición desmesurada de poder

“El Poder, he ahí el más alto deseo que un débil hombre puede realizar en esta vida. ¡Mas ay de aquel que del poder abuse! Entonces es el mayor criminal de este mundo, porque representa ante sus semejantes una falsa imagen de la Divinidad.”

AUGUST STRINDBERG, EL VIAJE DE PEDRO EL AFORTUNADO

William Shakespeare, como descendiente de la cultura renacentista en Inglaterra, logró plasmar los valores de la época con una gran variedad de textos que nos ayudan a entender las circunstancias culturales, sociales y políticas del periodo isabelino. Su necesidad de ascender

socialmente y después su relación en la corte le permitieron describir con brillantez la forma de gobierno predominante en Europa.

El elemento político que Shakespeare tiñe en *Ricardo III* nos remite a evaluar los elementos públicos y privados de los personajes. En lo público, es porque cada manifestación política entre los monarcas y los súbitos es una relación de poder en sí misma. En lo privado, porque los monarcas y su descendencia se originan a través de los vínculos sanguíneos. En este contexto, en donde el régimen monárquico que se instaura en la figura del rey queda respaldado por la “Ley divina de Dios” sobre los hombres, sobre las familias regias, es coherente que fuera el tema predilecto del escritor.

La creación del personaje Ricardo III no es coincidencia. Darle forma a un personaje histórico, que existió y que hoy en día forma parte del recuerdo de la sociedad inglesa es deslegitimar a tal individuo y enarbolar la grandeza de la era de los Tudor. En tal obra, la manera en que Ricardo III es descrito y clasificado permite a los lectores entrever una evidente predilección por la *Casa Lancaster*. Por tanto, escribir una obra en favor de la reina representa una ofrenda para la línea de sucesión del trono. Hay que recordar que en la *Batalla de Bosworth* se dio fin a la *Guerra de las Dos Rosas* entre los *Lancaster* y los *York*. En tal hazaña, el vencedor fue Enrique Tudor, coronado como Enrique VII, quien fue el abuelo de la Reina Isabel I.

Ricardo III, el villano protagónico de la obra *The Life and Death of King Richard III^{xxv}*, también puede ser descrito como el hombre de la *hybris* o “desmesura”. En política, este adjetivo produce un gran problema puesto que exige un gran costo. Aquel pérfido hombre no media entre el sentimiento y la razón, se deja seducir por el primero y solo su ambición es la bandera que enarbola. Ricardo es el personaje políticamente incorrecto que a través de la hipocresía viola las reglas básicas y merma su fuerza política.

El monólogo que recita Ricardo frente al público, al transcurrir las escenas, se traduce en un diálogo fructífero ante los espectadores por la intimidad que los reúne. El que observa en el público, mientras Ricardo III se desliza por el proscenio, puede experimentar rechazo por la maldad que lo caracteriza. De esta forma, la repulsión que se experimenta se debe a que el público se halla ante una figura tan desfavorecida por su actitud antiética y estética.

Cuando la gente emite un comentario respecto al mítico e histórico Ricardo III, se puede advertir que las características físicas y su identidad se remiten a las que Shakespeare le atribuyó. Las desgracias físicas que Shakespeare describe en este personaje, (quien tiene condiciones físicas desfavorables como su joroba, su voz, su peinado) se suman a las pasiones de ambición para convertirlo en uno de los villanos más reprobables, pero que permiten percibir las maniobras políticas para obtener el poder político. En la primera escena, Gloucester, que se coronará como Ricardo III, emite un monólogo casi compasivo. En este se pueden observar los vicios físicos que tanto identifican al personaje histórico y al literario.

GLOUCESTER:

[...] yo, que estoy privado de bellas proporciones
y traicionado en mis rasgos por falaz naturaleza,
deforme, inconcluso, y enviado antes de tiempo
a este mundo viviente, a medio hacer apenas,
y además tan cojo y tan falto de garbo
que los perros me ladran cuando me detengo;
pues yo, en este débil tiempo de paz y lloriqueos,

no hallo otro gusto para mater el tiempo,
que espiar mi sombra dibujada al sol
mientras sobre mi deformidad voy discurriendo;
y puesto que no puedo probarme como amante,
para entretener estos bellos y graciosos días,
he determinado probarme cual villano
y odias los frívolos placeres de estos días. (Shakespeare, 2012: 317-318)

Ahora, no es fortuito que William Shakespeare quisiera entregarle esas características. En el arte, es muy común que los villanos sean representados como elementos no gratos a una experiencia estética agradable. Asimismo, la fealdad que encierra al personaje se perfila como una justificación para buscar la pieza faltante. Esta es el poder; elemento que permite al hombre lidiar la pena. En este mismo pasaje, que sirve como hilo conductor del argumento, Gloucester expone de manera descarada las atrocidades que ha sembrado entre el rey Eduardo y Clarence.

GLOUCESTER:

Complots he urdido, inducciones peligrosas,
mediante extravagantes augurios, sueños y pasquines,
para poner al monarca y a mi hermano Clarence
en odio mortal el uno contra el otro;
y si el rey Eduardo es tan justo y veraz

como yo sutil, falso y traicionero,

este día será Clarence metido en jaula estrecha. (Shakespeare, 2012: 318)

La apetencia de poder genera en el hombre la incapacidad de visualizar con raciocinio y no sentir compasión por quien lo rodea. Gloucester guarda dentro de sí la hipocresía y no se inmuta ante el dolor de los demás. No se dedica a pensar en que los demás hombres son hijos de su misma madre o padre. Lo que le importa es obtener la ventaja sobre los demás y eliminar los obstáculos sin importar lo que tenga que hacer. En la obra, después de ver su hermano guiado a la torre para ser encarcelado, este menciona:

GLOUCESTER:

Ve y anda el camino que no volverás a recorrer.

¡Simple y cándido Clarence! Te quiero tanto

que tu alma al cielo mandaré muy pronto

si el cielo se digna aceptar la ofrenda de mis manos [...]. (Shakespeare, 2012: 320)

Por tanto, Gloucester piensa que el rey Eduardo “No podrá vivir, espero; y no debe morir hasta que George sea despachado en posta al cielo” (Shakespeare, 2012: 321). Incluso, la clave de Gloucester para poder eliminarse pronto de su hermano es exacerbar la ira del rey para que este se anticipara a concluir con la vida de Clarence. Es el odio, sentimiento de repulsión que domina a Gloucester y lo transmite por medio de la palabra y la falsedad.

GLOUCESTER:

[...] Iré a exacerbar su odio contra Clarence

con bien urdidos embustes y argumentos de peso,
y si no fracaso en mi tenebroso intento,
a Clarence no le resta ni un sólo día de vida;
hecho lo cual, ¡Dios acoja en su seno al rey Eduardo
y me dejé a mí el mundo para disfrutarlo! [...]. (Shakespeare, 2012: 321)

Mientras tanto, en el *segundo acto*, se inicia una conversación entre Gloucester y Ana, la viuda de Eduardo V que se encuentra con algunos caballeros que cargan el cadáver de Enrique VI para darle sepultura. Gloucester detiene con autoridad a los hombres que traen el cadáver y Ana, indignada, menciona:

LADY ANA:

¡Cómo! ¿Estáis temblando? ¿Tenéis miedo todos?

¡Ay!; no debo culparos, porque sois mortales

y ojos mortales no pueden ver al diablo.

¡Atrás, repugnante ministro del infierno!

Sólo tenías poder sobre su cuerpo,

mas no puedes apoderarte de su alma ¡fuera! (Shakespeare, 2012: 323)

Ana, consciente de que Gloucester fue el asesino de su esposo, Eduardo, maldice sin escatimar esfuerzos. Ricardo, astuto y descarado trata de defenderse y finalmente acepta que ha sido el asesino porque quería estar a su lado. Nuevamente bajo la falsa palabra, engendra un discurso bello y lo muestra a efecto de legitimarlo frente a los presentes y de la ingenuidad de Ana.

GLOUCESTER:

Tu belleza, fue la causa de ese efecto;

tu belleza, que me provocó en el sueño

a intentar dar muerte a todo el mundo

con tal de reposar una hora en tu dulce regazo. (Shakespeare, 2012: 326)

La habilidad discursiva es inteligente en la labia de Gloucester. La retórica que el personaje desarrolla hace que *lady* Ana cambié su semblante y la seduce hasta que ella misma es quien acepta el anillo de aquel que mató a su esposo.

El discurso es retórico en la medida en que el que lo exterioriza sabe de antemano que es falso, pero lo propaga con la intención de que los demás lo consientan y lo crean. Es hacerlo ver verdadero, aunque el fondo esté cargado de palabras faltas de una argumentación válida. Ana, fascinada por la elocuencia del asesino, cree en las sórdidas palabras porque estas entraron por la consciencia, pero no son filtradas por la razón. Sin embargo, creer no es suficiente sino se constituye y espacio para la disertación o ejercicio para el raciocinio.

Al final de la escena, Ricardo se jacta de esas mismas características que incluye su discurso al mencionar:

GLOUCESTER:

[...] ¿Fue nunca mujer de este modo pretendida?

¿Fue nunca mujer de este modo conquistada?

Será mía; mas por tiempo limitado.

¡Cómo! Yo que maté a su esposo y a su suegro,
la he ganado cuando más me aborrecía;
maldiciéndome su boca, ahogada en llanto,
ante el sangrante testigo de su odio,
teniendo a Dios, su conciencia y tanta traba
en contra mía; y yo sin más apoyo
que el diablo y mis trazas embusteras [...]. (Shakespeare, 2012: 329)

En la escena III, la Reina Margarita, quien era esposa del occiso Enrique y madre de Eduardo, denota enojo por la pérdida de su posición regia y arremete deliberadamente en contra de Isabel, censurando su inesperado arribo a la Corona. Las palabras que esgrime son insolentes y las maldiciones comienzan a verse patentes en la obra.

REINA MARGARITA:

[...] ¡Larga vida tengas para llorar muertos a tus hijos,
y para mirar a otra, como yo lo hago ahora,
asumir tus derechos como tú los míos! [...]. (Shakespeare, 2012: 336)

Pero no solo se limita a despedir frases contra Isabel, sino que atiza una gran cantidad de insolentes palabras contra Gloucester. Él pide a la reina Margarita que termine su “conjuro” y produce un enfrentamiento verbal apasionante que termina en un infructuoso diálogo intermitente entre quejas y maldiciones.

REINA MARGARITA:

¡Que roa tu consciencia todo el tiempo un gusano!
¡Que creas que tus amigos te son siempre traidores,
y abracés a traidores cual dilectos amigos!
¡Que nunca cierre el sueño tus mortíferos ojos,
a menos que sea cuando una pesadilla
te espante cual infierno de feroces demonios!
¡A ti, deforme aborto, cerdo devastador,
que quedaste marcado desde tu nacimiento
como esclavo de natura e hijo del averno! (Shakespeare, 2012: 337)

Así mismo, advierte a Buckingham el peligro que tendrá a lado de Gloucester. Sin embargo, Buckingham, al estar ante la gracia de este, no escucha el consejo de la Reina Margarita. Ella, motivada por el ardor de la disputa, lo reprende y le dice:

REINA MARGARITA:

¡Cómo! Desprecias mi consejo
¿y halagas al demonio de quien te prevengo?
Ah, ya te acordarás de esto cuando llegue el día
en que tu corazón destroce con pesares
y digas que fue profeta la padre Margarita.
¡Viva cada uno esclavo de su furia,

y él de la vuestra,

y todos de la cólera divina. (Shakespeare, 2012: 339)

Casi al final del acto, la psicopatología de Gloucester es clara y él no niega nada de lo sucedido. Por el contrario, se le mira satisfecho en cada elemento que construye para lograr su objetivo. Recreándose en una gama extensa de carácter y actitud, el villano de este drama histórico, aspirar a lograr su objetivo, deja de lado la moral religiosa e incluso ética para obtener un resultado favorable, ya sin importar el descartar a consanguíneos, amigos y fieles servidores. En cuanto los demás sales de escena, Gloucester menciona:

GLOUCESTER:

Hago el mal y empiezo el alboroto.

De los secretos daños que origino

echo la culpa a los otros.

Yo fui quien puse a Clarence a la sombra,

mas lo lloro delante de los bobos;

o sea, Stanley, Hastings, Buckingham;

y les digo que la reina y sus aliados

provocan en el rey contra mi hermano el duque. (Shakespeare, 2012: 340)

La muerte que deambula en los dramas previos aparece como destino ineludible para la eliminación de los obstáculos. En la obra, la inverosímil acción emerge cuando Gloucester manda a dos asesinos a terminar con la vida de su hermano Clarence, quien se halla en la torre, encerrado.

En aquella torre, mientras estos piensan cómo terminar con la vida de Clarence, la víctima despierta y comienza a reflexionar con ellos sobre la muerte. En defensa propia, Clarence intenta convencer a los asesinos que tengan piedad de su cuerpo y su alma será salvada.

CLARENCE:

¡Te equivocas vasallo! El Rey de reyes
ha ordenado en las tablas de la ley
que no debes de matar: ¿querrás entonces,
despreciar su mandamiento y obedecer a un hombre? (Shakespeare, 2012:
346)

El diálogo ético y moral entre Clarence y sus asesinos genera una atmósfera de reflexión sobre el existencialismo propio del ser humano y produce conciencia en el segundo asesino, quien se arrepiente. Es cautivador cómo detrás de aquel planteamiento se observan porciones de remordimiento y la discusión alude a una concepción religiosa. Sin embargo, el primer asesino, no demuestra la piedad y en ejercicio de su naturaleza dionisiaca, termina con la vida de Clarence.

En el segundo acto, que es muy corto en comparación con otros, se manifiesta el anhelo del rey de contemplar las paces entre sus súbditos. Este acto es enternecedor porque marca el preámbulo de la muerte que se anuncia en el rey. De esta forma, el marqués de Dorset, el conde de Rivers, lord Hastings, el duque de Buckingham y la reina consiguen en cumplir con el deseo del rey y Gloucester hipócritamente atiende a la evocación a la vez que recita unas palabras:

GLOUCESTER:

Bendita empresa, excelso soberano.

Si por engaño o falsa conjetura
alguno en esta noble reunión se propusiere
verme como enemigo;
si por error o en medio de mi enojo
he dado en qué sentir a alguno
de los aquí presentes, deseo ahora
reconciliarme con él en amistosa paz:
la enemistad es para mí como la muerte;
la aborrezco, y quiero ser amigo
de los hombres de bien. (Shakespeare, 2012: 352)

En el momento en que todos asienten ante la presencia del rey, la reina Isabel intercede para que el rey perdone a Clarence y el ambiente muestre la inauguración de una armónica era, Gloucester manifiesta con un falso dolor que Clarence está muerto como consecuencia de su pena. La atmósfera cambia radicalmente y el rey rompe en un sentimiento adverso que deteriorará inmensamente su salud.

En la segunda escena, aparecen la duquesa de York y sus dos nietos, hijos de Clarence. Entre los tres establecen un diálogo y uno de los hijos de Clarence le confiesa a su abuela que Gloucester le dijo que la trágica muerte fue obra del propio rey Eduardo. Ante tal acusación, la abuela responde:

DUQUESA:

¡Ay! ¡Que el engaño pueda cobrar tan bella forma,

y el antifaz de virtud tan hondo mal encubra!

Es mi hijo, sí, y por ello mi vergüenza,

mas no mamó a mis pechos tanto dolo. (Shakespeare, 2012: 355)

La muerte del rey Eduardo genera un entorno de dolor, preocupación y pánico por la sucesión de la Corona. Entre la incertidumbre que se genera entre los ciudadanos, llega un mensajero y dice que lord Rivers, lord Gray y *sir* Thomas Vaughan van en calidad de prisioneros. Se le oye a la reina Isabel decir:

REINA ISABEL:

¡Ay de mí! ¡Veo la ruina de mi casa!

El tigre ya se lanzó sobre la cierva;

la tiranía insolente se proyecta

sobre el inocente e indefenso trono.

¡Venga la destrucción, muerte y masacre!

Como en mapa el fin de todo veo. (Shakespeare, 2012: 363).

Tras la pérdida de la cabeza del reino, en el tercer acto se busca al hijo del rey para tomar el trono. Para ello, Gloucester y Buckingham han pedido a Catesby que conduzca a Hastings a unirse a plan previamente reflexionado y planeado por Gloucester para usurpar el trono. La orden del sanguinario hombre es que en la medida en que Hastings no ampare los planes, tendrán que tomar

las medidas suficientes para que tampoco se vierta contra él. Además de ello le ofrece a Buckingham un incentivo para mantenerlo fiel a su lado.

GLOUCESTER:

Cortarle la cabeza; algo urdiremos.

Y mira, cuando yo sea rey, no se te olvide

pedirme el condado de Hereford con los muebles

que poseía mi hermano el rey. (Shakespeare, 2012: 371)

Cuando los nobles lores se reúnen en la torre para decidir la coronación, Catesby le informa a Gloucester que Hastings no está de su lado. Por tanto, Gloucester inicia una dramática escena y alude a que han conspirado contra él y lo han embrujado. Esta parte es reveladora porque las conjuras y las referencias hacia la brujería permiten al lector observar que la condición mitológica no se escapa del pensamiento shakesperiano incluso en medio del renacimiento humanista y antropológico. En tal escena, Gloucester maldice a la reina, esposa de Eduardo, y, de la misma manera en que había mandado al patíbulo a los antes arrestados Rivers, Gray y Vaughan, ordena igual destino a Hastings en manos de Ratcliff.

GLOUCESTER:

¿Si? Protector de esa maldita zorra,

¿me pones condiciones? Traidor eres:

¡cortadle la cabeza! Por San Pablo,

no me siento a comer sin que la vea.

Lovel y Ratcliff, ejecutad la orden:

el resto, si me amáis, venid conmigo. (Shakespeare, 2012: 377)

Hastings quien experimentó una gran cantidad de avisos de la providencia, los sueños y su propio caballo, se arrepiente de haberse suscrito al plan de Gloucester y se lamenta no sólo por la desgracia de su vida sino de la isla inglesa y el régimen monárquico.

HASTINGS:

¡Ay de Inglaterra! De mí no me conduelo;

Porque yo, iluso, pude haber previsto esto.

Soñó Stanley que el jabalí destruía su yelmo;

Y yo me burlé de ello y desdeñé la huida.

Hoy tropezó tres veces mi caballo con su gualdrapa,

Y encabritose cuando vio la Torre,

Como evitando traerme al matadero.

Ay, necesito ahora al sacerdote que me hablaba,

Y me arrepiento de haber anunciado al perseverante,

Con voz de triunfo, que mis enemigos

Hoy en Pompret serían sacrificados

Mientras yo gozaba de favor y gracia. (Shakespeare, 2012: 379)

Las mentiras que manifiesta Gloucester cubren las otras no menos aterradoras. Ante el alcalde, la justificación del pérfido hombre es que Hastings era un traidor y poco merecedor de participar de la esfera del poder. La inocente expresión del alcalde asimila la historia y se dirige ante el ayuntamiento para expresar a los ciudadanos las condiciones en las que se halla el gobierno y las cosas que suceden en la periferia.

En cuanto el alcalde se marcha, Gloucester ordena a Buckingham que lo siga y en el momento adecuado implante el germen de la duda, la vileza y la traición.

GLOUCESTER:

Rápido, seguidlo, primo Buckingham,
al ayuntamiento se dirige a toda prisa:
ahí, cuando lo juzguéis más oportuno,
decid que los hijos de Eduardo son bastardos;
y que esté mandó a matar a un ciudadano,
tan solo por decir que haría a su hijo
heredero de la corona; con lo que se refería a su tienda,
que por este signo era conocida.
mas aun, insistid en su lujuria odiosa
y bestial apetito,
que se extendía a sirvientas, hijas o mujeres,

cualquiera que a su ojo lascivo y corazón salvaje,

se le antojaba convertir en presa fácil [...]. (Shakespeare, 2012: 382)

Tras escuchar la declaración de Buckingham, los ciudadanos quedaron gélidos de sorpresa puesto que no imaginaron que este declararía a los hijos de Eduardo como bastardos. Además, su parálisis se hizo eminente cuando Buckingham indicó que la única opción para el trono era Gloucester. Sin embargo, más tarde, la afirmación se sustentó en la elaboración de un plan teatral para fingir apariencias. Este es un tema muy recurrente en el ejercicio político. Los hombres que desean ser investidos traman y se autoproclaman las personas idóneas para tal tarea. Gloucester, bajo el simbolismo cristiano, se refleja como un hombre puro. En cambio, esta operación es falsa por su falsa devoción hacia Dios demostrada innegablemente en su actuar.

BUCKINGHAM:

No tardará en llegar. Fingid recelo;

Dejaos ver solo tras ruegos insistentes,

Sosteniendo un libro de rezos en la mano

Y con un clérigo a cada lado, señor,

Que me de pie a piadosas reflexiones.

Y no cedáis fácilmente a nuestra instancia.

Jugad a la doncella, que dice no, para alargar la mano. (Shakespeare, 2012: 385)

Durante el drama, la alterable personalidad de Gloucester será una impetuosa arma que le ayudará a convencer a los ciudadanos y al alcalde de que es una persona sin pretensiones de grandeza, con virtudes éticas y religiosas. Más adelante, cuando el alcalde y los ciudadanos se encuentran en medio de la farsa, Buckingham menciona:

BUCKINGHAM:

Ah, milord, ¡no es un Eduardo nuestro príncipe!

No está tendido en un lascivo lecho,

Sino postrado de hinojos meditando;

No retoza con un par de cortesanas,

Sino medita con dos profundos teólogos.

No está dormido engordando un cuerpo ocioso;

Reza y vigila para enriquecer el alma.

Feliz fuera Inglaterra si tan virtuoso príncipe

Tomara sobre su alteza el gobernarla.

Mas mucho me temo que no lo convencemos. (Shakespeare, 2012: 386)

Con la misma astucia, esconde lo que su alma quiere desenfrenadamente. Esta sentencia ya fue introducida por Maquiavelo, quien mencionó: “pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos” La mentira es la imagen que refleja ante los demás y la hipocresía que emite con mucha seguridad es el instrumento que los hombres ven de él.

GLOUCESTER:

[...] Las gracias os doy por vuestro afecto,

Mas declino vuestra petición por mis escasos méritos.

Lo primero, si se suprimieran los obstáculos,

Y se allanara el camino a la corona

Por derecho de sucesión y nacimiento,

Es tan grande la pobreza de mi espíritu

Y tan graves y numerosos mis defectos,

Que preferiría huir de mi grandeza,

Débil barca para cruzar el mar bravío,

Que codiciar verme envuelto en esplendores

Y asfixiado por los vapores de la gloria [...]. (Shakespeare, 2012: 389)

Finalmente, Gloucester acepta y aguarda a ser coronado. Logra su cometido, pero eso no detiene su naturaleza criminal. Su gobierno es caracterizado por el ejercicio de poder ilimitado, sus decisiones llenas de injusticia, crímenes y muerte, en caso de ser necesario.

LADY ANA:

¿Por qué no? Cuando aquel que es hoy mi esposo

se me acercó mientras seguía el cuerpo de Enrique,

tintas aún sus manos con la sangre,

que brotó del ángel que mi esposo fuera,
y del santo cuyo cadáver yo seguía llorando;
¡oh!, cuando digo, vi el rostro de Ricardo,
fue este mi deseo: ¡seas, le dije, maldito,
por condenarme tan joven a viudez tan larga!
Y cuando te cases, el dolor ronde tu lecho
Y que tu esposa (si existiera tal demente)
Sea más infeliz a causa de tu vida

Que lo que tú me has hecho por la muerte de mi esposo [...]. (Shakespeare,
2012: 394)

Para evitar cualquier problema en la posteridad y asegurar un largo gobierno, Ricardo III resuelve en terminar con los dos niños de la torre. Es tan grande su enfermedad por el poder que, cuando Buckingham le recuerda la promesa que Ricardo le había hecho, este se desentiende y le responde:

BUCKINGHAM:

¿Pero es posible? ¿Con tal desprecio

paga mis servicios? ¿Para eso le hice rey?

Ay, pensamos en Hastings y huyamos con presteza

mientras aún tengo sobre los hombros la cabeza. (Shakespeare, 2012: 399)

En tiempo oportuno Buckingham escapa y se une Richmond junto con los demás detractores que idean un plan para derrocar a Ricardo.

Guicciardini menciona al respecto que “Si los príncipes, cuando les conviene, descuidan a sus servidores, los desprecian o los dejan olvidados por algún interés suyo, por pequeño que sea ¿qué razón tiene un jefe para enojarse o quejarse cuando sus subordinados, siempre que no falten a sus obligaciones de lealtad y honradez, lo dejan y se acogen a condiciones que les resultan más favorables?” (2006: 44).

En la escena IV del cuarto acto, las tres mujeres que aparecen a lo largo de la obra se reúnen y discuten entre lamentos la muerte de sus seres cercanos. Margarita, manifiesta a la duquesa de York, madre de Ricardo III:

REINA MARGARITA:

[...] Di, de la madriguera de tu vientre,

Salió la fiera infernal que nos persigue:

Ese perro que tiene dientes en los ojos,

para matar ovejas y lamer su mansa sangre,

El que destruye las obras del eterno,

Ese tirano espantoso de la tierra,

Que reina en ojos que lacera el llanto;

Ese perro salió de tus entrañas

y nos persigue hasta la sepultura [...]. (Shakespeare, 2012: 404)

Súbitamente aparece Ricardo III, embelesado en su propia figura y con una actitud déspota que le concede su carácter de soberano, expresa:

REY RICARDO:

¿Quién se atraviesa mi camino así?

DUQUESA:

¡Ay! La que el paso les debería haber cerrado,

ahogándote en su vientre maldecido,

a los crímenes que has hechos, ¡miserable! (Shakespeare, 2012: 406)

Como se observa, la madre le responde inmediatamente y no repara en expresar la desgracia que su hijo eleva en su carácter y persona.

REY RICARDO:

¿Y no llegué acaso para consolarlo?

Duquesa:

Por vida mía que no; tú bien lo sabes.

Viniste al mundo a convertirlo en un infierno.

Pesada carga me fue tu nacimiento;

tu infancia malhumorada y caprichosa;

tus días de escuela, terribles y salvajes,

llenos de furia y de desesperación:

tu juventud atrevida, temeraria, aventurera:

y altivo, taimado, artero y sanguinario

te confirmo la edad;

más tranquilo, pero más dañoso,

fingiéndote amable para encubrir tus odios.

¿Qué hora apacible puedes recordarme

que me hiciera grato estar contigo? (Shakespeare, 2012: 407)

Es interesante cómo la propia madre se refiere a su hijo con palabras que demuestran su arrepentimiento al concebir a un ser tan despreciable. Y el lector se pregunta: ¿Qué es lo que hace que una madre desprecie a su hijo? La respuesta reside en que la figura maternal o paternal hace alusión a la condición natural de engendrar un fruto de su propio ser. Sin embargo, el odio que nace de la duquesa es que un producto suyo acabó con su propio hermano, fruto de la misma madre. Es por ello que la duquesa no se limita y emite injurias, palabras que condena más que las acciones.

DUQUESA:

Morirás por decreto del Dios justo

antes que vuelvas victorioso de esta guerra,

o yo de pena y de vejez habré ya muerto

antes que otra vez mire tu cara.

¡Recibe pues mi maldición terrible,

que te abrume más el día de la batalla
que toda la armadura que te cubre!
Que mi plegaria a tu enemigo asista,
y que las tiernas almas de los hijos de Eduardo
animen a tus contrarios
y les prometan buen suceso y triunfo.
Si sanguinario eres, que tu fin sea cruento.
La infamia te acompañó toda la vida
y en la muerte te sirva de tormento. (Shakespeare, 2012: 408)

Empero, Ricardo no se inmuta, porque él representa el cuerpo no grato invadido y poseído de codicia, que, aunque un tratado le penetre en los oídos, las palabras no surtirán efecto. En otra persona, son las expresiones que conmueven, pero la excepción es Ricardo, psicópata que no siente compasión alguna y que en cuanto termina de dialogar con su madre, se inclina ante la reina Isabel para manifestar su enamoramiento de su hija como si nada hubiera sucedido. En aquel interés, el tirano utiliza mismo método retórico y el convencimiento es notorio.

REY RICARDO:

Oíd: lo que hecho está no puede remediarse;

El hombre actúa sin reflexión a veces

Y más tarde con calma se arrepiente.

Si a vuestros hijos privé de la corona,
He de dársela en cambio a esta hija vuestra.
Si el fruto asesiné de vuestro vientre,
Engendraré, para aumentar su descendencia,
El fruto de mi sangre en vuestra hija [...]
Perdisteis un hijo que debía ser rey,
Mas por tal pérdida será reina vuestra hija [...]
Reúnete, madre querida, con tu hija:
Da valor a su timidez con la experiencia,
Prepárala a escuchar mis galanteos;
Enciende en su tierno corazón la flama
Que le haga anhelar el dorado sitial [...]. (Shakespeare, 2012: 412)

Ricardo, inteligente en engendrar desacuerdos y traiciones, solo tiene un miedo basado en la pérdida de su poder a través de la traición, deslealtad o algún embate de parte del rival. Por eso, la creciente paranoia se proyecta en el tirano como pesadilla constante que le nubla la razón. De esta forma, la desconfianza es un elemento que se desprende de su patología por obtener el poder porque cada movimiento que realicen sus cercanos lo mantendrá en un estado de defensa. En consecuencia, su defensa se instaura bajo el condicionamiento de los súbitos.

REY RICARDO:

Sí claro, quieres unirte a Richmond;

Pero no me fío de ti.

Stanley:

Poderoso señor, no os he dado motivo

Para dudar de mi adhesión.

Nunca he sido ni seré desleal.

Rey Ricardo:

Ve entonces a reclutar a tu tropa, pero deja en rehenes

A tu hijo Jorge. Ten firmeza,

De lo contrario pelagra su cabeza. (Shakespeare, 2012: 417).

El tirano, absorbido entre el deseo por ver prosperar su reino y su destino, genera en su cabeza la idea de que los adversos presagios que le proporcionan las circunstancias deben alinearse a su quehacer y no seguir la trayectoria de la naturaleza de la historia. Cuando los mensajeros se acercan a Ricardo para decirle que hay grupos que se preparan para atacarlo, este se enoja.

REY RICARDO:

¡Fuera de mi presencia, búhos!

¿Sólo graznidos de muerte?

Lo golpea.

¡Toma esto hasta que aprendas a traer mejor noticia! (Shakespeare, 2012: 418)

Mientras tanto, los hombres que se unen a Richmond (el adversario que la hará frente a Ricardo III) saben que el tirano tiene desventajas claras. Por un lado, se halla el poderío, y por el otro, Ricardo no tiene siquiera un verdadero y legítimo apoyo de sus hombres.

BLUNT:

No tiene amigos; sus amigos síguenlo por miedo

y lo dejarán para provecho nuestro.

En nombre de Dios pongámonos en marcha.

La esperanza es veloz golondrina que ligera viaja;

un dios hace de un rey y al humilde levanta. (Shakespeare, 2012: 418)

Un día antes de la batalla de Bosworth, los fantasmas, quienes conocen cada una de las tramas y conspiraciones que se han formulado bajo el sanguinario régimen, aparecen simbólicamente entre los sueños de los combatientes para interceder por Richmond y vulnerar la pretensión de victoria de Ricardo. Las imágenes de los fantasmas, a su vez, representan la voz de los oprimidos, de las injusticias maquinadas por el rey y las intrigas palaciegas que se ejecutaron sin cavilar.

FASTASMA DEL PRÍNCIPE EDUARDO: (AL REY RICARDO)

¡Oprimiré tu espíritu mañana!

Piensa cómo en mi juventud me asesinaste en Tewkesbury:

¡por tanto, desespera y muere!

(A RICHMOND)

Alégrate, Richmond; que las almas ofendidas

de los masacrados príncipes de asisten;

el linaje del rey Enrique te protege. (Shakespeare, 2012: 427)

La incomodidad, más que el remordimiento, se hace evidente en el dominio de Morfeo. El golpe al orgullo de Ricardo lo advierte, pero este no se detiene. La obcecación es inminente, pero la persistencia por la ambición familiar de poder es más fuerte que la sensatez. Cuando el hombre mira más su propio deseo por encima de la comunidad, elimina el sentido político y la decadencia del régimen o imperio es indubitable.

REY RICARDO:

¡Dadme otro caballo! ¡Vendadme las heridas!

¡Piedad, oh, Jesús! ¡Bah! ¡Fue sólo un sueño!

¡Oh, cobarde conciencia, cómo me atosigas!

Brillan luces azules. Es plena medianoche.

Mi carne tiritita y me corre un sudor frío.

¿Pero de quién me espanto si estoy aquí solo?

¿Acaso de mí mismo?

Ricardo ama a Ricardo; eso es, yo soy yo.

¿Hay aquí un asesino? No. Sí; soy yo mismo [...] (Shakespeare, 2012: 430)

Finalmente, los discursos que se emiten registran un sentido por el contenido de las palabras y la forma en que son exteriorizados. En ellos también radican las intenciones que esconde un tirano respecto a un republicano o un demócrata. En cada una de las palabras dotadas de contenido se perciben formas de vida y diversidad de ideas. Son, a su vez, formas de ver y concebir su mundo. En la tragedia, tanto Ricardo como Richmond, exponen dos discursos y recuperan elementos que son congruentes según sus objetivos, pero es claro el matiz que existe entre ellos. Por un lado, Ricardo apela a la lucha y supervivencia de su reino. Por el otro, Richmond refiere su discurso a la libertad del pueblo inglés para dar desenlace a la sangrienta maquinaria que había construido el rey homicida.

DISCURSO DE RICHMOND:

[...] Dios y la buena causa nos asisten.

Las preces de los santos y de las indefensas víctimas,

Cual elevados baluartes marchan delante de nosotros.

Salvo Ricardo, los que se nos oponen

nuestra victoria anhela y no la de su jefe.

Porque ¿quién es su jefe? En verdad, señores,

Un tirano feroz, un homicida,

Que se impuso con sangre y en sangre se establece.

Que no reparó en medios para lograr sus fines,

Y asesinó después a sus amigos.

Una piedra vil y espúrea, aquilatada

Por el brillo del trono de Inglaterra

Donde sin razón se incrusta;

Un individuo que es de Dios acérrimo enemigo [...]. (Shakespeare, 2012: 432)

La batalla de Bosworth representa un desenlace de acuerdo con los elementos que se gestaron a lo largo de la historia. El rey Ricardo se ve incapaz de pelear, pierde su marco de referencia y cae en la desesperación. Mientras Richmond continúa con el control de la lucha, se escuchan algunas palabras que profiere Ricardo, inmortalizando al tirano que terminó resignándose a la pérdida de su poder a cambio de un bien más apreciado, la vida.

REY RICARDO:

“¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo! [...]

Esclavo, me he jugado la vida en un albur

Y al alzar de los dados me remito.

Creo que seis Richmonds hay en la batalla:

Ya he matado a cinco en vez de él.

¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!” (Shakespeare, 2012: 436)

Figura 3. Ricardo III ^{xxvi}



CONSIDERACIONES FINALES

A través de las reflexiones expuestas en este trabajo de investigación, pudimos develar la importancia de la historia como el caudal por el que los procesos políticos deambulan indefinidamente. Sin embargo, debido a que el poder, objeto de la política como actividad y como ciencia, es un elemento dúctil que no puede escindirse de las relaciones sociales porque permea cada una de ellas, las expresiones culturales y artísticas son imprescindibles para dar cuenta del contexto de la época.

No obstante, aunque las experiencias que surgen a través de la historia traen consigo un tono desesperanzado puesto que muchos de los Estados nacen y perecen, de la misma manera en que tanto las civilizaciones como los hombres llegan a la inevitabilidad de la muerte, las narraciones históricas y artísticas prevalecen permitiendo a los hombres reconocer los elementos del pasado para interpretarlos en contexto y traerlos al presente como medio de reflexión.

La historia, como el caudal por donde desembocan los procesos sociopolíticos, es una línea que dirige al hombre para encontrar explicaciones ante los sucesos, pero son las expresiones socioculturales que se hallan dentro de ese proceso histórico las que permiten contextualizar el ser y sentir del hombre, porque al estar inscritas en un contexto social, son también fieles testigos de elementos que no podemos subestimar.

Como revisamos, actualmente ya no es condición suficiente repasar las coyunturas políticas y establecer fechas para determinar la duración de estas. Lo que se requiere es reconocer los elementos que afectaron al hombre para tomar las decisiones que con certeza definieron la trayectoria de los procesos sociopolíticos.

Por tal motivo, encontramos en la historia y en el arte una relación ambivalente que puede ser interpretada por la hermenéutica, que como vimos, es un método que nos permitió reconstruir un momento histórico y no escatimar los recursos para comprenderlo.

Si bien el concepto de poder que trabajamos es visualizado desde una perspectiva contemporánea, las consideraciones que discurrimos a través de la historia y la literatura nos permitieron observar diferentes formas del ejercicio del poder y descubrir que este no tiene una connotación ético-moral *per se*, pero sí en cómo este se ejerce.

En este tenor, el poder político de la época isabelina dista mucho de como hoy lo entenderíamos. La diferencia que radica entre ambos periodos es que existen diversos recursos institucionales que configuran los rituales del ejercicio del poder. El mismo régimen político determina las conductas y las acciones de los soberanos y los subordinados, pero la esencia del poder político es la misma; es la relación de mando-obediencia.

Así, en el periodo estudiado, se pudieron observar diversas formas de actuar y de ejecutar el poder generando tensiones entre el Estado y la Iglesia como dos instituciones que buscaban y de hecho buscan estipular una forma de organización y una forma de conducción de la vida del ser humano. En tal caso, los conflictos bajo la bandera de la religión o del gobierno político mostraron que en muchas de las ocasiones el hombre con poder reconoce que “El poder crea las reglas, pero éstas no son para él, sino para los demás” (Antaki, 2004: 279).

De tal suerte, la primera consideración a la que llegamos es que en la medida en que la Iglesia o el Estado buscaron justificar su gobierno terrenal e intentaron influir el uno sobre el otro, el ejercicio del poder político se manifestó en la lucha por una ideología, por el control económico, por el control militar y por la adquisición de los bienes muebles.

Este proceso de escisión es claro entre la disputa de Enrique VIII con la Iglesia católica, que contrajo consecuencias considerables en la esfera económica, militar, social, comercial y cultural. Aunado a lo anterior, el otro dilema fue la legitimación de la monarquía inglesa ante los ojos de los Estados católicos, ya que el papa, como elegido de Dios, era el único capaz de otorgar, a través de la coronación, el poder terrenal.

Como consecuencia, esta ruptura generó problemas que se prolongaron a través de las guerras de religión. El vacío que se encontró entre las figuras embestidas por Dios -el papa y el rey- representó una rivalidad de poder que entre líneas también significó la autonomía económica de Inglaterra en un momento de visible precariedad.

Desde el contexto isabelino que trabajamos bajo la perspectiva hermeneuta, se encontraron elementos muy relevantes que nos arrojaron una perspectiva diferente a la que habíamos propuesto en nuestra hipótesis inicial. En este trabajo se había planteado que la influencia de la Iglesia en la monarquía había disminuido el poder de la reina; cosa que no sucedió según las siguientes consideraciones.

Por un lado, el argumento que sostuvieron los Estados católicos fue destronar a la reina para la liberación de Inglaterra de la herejía. No obstante, los hallazgos encontrados fueron que los problemas de fondo estaban más relacionados con el problema de la tierra y de los beneficios económicos que dejaron de parar a las arcas de la Iglesia que provenían de los monasterios, iglesias y abadías confiscadas por los monarcas ingleses.

El otro elemento sensible, específicamente para la Corona española, fue que la monarquía inglesa se robusteció económicamente de la piratería obtenida del despojo a los barcos españoles

y que le permitió a Inglaterra abrir sus rutas de comercio en algunos países europeos, ayudándolo a consolidarse como un Estado fuerte y con ingresos poco despreciables.

La pregunta que queda por resolver es: ¿En qué medida la reina Isabel logró sobreponerse ante tantos embates del papado y de los países católicos que apoyaban a su prima para usurpar la silla real?

A través de la interpretación histórica, logramos observar que Italia era un país que se hallaba constantemente en guerras de invasión en su propio territorio, sin dejar de lado que en aquella época la unificación italiana no tenía lugar, como lo habría deseado Maquiavelo. En consecuencia, el papado se encontraba sumamente ocupado tratando de resolver las disputas en los territorios italianos que geográfica, lingüística y culturalmente eran en suma distintos y hacían de este objetivo una tarea infructuosa.

Esta coyuntura política impulsó a Isabel y sus antecesores para lograr una independencia religiosa y de gobierno. Aunado a lo anterior, las relaciones matrimoniales que ponían en desventaja a Inglaterra fueron apartadas para lograr una estabilidad en la isla. No por ello, la reina perdió todas las relaciones diplomáticas con todos los Estados. Su actuar se basó en acercarse o alejarse de los otros países en vísperas de obtener las mejores partidas para su Estado.

Si se toman en cuenta todos los elementos anteriores, el auge isabelino se vuelve notorio debido al impulso de la reina y de su corte en todos los asuntos socioculturales. Secundando esto, Inglaterra, madre de las grandes universidades fue el núcleo de una gran diversidad de mentes que proveyeron al país de una conversión instruida a los ciudadanos.

En la medida en que todas las manifestaciones políticas inevitablemente quedaron plasmadas como sucesos imborrables en la interminable trayectoria histórica, el impulso político inglés tuvo

un reflejo considerable en las expresiones artísticas de manera significativa. Y debido a la autonomía inglesa respecto a Roma, las puestas en escena y las obras literarias expresaron temas que eran y actualmente son sensibles en la religión católica, como las pasiones y las actuaciones de los soberanos que se interponen ante los mandatos de la Iglesia.

Como consecuencia inevitable, la lengua inglesa alcanzó un gran auge con la diversificación de las obras teatrales y literarias. Sin embargo, hay que recordar que este impulso solo tuvo relevancia desde que la separación de Enrique VIII y la Iglesia se hizo patente y sus sucesores inscritos en la educación anglicana impusieron los textos religiosos en inglés como medida de encapsulamiento ante las infructíferas acometidas de la dominante religión cristiana.

Si Inglaterra y Roma no se hubieran dissociado, quizá los temas dentro de las artes estarían en el marco del ritual cristiano y existiría una gran cantidad en textos en latín, además de que los temas de las obras de teatro versarían en temas de la cristiandad.

En tales circunstancias, Shakespeare se vio resuelto en empuñar la pluma para plasmar que los personajes tan humanos como él mismo tenían una fuente interna que los hace vulnerables ante el poder y quizá el Marqués de Sade tiene razón al comentar “A juzgar por el conocimiento expuesto por teólogos, solo podemos concluir que Dios creó a la mayoría de los hombres simplemente para abarrotar el infierno.”

De esta forma, el literato inglés advierte que el ejercicio del poder tiende a corromper a los hombres porque los provee de los ingredientes que pocas veces un hombre logra obtener en vida, pero que, a su vez, tras su angustia por la muerte, encuentra en el poder un medio para inmortalizarse.

Los personajes que se manifiestan en el proscenio a través del soliloquio o el diálogo son formas de instruir a quien los mira, porque la conversación está diseñada para seducir de manera inmediata al espectador. Por eso, *Lear*, *Macbeth* o *Ricardo* son una postal del renacimiento y de la visión antropocéntrica que se inaugura en aquel periodo.

La obra de *Ricardo III*, que fue la que escogimos para ejemplificar la expresión del poder político, vemos que contiene una visión ético-política en la que Shakespeare enseña los valores que un hombre debe enarbolar y juzga los males que deben evaporarse de la política.

Por ello, a través de la letra en inglés, la postura de Shakespeare manifiesta que el hombre puede ser tan diferente a lo que la misma Iglesia pregona, manifiesta que el hombre es frágil ante las ambiciones y que su naturaleza lo puede llevar a cometer cosas maravillosas o desastrosas.

Así que, mediante la palabra inglesa que es accesible para todos, Shakespeare representa la tipología del tirano como la desmesura evidente por la adquisición de poder. Además, este hará lo que esté en sus manos para acercarse a los goces que obtiene del poder. La ignorancia no es pretexto porque las atrocidades se llevan a cabo deliberadamente, sus acciones lo delatan y evidencian la necesidad animal por satisfacer sus deseos.

En el caso de la tragedia de *Ricardo III*, la ambición desmesurada del poder se justifica literariamente por la carencia estética del personaje. La crueldad es un sentimiento que le permite reconocer en el otro su humanidad y tratarlo como una persona que tiene capacidad y habilidades para reflejar el poder y el conflicto. El problema más grande de *Ricardo III* es que no solo adopta posturas antiéticas en el ejercicio del poder, sino que genera una actitud antimoral. Así, *Ricardo III* y su hambre famélica de poder advierten la necesidad de eliminar los obstáculos que representan las personas para su advenimiento a la Corona inglesa.

Quizá, en todo caso, una lectura desde la crítica del ejercicio del poder nos muestra una forma de conducirnos en la esfera de la política, porque en este periodo, en donde existen guerras y los Estados están edificados en pies de barro, las ambiciones pueden contraer consecuencias negativas. También Maquiavelo reprueba las actitudes al decir:

No cabe llamar virtud, empero, a dar muerte a sus ciudadanos, traicionar a los aliados, faltar a la palabra, a la clemencia, a la religión; procedimiento así permiten adquirir el poder, mas no gloria [...]. “No obstante, su feroz crueldad, su inhumanidad rabiosa de desenfreno. impiden que sea celebrado entre los hombres eminentes. No cabe atribuir, por tanto, ni a la fortuna ni a la virtud lo que él consiguiera sin la una ni la otra.” (2014: 29)

Finalmente, cabe rescatar que, dado que el teatro era una fuente de obtener beneficios en el reino y de tener una vida digna y que también representó una forma de introducir el sentimiento nacionalista, además de ser un dispositivo de comunidad, la pluma de Shakespeare tuvo la intención de legitimar a la reina y a toda su línea sucesoria. En *Ricardo III* es patente que enarbola la ascendencia Tudor.

La posición de Shakespeare, muy adherida a la Corona, pretende adscribir a la reina como una digna soberana que se dirige al pueblo en su beneficio y la inmortaliza indirectamente como una de las grandes estadísticas que combatió con espíritu frente a las fuerzas extranjeras y conocía a la perfección su compromiso con el pueblo, y más que con él, con el Estado.

REFERENCIAS

Antaki, I. (2004). *El manual del ciudadano contemporáneo*, México: Planeta.

Arendt, H. (2016). *La promesa de la política*, México: Paidós.

Aristóteles. (2014). *Política*. España: Gredos.

Ayala, F. (2014). *Reflexiones sobre hermenéutica, arte y poder*, México: UNAM.

Ayala, F. y Lince, R. M. (2016). *El siglo XX en contexto. Aplicaciones hermenéuticas*. México: UNAM.

Ayala, F. y Lince, R. M. (2016). *La relación arte y poder a la luz de la hermenéutica*. México: UNAM.

Ayala, F. y Mora, S. (2010). *Grupos de poder. La toma de decisiones en un modelo democrático*. México: UNAM.

Beuchot, M. (2004). *Hermenéutica, analogía y símbolo*. España: Herder.

Beuchot, M. (2017). *Perspectivas hermenéuticas*, México: Siglo Veintiuno Editores.

Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. (1987). *Diccionario de política, Vol. I y II*. México, Siglo Veintiuno Editores.

Cahen, L. y Braure, M. (1962). *La evolución política de la Inglaterra moderna (1485-1660)*. Tomo XCVI. México: UTEHA.

Chastenet, J. (1963). *Isabel I de Inglaterra*. España: Planeta.

Chevallier, J. (1990). *Los grandes textos políticos. Desde Maquiavelo a nuestros días*. Argentina: Ed. Temis.

Cioran, E. (2014). *Breviario de podredumbre*. México: Taurus.

De La Boétie, É. (2008). *El discurso de la servidumbre voluntaria*. Argentina: Utopía Libertaria.

De Montaigne, M. (2007). *Los ensayos*. España: Acantilado.

Díaz, E. (2015). *El traslado*. México: Debate.

Espinoza, B. (2000). *Ética demostrada según el orden geométrico*. España: Trotta.

Farfán, R. (2009). La sociología comprensiva como un capítulo de la historia de la sociología. En *Sociológica*, 24, 203-214. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732009000200008&lng=es&tlng=es

Febvre, L. (1956). *Martín Lutero. Un destino*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gadamer, H. (1999). *Verdad y método I*. España: Sígueme.

Gettell, R. (1976). *Historia de las ideas políticas*. México: Nacional.

Goeller, T. (2012). *Der erste Diener seiner Staates*. Recuperado de: https://www.deutschlandfunk.de/der-erste-diener-seinerstaates.1310.de.html?dram:article_id=194560

Grondin, J. (2008). *¿Qué es la hermenéutica?* España: Herder.

Guicciardini, F. (2006). *Historia de Florencia, 1378-1509*. México: Fondo de Cultura Económica.

Gutiérrez, C. (2005). Gadamer y Nietzsche. En *Ideas y valores*, 54, 55-71. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/idval/article/view/1075/1584>

Halliday, F. E. (1964). *Shakespeare. Biografía ilustrada*. España: Destino.

Hobbes, T. (2013). *Leviatán*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lanfrey, P. (1990). *Historia política de los Papas*. España: Crítica.

Lince, R. M. (2009). *Hermenéutica: Arte y ciencia de la interpretación*. México: UNAM.

Lince, R. M. (2013). La relación de poder entre el intérprete de la vida y su texto: la literatura como narración de experiencias históricas. En *Estudios políticos*, 30, 11-30. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/41683/37874>

Maquiavelo, N. (2013). *Epistolario 1512-1527*. México: Fondo de Cultura Económica.

Maquiavelo, N. (2014). *El Príncipe*. España: Gredos.

Matthes, J. (1971). *Introducción a la sociología de la religión II*. España: Alianza.

Montemayor, A. (2002). La poesía expulsada de la ciudad. De cómo Homero se convirtió en literatura Signos Filosóficos. En *Signos filosóficos*, 8, 17-33. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300802.pdf>

Paci, F. (2017). *Un amor en Auschwitz. Una historia real*. España: Aguilar.

Pamuk, O. (2007). *La maleta de mi padre*. España: Literatura Mondadori.

Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de: <https://dle.rae.es/?id=VqE5xte>

Rinesi, E. (2005). *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*. Argentina: Colihue.

- Ruiz, E. (2013). Arte y religión en Schopenhauer: de la necesidad metafísica a la justificación estética de la existencia. En *Franciscanum*, 55, 57-102. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/frcn/v55n159/v55n159a03.pdf>
- Russell, B. (1973). *Los problemas de la filosofía*. España: Nueva Colección Labor.
- Sabine, G. (1998). *Historia de la teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sampson, G. (1947). *Compendio de la historia de la literatura inglesa de la Universidad de Cambridge*. México: Nueva España.
- Saña, H. (2010). *Tratado del hombre*, España: Almuzara.
- Scharf, B. (1974). *El estudio sociológico de la religión*. España: SEIX BARRAL/Biblioteca breve.
- Schwanitz, D. (2005). *La cultura. Todo lo que hay que saber*. México: Taurus.
- Shakespeare, W. (2012). *Sobre el poder*. Madrid: Taurus.
- Shakespeare, W., Milton, J. y Donne, J. (1984). *Poesía inglesa de los siglos XVI y XVII*. México: Origen.
- Suárez-Íñiguez, E. (2000). Filosofía, teoría y ciencia política. *Estudios políticos*, 23, 223-233. México: UNAM.
- Suárez-Íñiguez, E. (2009). *De los clásicos políticos*. México: Porrúa, 2009.
- Suetonio, C. (1980). *Vidas de los doce Césares*. México: Cumbre.
- Tatarkiewicz, W. (2002). *Historia de seis ideas. Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*. España: Tecnos/Alianza.

Tazón, J. (2003). *Literatura en la Época isabelina*. España: Síntesis.

Trillo-Figueroa, F. (1999). *El poder político en los dramas de Shakespeare*. España: ESPASA.

Villa, M. (2012). Conceptos básicos para el análisis del Estado. En *Posibilidad política*, 2, 1-22. Recuperado de: https://www.academia.edu/1230245/Número_2_mayo-agosto_2012

Villa, M. (2012). Conceptos básicos para el análisis del Estado. En *Posibilidad política*, 2. Recuperado de: <https://independent.academia.edu/PosibilidadPol%C3%ADtica>

Wallerstein, I. (2006). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Woodward, E. L. (1988). *Historia de Inglaterra*. España: Alianza.

Xirau, R. (2016). *Introducción a la historia de la filosofía*. México: UNAM.

ⁱ La traducción al español indica “concepción o cosmovisión del mundo”. Tal palabra se construye a partir de dos vocablos compuestos que provienen del alemán. Por un lado, *welt*, que significa “mundo”, y por el otro, *anschauen*, “observar”. Esta expresión fue acuñada por Wilhelm Dilthey en su obra *Einleitung in die Geisteswissenschaften*. En tal texto sostiene que la experiencia se nutre del tiempo y contexto histórico en el que se halla el individuo en conjunto o en su particular.

ⁱⁱ Los nombres de los personajes han sido españolizados respecto a su idioma de origen. Por ejemplo: Isabel I de Inglaterra-Elizabeth I Queen of England; Enrique VIII-Henry VIII of England; Ana Bolena-Anne Boleyn; María I-Mary I; Martín Lutero-Martin Luther; Tomás Wolsey-Thomas Wolsey; Arturo Tudor-Arthur Tudor, etcétera.

ⁱⁱⁱ William Shakespeare vivió en la Corte de Isabel y observó de cerca las pugnas por el poder y los conflictos que enfrentó la reina durante parte de su mandato.

^{iv} Concepto alemán que proviene del nacionalismo romántico y fue impulsado por escritores como Fichte o Herder, quienes propusieron una identidad de la nación a través de rasgos propios e identitarios.

^v Más adelante se analizará el tipo de poder que ejerce la Iglesia y las acciones que lleva a cabo para ser un referente político y un obstáculo en la agenda de la reina Isabel I de Inglaterra.

^{vi} Este texto fue publicado en 1532. Como dato importante, tenemos que la reina Isabel nació en 1533 y fue coronada en el año de 1559.

^{vii} La otra corriente es la filosofía analítica.

^{viii} La primera vez que apareció el término fue en el texto *Hermeneutica sacra sive methodus exponendarum sacrarum litterarum*, acuñado en 1654 por el teólogo de Estrasburgo Johann Conrad Dannhauer.

^{ix} Fragmento de un motete escrito en 1573 por Thomas Tallis, quien vivió en la Corte de Isabel y fue músico destacado. Es posible que haya sido compuesto para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la reina Isabel I.

^x La metafísica es una rama de la filosofía que se encarga del estudio del Ser del ente. Lo que no se puede comprobar ni disprobar es un tema propio de la metafísica. Uno de tantos problemas que intenta dar explicación es la existencia misma de Dios. Por otro lado, la ontología es una rama de la filosofía que estudia el Ser en cuanto tal y sus propiedades.

^{xi} Los Lancaster son asociados con la rosa roja en su escudo, mientras los York tenían una rosa blanca. De ahí el nombre la guerra de la Dos Rosas.

^{xii} Hace referencia al cuento de hadas adaptado por Charles Perrault, en donde se narra la historia de un hombre uxoricida.

^{xiii} Wolsey, inteligente como ningún hombre que guardó una relación cerca al rey, además del poder político, generó grandes riquezas debido a que durante la época en que se cerraban los monasterios y se confiscaban, en lugar de pasar a las manos del reino, se los quedaba. Por ello, cuando cae la gracia del rey, se le manda investigar por Oliverio Cromwell el puritano y secretario del rey Enrique VIII.

^{xiv} Referencia al noveno mandamiento del decálogo que, según la Biblia Hebrea, fue escrito por Dios a través de dos tablas de piedra y entregado a Moisés en el Monte Sinaí. También existe una referencia en Levíticos donde se establece “No tendrás que ver con la mujer de tu hermano, porque es carne de tu hermano” (Levíticos 18: 1-30).

^{xv} Este fenómeno tenía raíces en Alemania en donde se habían puesto en tela de juicio los abusos de la Iglesia acerca de las indulgencias (que eran certificados que, según las creencias católicas, disminuyen el castigo temporal por los pecados cometidos por los compradores o por los seres queridos que se encuentran en el purgatorio), con las 95 tesis de Martín Lutero pegadas en la puerta de la iglesia de Wittenberg en octubre de 1517.

^{xvi} Este erudito fue el arzobispo de Canterbury por deseos del rey tras la muerte de William Warham, pero su suerte acabó en 1556, año en que fue condenado a la hoguera. Todo esto sucedió bajo el reinado de María Tudor.

^{xvii} De la misma manera en que las escrituras fueron alcanzadas gracias a la traducción de la Biblia del latín al alemán, este proceso se reprodujo a misma escala en Inglaterra a través de la mano de William Tyndale, quien viajó hasta Alemania y que después de conocer a Lutero se inspira en sus textos para poder hacer su propia traducción al inglés. Los historiadores señalan que el prólogo y las anotaciones en aquella edición que llegó a Inglaterra en el año de 1526 de manera secreta, contienen las ideas del mismo Martín Lutero. Aquella traducción fue acogedora por el pueblo inglés y de esta manera el pensamiento del alemán se reprodujo en la conciencia inglesa.

^{xviii} Imagen tomada de: <https://www.museothyssen.org/coleccion/artistas/holbein-hans-joven/retrato-enrique-viii-inglesa>

^{xix} Término que se emplea para denominar a los protestantes franceses durante las guerras de religión.

^{xx} Es un documento que expide algún actor político o religioso, En este caso, por ser emitido por el papa recibe el nombre de bula papal; es válido por tener un sello y firma del personaje que la extiende.

^{xxi} *Queen Elizabeth attired for the royal thanksgiving on the defeat of the Spanish armada.* (Isabel I de Inglaterra vestida con opulencia con motivo de la victoria naval contra España en 1588). Imagen tomada de: https://www.nationalgeographic.com.es/historia/actualidad/isabel-i-y-la-era-dorada-de-inglesa_7156/1

^{xxii} Se dice que su madre descendía de una familia respetable y su padre había sido concejal. Esta condición hace creer a muchos estudiosos que William Shakespeare debió haber asistido a la educación pública. Incluso, algunos afirman que pudo haber asistido a la Escuela Libre de Gramática del Rey.

A los 18 años se casó con una jovencita mayor que él. Ella se llamaba Anne Hathaway. Además, se considera que nuestro autor tuvo tres hijos: Susan, la primogénita y tres años después los gemelos, Hamnet y Judith.

Después del nacimiento de sus dos últimos hijos, se desconoce con exactitud datos de la vida del dramaturgo. No obstante, se han encontrado algunas referencias sobre los años que van de 1590 a 1600. Durante este periodo, el reconocimiento de Shakespeare es considerable.

La compañía a la que se le asocia fue tuvo gran éxito, de tal modo que llegó a tener representaciones en la corte de Isabel I y de Jacobo I.

^{xxiii} Para entonces, la reina Isabel I, quien había nacido en 1533, tenía 30 años y llevaba seis años gobernando. Recordemos que su coronación fue en 1558.

^{xxiv} En la descripción de la tragedia se debe tener presente que el duque de Gloucester era el nombre de Ricardo III antes de tomar el poder. Esto se advierte para evitar confusiones al lector respecto a los nombres.

^{xxv} Esta obra monumental, según los registros que se han llegado a conocer, fue escrita entre 1592 y 1593. Este periodo corresponde con el sexagésimo cumpleaños de la reina Isabel, quien se encontraba en la última etapa de su vida (pues ella muere a la edad de 70 años). En la obra *Enrique VI*, ya se puede vislumbrar el origen del personaje que nos interesa conocer. Otro elemento que se presupone es que *Ricardo III* fue la primera obra escrita para la compañía *Lord Chamberlain's Men*; se considera escrita inmediatamente después de la trilogía de *Enrique VI*.

^{xxvi} Ricardo III. Imagen tomada de: https://www.nationalgeographic.com.es/historia/grandes-reportajes/ricardo-iii-un-tirano-en-el-trono-de-inglaterra_7110/1